

LA OTRA RAMA DEL CASTAÑO

AUTOR: GUILLERMO RODRÍGUEZ

LA OTRA RAMA DEL CASTAÑO

El sábado 8 de septiembre de 1962, un día de sol espléndido y cielo limpio, atracó en el muelle este del puerto de Gijón el barco trasatlántico con bandera venezolana “Río Orinoco”.

Hacia las doce y media de aquella mañana descendía por la pasarela y pisaba por primera vez tierras españolas Jorge Valdés Fernández. Un hombre alto, de unos cincuenta años, complexión fuerte, bien proporcionado y con pelo castaño ondulado peinado hacia atrás. Vestía pantalón gris tirando a verdoso, chaqueta azul marino cruzada, corbata gris clara moteada con lunares rojos y pañuelo a juego en el bolsillo alto de la chaqueta. Llevaba una gabardina oscura doblada sobre el brazo izquierdo, y de su mano derecha colgaba una maleta voluminosa que, a pesar de su tamaño, no debía llevar un peso excesivo que justificase su paso lento, ni el desequilibrio que en su cuerpo se apreciaba; más bien dejaba entrever que la carga que oblicuaba su verticalidad no era externa. Se adivinaba en su rostro la huella de un pasado lóbrego, un pasado que le mordía las entrañas; seguramente eran las heridas del corazón las que le tenían tullido, esas heridas punzantes y penetrantes en las que se queda dentro la punta del estilete, y que el tiempo sólo encallece su entrada pero dentro continúan sangrando, hasta que el fiero metal se corroe con el paso del tiempo, si antes no lo expele una cuña, bien afilada, de madera noble.

Tomó un taxi, y después de indicarle al conductor su destino, el hotel España de Oviedo en la calle Jovellanos, hizo alabanzas del tiempo espléndido que tenían en Asturias. Al principio del recorrido se fue informando de cómo estaban las cosas por España en general y en el Principado en particular.

El taxista le comentó que se iba normalizando la situación en la cuenca minera después de varias semanas de huelgas, manifestaciones y detenciones; parecía que las aguas estaban volviendo a su cauce. Enseguida sacó la idea que le obsesionaba y le preguntó al taxista si conocía a alguien que se apellidase Valdés; tras unos segundos de meditación, el conductor le dijo que un hijo suyo estaba casado con una muchacha que su segundo apellido era Valdés. Cuando le escuchó pronunciarse afirmativamente se le alegraron los ojos, se le humedecieron los labios, y se repanchigó en su asiento. El taxista le comentó que su consuegra se llamaba Micaela Valdés, y tenía una tienda de ultramarinos en la plaza del Paraguas, esquina con la calle Postigo Alto. A partir de aquel momento, Jorge empezaba a ser otro; sacó una cajetilla de puros cubanos, se encendió uno y otro le ofreció al chofer. Gracias a que la temperatura del ambiente exterior era agradable, porque enseguida tuvieron que abrir las ventanillas de la humareda que se organizó dentro del coche.

Aquel estado de expectación, tanto tiempo retenida, se le despertó de golpe y se le desentumeció la lengua. A la primera insinuación por saber de donde procedía y que le traía por estas tierras, le explicó con pelos y señales los pormenores de su pasado familiar, y empezó a contarle los avatares de su vida:

–Cuando mis papás embarcaron hacia Venezuela un mes de agosto de 1910, de esto hace cincuenta y dos años, mi madre estaba embarazada de mí, llevaba algo más de dos meses de gestación. Yo nací en Caracas el mes de Marzo, unos seis meses escasos después de desembarcar. Luego, siendo aún muy pequeño, se trasladaron a Los Teques, un pueblo del extrarradio obrero de Caracas–.

–Mi papá trabajó de torneador por más de veinte años en la General Metalúrgica. Yo también me empleé en la General cuando terminé mis estudios de

formación industrial en los oficios de fresado y matrizado, y allá estuve durante ocho años. Pero... cuando mi papá falleció me cambié de empresa, era muy doloroso, ¡sabe!, estar diez horas por día pasando por donde él tenía su maquina, por la mesa del comedor donde se sentaba a comer, por el vestuario donde pendía sus ropas; era muy doloroso, créame. Mi papá murió muy joven, aún no había cumplido cincuenta años; yo siempre lo conocí delicado del asma, decía que había heredado la silicosis que padecieron su papá y sus abuelos, mineros todos en la comarca de Langreo... La Nueva, creo que se llamaba la mina donde trabajaron—.

—Mi mamá lleva ya tres años muerta, y hace más de dos que mi mujer y yo rompimos el compromiso. Desde entonces llevo acariciando la idea de venir a saber de mis ancestros. No sé si quedará algún rastro de mis antepasados, por eso le pregunté si conocía a alguien con mi apellido. No sabe usted lo triste que uno se siente estando ausente de familia, pero si a esa desgracia le añadimos que... como es mi caso, te descubren un tumor en los intestinos, entonces se te cae el mundo encima, por eso estoy aquí. No quisiera morirme sin saber que hay alguien de mi sangre que va a sentir mi muerte, y que al menos una vez al año se acuerde de mí.

Cuando Jorge Valdés terminó de relatar las circunstancias adversas de su vida, el taxista miro por el retrovisor y le dijo para animarle: —Pues no tiene tan mala cara, hombre, haber si se han equivocado, que con esto de los cánceres se cometen muchos errores. Cuando no están seguros de lo que tienes, te encadenan a la idea de un cáncer y te dejan que te mueras. Ahora llaman cáncer a cualquier cosa desconocida, lo mismo que hacían antes con los cólicos misereres. Yo creo que los médicos cometen muchas equivocaciones, a mí sin ir más lejos, hace cinco años me dijeron que si no dejaba el tabaco y la copita que me tomo después de comer, me repetiría el infarto y no lo contaría; y sin embargo aquí estoy, fumo con

moderación, pero fumo, bebo con moderación, pero no he dejado de beber. ¿Sabe usted lo que en mi opinión nos hace más daño a los hombres... hombres?, pues en mi opinión... la falta de mujer; tener necesidad prolongada de una mujer es mortal. El que esté de eso bien servido, se morirá de viejo, ahora, el que ande escaso de ello, cualquier cosa de poca importancia le tumba.

Para cambiar del tema embarazoso que les traía ocupados a otro doloroso, Jorge aireó lo poco que sabía de sus padres. Le contó que salieron de España... –Salieron escopeteados, dicen ustedes, ¿no...?; mi padre estaba significado en la mina por ser un alborotador, y una noche, ya tarde, fue la Guardia Civil a buscarlo; tuvo suerte de estar despierto, porque mientras mi abuela abría la puerta, él se tiró por la ventana de su cuarto que daba a un prado–.

–Pasó dos días escondido en el monte, y por las noches avanzaba hacia el pueblo donde vivía mi madre, cerca de Mieres. Cuando pudo acercarse a ella, la dijo que se escaparía de España en el primer barco al que pudiese subir; mi madre, embarazada de dos meses y pico, preparó un hatillo y se fue con él. Viajaron escondidos en los trenes de carbón, cubiertos por las lonas, desde Mieres hasta el puerto de Gijón. Allí tuvieron la suerte de tropezar con un antiguo compañero y camarada de mi padre que trabajaba de estibador; él les preparó el viaje en el primer barco que salió que iba rumbo a Caracas. No sé si olvido algo, creo que no, de lo poco que me contaron sobre sus andanzas por estas tierras a las que tanto amaban. Recuerdo que una noche, aún no habría cumplido yo los doce años, los encontré en el comedor con la luz apagada y abrazados; llorando se decían: ¡No volveremos a pisar nunca más nuestra tierrina!, y pasaron dos o tres días muy tristes–.

–Después vino la enfermedad de mi papá, y así nos fuimos bebiendo las hieles de aquellos años. Cuando iba a la escuela, los compañeros que sus papás también eran asturianos, solían venir en los meses de verano que allí es invierno; bueno, la realidad es que allí hay pocas diferencias de unas estaciones a otras. Unos venían a Ribadesella, otros a Luarca, otros a Candas, y yo, yo le preguntaba a mis papás: ¿Cuándo vamos a ir a Asturias?; entonces ellos se miraban y sólo me decían: «Nosotros no volveremos nunca, no tenemos allí a nadie que nos espere, nuestros familiares más allegados habrán muerto ya hace tiempo»; –y mi mamá añadía–: «Tú, que tienes toda la vida por delante, podrás ir algún día y rezar sobre la tumba de tus abuelos».

–Desde que tengo recuerdo, siempre conocí amargada a mi mamá, su mirada iba continuamente perdida de un lado para otro; sólo el día que tomé la primera comunión la vi feliz, como si se hubiese sacado de encima el manto de tristeza que siempre la envolvió, pero al día siguiente, ya estaba otra vez igual.

Pasaron un par de minutos en silencio y enseguida el taxista comentó: –Joder, ya estamos llegando, que corto se me ha hecho este viaje; es que hablando el tiempo se pasa rápido y se olvidan las penas. Así es que, ¡es la primera vez que viene usted a España!. Pues aquí no crea que las cosas marchan ni medio bien. Como dicen en mi pueblo: Ni se muere padre ni cenamos–. Este chascarrillo debió hacerle gracia a Jorge que se rió a placer, antes de preguntarle que significado tenía ese dicho. El taxista miró a un lado y a otro para cerciorarse de que nadie le escuchaba, cosa absurda puesto que estaban los dos solos dentro del coche y aún en marcha, pero esa era la obsesión creada después de tantos años de dictadura. Al fin se puso la mano delante de la boca para decirle: –El viejo, que ni abre la mano ni se muere, el muy cabrón. –Ha... se refiere a Franco –dijo Jorge. –Pues a quien

habría de referirme... y encima cuando le peta, se viene aquí a pescar salmones y nos tiene una semana en estado de excepción, vamos bloqueados, como si continuásemos en guerra.

Jorge no hizo ningún comentario, además, como empezaban a entrar en Oviedo, no perdía detalle observando a la gente con una especial curiosidad. Le preguntaba al taxista por cada edificio representativo por donde pasaban.

Cuando pararon delante de la puerta del hotel, aún les quedaba un trozo de puro a cada uno, pero se habían emborrachado un poco, bueno bastante, con tanto humo, y los dos lo tiraron al salir del coche. El taxista se lamentó de ello con una alabanza a la calidad y suavidad de aquel tabaco diciendo: –nunca había fumado nada parecido; entonces, Jorge sacó la cajetilla del bolsillo de la chaqueta y le dio otro, –este para mañana –le dijo, y añadió: –la mejor manera de saborearlos es fumando como máximo uno por día.

El taxista le dejó la maleta en el vestíbulo del hotel, y con un fuerte apretón de mano se despidió de él. Mientras salía se iba calando la gorra de visera, pero antes de atravesar la puerta de la calle se volvió con la mano levantada y le dijo: –Ah, y que eso de las tripas sea una falsa alarma.

Cuando Jorge Valdés entró en su habitación en la tercera planta, eran las cuatro de la tarde; entre el cansancio que llevaba en su cuerpo y la hora que era, no hizo intención de salir a comer, además, según sus costumbres, a esa hora estaba más cerca de la cena que del almuerzo.

Puso la maleta encima de la mesa del escritorio, colgó la chaqueta y la gabardina en el armario, se desprendió de los zapatos de una sacudida y se dejó caer sobre la cama tal cual estaba. Se durmió enseguida y no se despertó hasta las seis de la tarde, hasta que sonó el teléfono para preguntarle desde la recepción si

pensaba cenar en el restaurante del hotel —no esta noche no—, le contestó al recepcionista. A pesar de que la llamada le cogió dormido profundamente, se despertó de buen humor y no hizo intención de volver a dormirse, sus tripas enfermas empezaban a rugir. La necesidad de comer le trajo a la memoria los platos típicos de la tierra que su madre cocinaba hasta poco antes de morir; sin embargo su mujer, sobre ser también hija de asturianos, prefería la cocina venezolana. Cada vez que se veía obligada a preparar una fabada, la desgraciaba.

Embebido en recuerdos familiares, le vino a la memoria lo que su padre le contaba cuando era niño. El hotel en el que estaba era donde se daban los banquetes para celebrar las bodas de las gentes acomodadas. Un primo de su padre, que vivía en Oviedo, cada vez que se enteraba de alguna celebración le hacía venir y se pegaban el gran atracón, además, se llevaban los morrales llenos con lo que sobraba en las bandejas. Esta fue la razón por la que Jorge Valdés Fernández quiso reservar habitación en el hotel España.

Como si quisiera encontrar las huellas que su padre dejase aquellos años de hambre en las cocinas y en los salones del hotel, se bajó a pie planta por planta, curioseándolo todo e imaginándose los contrastes entre las abundancias de allí dentro y las miserias de fuera. Aquellas reminiscencias le llevaron a dedicarle unos minutos de afectuoso recuerdo a su padre, y allí, a tantos kilómetros de distancia, lo vio distinto a como siempre lo había visto, lo miró más de hombre a hombre, liberado de la pasión de hijo, y se le antojó un hombre inseguro, medroso y hasta cobardón. Le llegaron flashes de los momentos más cálidos en la casa y en el trabajo, detalles en los que antes no había reparado, y se quedó sorprendido, abstraído; tanto, que necesitó detenerse y agarrarse a la manivela de la puerta del comedor al sentirse perdido por unos instantes. Despertó de su ensimismamiento cuando el camarero que entraba con una bandeja bajo el brazo le preguntó: —Le

pasa a usted algo. –No, gracias –contestó Jorge–. Pero aún necesitó unos segundos para volver en sí, lo hizo mientras bajaba las escaleras camino de la recepción para retirar su pasaporte y salir a la calle. El aire fresco le despejó y se acordó de que tenía hambre, un hambre que le mordía sus tripas envenenadas.

El sol de media tarde era suave y espléndido, le apetecía sentarse a disfrutar de él pero el estomago ya no le daba tregua, y en el primer restaurante que le salió al paso entró. Tenía muy claro que a pesar de los consejos de su médico, se iba a devorar una fabada con todos sus acompañamientos cárnicos que le dan ese sabor y color especial a las alubias blancas. Si la apetencia por las fabes le venía bailando en el estomago desde que se despertó de la siesta, no menos fuerte era su ansiedad por degustar el queso de cabrales que tenía pensado pedir de postre, y todo ello regado con sidra natural bien escanciada.

Tuvo suerte de entrar en aquel restaurante porque la fabada no podía estar mejor condimentada y el queso era artesano y de tal calidad que tentado estuvo de comérselo a mordiscos, pero al final se impuso la prudencia y las buenas maneras, esparciéndoselo en finas capas sobre dos rebanadas de pan, como está establecido en los cánones del buen comer. Cuando apuraba el último traguito de sidra, le sorprendió el camarero con un plato de arroz con leche, gentileza de la casa, que Jorge no se había atrevido a pedir por no echar más combustible a la caldera, pero tomado con sosiego le ayudaría a hacer la digestión.

Antes de que terminase con el arroz blanqueado vino a su mesa Alejandro, el propietario del restaurante, que ya era conocedor de sus orígenes a través del camarero; él también había nacido en Caracas, y estuvo viviendo allí hasta hacía ocho años. Estuvieron departiendo amigablemente, fruto del paisanaje, largo y tendido hasta las ocho de la noche, mientras se fumaban sendos puros no menos sabrosos que los que Jorge había traído.

Durante toda la comida, estuvo embelesado con los recuerdos que tenía de los guisos que preparaba su madre, era una estupenda cocinera dentro de su austeridad; con ella empezó a amar los sabores de la cocina asturiana, que es el principio para amar a una tierra, a sus gentes y sus costumbres.

Salió del restaurante La Muralla con un plano callejero de la ciudad en la mano y orientado por su paisano del camino a seguir para llegar hasta la plaza del Paraguas. Quería empezar a indagar cuanto antes a la familia de su padre. Atravesó la plaza de Alfonso II por delante de la Catedral, quedando admirado de tan majestuosa fachada; entró en el claustro de la iglesia románica de San Tirso y pasó la mano suavemente por sus piedras milenarias, sintiendo un escalofrío por todo el cuerpo al sugestionarse con la ancianidad de aquellos muros, pero como iba deprisa, se quedó parado sólo un par de minutos. Al final de la calle de Santa Ana, preguntó a una señora, que llevaba un bolso de la compra colgado del brazo, y le indicó una esquina de la plaza del Pescado, desde donde se divisaba su destino. Al leer en el rótulo Plaza del Paraguas le dio un vuelco el corazón, como si tuviese a su familia delante, al alcance de la mano.

Cuando llegó a la tienda de Micaela Valdés, ella salía con la intención de bajar el cierre enrollable. –Buenas tarde señora, –la saludó con su deje medio caribeño–, ¿es usted la señora Valdés?. –Micaela Valdés, para servirle; ¿qué se le ofrece al señor? –Perdone que la moleste: soy Jorge Valdés Fernández, natural de Caracas, hijo de Plácido Valdés, que era natural de Langreo o de algún pueblito de sus alrededores. Mi padre emigró a Venezuela hace cincuenta y dos años y no volvió. Yo he venido por primera vez, y estoy deseoso y necesitado de encontrarme con sus familiares, si es que queda alguno.

La señora Valdés puso todo su conocimiento y voluntad en el caso, y con las manos dentro de los bolsillos del guardapolvo azul, empezó a desgranarse los sesos buscando entre sus ascendientes alguna pista, y a abrir y descartar posibilidades: –¿Será...?, no, no puede ser; ¿pero quizás...?, no, no, tampoco; lo siento señor, pero no me suena que en mi familia hubiese nadie que pudiese tener alguna relación con su padre; pero estoy recordando... que por la zona de las Salesas, entre las calles Campoamor y Manuel Pedregal o por sus inmediaciones, hay una mercera que se apellida Valdés, Enriqueta Valdés, para mas señas, creo que la llaman, pero no vaya ahora porque estará cerrado, hasta el lunes no podrá hablar con ella. Se despidió, de la tendera, dándole la mano y sintiendo que no fuese esta la rama de los Valdés que venía buscando.

Para evitar volver por el mismo camino por el que había llegado, y sintiéndose seguro con el planillo en el bolsillo, Jorge Valdés, al que empezaban a hacer efecto las fabes, se dirigió hacia la plaza del Ayuntamiento; vino a salir a la calle Mendizábal a través de Ramón y Cajal, desde donde divisó el hermoso parque de San Francisco.

Sentado en un banco del parque pasó más de media hora, hasta que empezó a sentir fresco. De regreso al hotel, eligió el camino más recto subiendo por la calle Argüelles. En aquel momento, en que empezaban a encenderse las farolas, recordó que aún no había deshecho la maleta y le entró cierta impaciencia, pero la temperatura y el ambiente eran tan agradables y necesitaba tanto disfrutar de aquellas merecidas vacaciones, que se sosegó al instante.

Cuando Jorge entró en el hotel, el recepcionista, un señor algo más joven que él, destensado a esas horas del trasiego del día, estaba necesitado de tener a alguien con quien hablar. Desde lejos, con gestos, le fue atrayendo hacia el mostrador para preguntarle que le había traído a Oviedo. Cuando Jorge le contó sus inquietudes

por localizar a los familiares de sus padres, el recepcionista le señaló con el dedo la guía telefónica, le aconsejó que a través de ella podría contactar con todos los que se apellidasen como él.

Jorge no lo había pensado, quizás porque no veía a los familiares de sus padres con una posición como para tener teléfono en sus casas, pero supo disimularlo muy bien diciéndole: –En los próximos días empezaré a llamar, ahora estoy muy cansado del viaje y me voy a dormir. Le pidió el periódico del día, a lo que el gentil ordenanza correspondió con gran disposición, entregándoselo junto con otros dos o tres atrasados; todos eran diarios locales “La Voz de Asturias”, el que más información llevaba de la capital y su comarca.

Se subió a la habitación, y tumbado encima de la cama tal como venía de la calle, empezó a deshojar los periódicos. A primera vista, las noticias más importantes estaban relacionadas con la normalización de la actividad en la cuenca minera, aún quedaban las minas de San Nicolás y Ventura cerradas, pero con buenas perspectivas de una pronta normalización. La vuelta al trabajo de los ocho mil o diez mil mineros devolvía la alegría a la comarca; esto, unido a la proximidad de las fiestas de San Mateo, el 21 de aquel mes, y los días soleados ausentes de lluvia, provocaban en la población una explosión de buena animosidad y un extraordinario ambiente festero.

De las noticias sobre el asentamiento de bases militares rusas en Cuba tenía poco que aprender, venía de la zona y conocía de primera mano la panorámica que bullía en el Caribe. Algunos de los ocho mil mercenarios contratados por Castro para afianzar las labores técnicas, y principalmente para reforzar las labores de seguridad eran de su país, Jorge conocía a algunos personalmente. La provocación con el asentamiento de proyectiles en las mismas barbas de los yanquis estaba caldeando la zona, y uno de los países con mayor riesgo por sus riquezas

petrolíferas era, precisamente, Venezuela. Esta convulsión internacional fue la que propició, en parte, el adelanto de sus vacaciones, ya que sus previsiones iniciales eran las de haber venido a la tierra de sus padres en navidades. Su doble nacionalidad, de venezolano y español, le permitió alterar los planes de hoy para mañana y cruzar el charco antes de que las cosas se complicasen.

Cuando llegó a las páginas donde se anunciaban las comisiones de fiestas de San Mateo, con sus concursos de cantos, danzas y bailes, sintió rejuvenecerse y se alegró de estar allí en esas fechas; con ese optimismo y el cansancio que arrastraba, no le costó mucho quedarse dormido envuelto en periódicos.

A la mañana siguiente se despertó temprano, como era su costumbre, y antes de levantarse continuó ojeando los diarios que alfombraban el suelo alrededor de la cama fijando su atención en los sucesos que era su morbosa afición. Había una noticia en uno de los periódicos atrasados que le afectó y no sabía porqué, pero lo cierto es que se sintió identificado con la víctima: *«Un hombre muere en el cementerio al visitar la tumba de su padre»*.

Las páginas de sucesos le mantuvieron entretenido un buen rato, estaban cargadas de acontecimientos singulares: *Un hombre muere al ser arrollado por el tren en un paso a nivel. Un hombre muere al caer de un cuarto piso en construcción agarrado a una carretilla. Un hombre mata a su vecino por el disparo accidental de su escopeta de caza mientras la limpiaba, creyéndola descargada.*

Le produjo cierta relajación el hecho de que casi todas las muertes hubiesen ocurrido de manera accidental, no eran comparables aquellas páginas a las de los periódicos de su país. No pudo evitar pensar en lo habitual que era el chorreo de muertos en plena calle constantemente, todo lo que aquí se dirimía a puñetazos, allí, en su Venezuela natal, se ventilaba a tiro limpio; se sacaban las pistolas y en

plena calle, con la gente por medio, empezaban a escucharse los disparos... casi siempre quedaba alguno tendido en el suelo.

Le hicieron mucha gracia las noticias de agresiones a personas por gatos y perros en medio de la calle, también las peleas callejeras sin otra consecuencia que ligeros rasguños o cortes. Sintió una sensación de seguridad al comparar estos acontecimientos con la violencia que dejaba atrás y se hizo la siguiente reflexión en voz alta: «Es que conviene que las masas estemos controladas, no es bueno que se le dé rienda suelta a la gente apelando a su libertad individual, que se transforma en libertinaje cuando se pierde el respeto por los derechos de los demás. Las dictaduras generan muchas situaciones injustas por el autoritarismo y el desprecio a los derechos de los ciudadanos, pero esos sistemas tienen la ventaja de mantener el orden en las calles, aunque a veces sea a costa de reprimir la libertad de expresión y el ejercicio de sus derechos a protestar por los abusos de poder, como ocurría siempre que se ponían en huelga los mineros asturianos».

Se dejó caer sobre la almohada con las manos entrecruzadas bajo la cabeza, y, con la vista clavada en el techo de la habitación, apostilló con aire de resignación: «No se puede tener todo en la vida», y sonrió satisfecho por lo agradable que le resultaba lo poco que había visto y sentido desde que desembarcó.

Después de asearse, bajó a desayunar al comedor del hotel, y echó un vistazo a los periódicos del día. Al principio no encontró noticias novedosas que pudieran interesarle, hasta que llegó a las páginas de los festejos en honor a San Mateo, patrón de Oviedo. En ellas se detuvo y tomó buena nota de las celebraciones programadas por la agrupación de festejos para aquel domingo 9 de Septiembre: A las 12,30, cabalgata de gigantes y cabezudos por el centro de la ciudad, a las 7,30, en la Corrala del Obispo, primer festival de danzas y canciones de Asturias con

grupos distintos a los que habían actuado en los días anteriores, al final cerraría el festival el coro minero de Turón.

Pero lo que más le agradó de aquellas noticias, fue leer que en sesión continua, tarde y noche, se celebraban bailes con orquestas en los jardines La Herradura. Aquel día tenían prevista su actuación las orquestas: Marimba Punto Azul y los Pájaros Locos. A Jorge le chiflaba bailar, fue un bailón desde muy joven, quizá le ayudasen sus padres a que se le despertase la afición a temprana edad, cuando le contaban que, en las romerías de la tierrina, bailaban y bebían sidra hasta caer redondos.

Cuando salió del hotel ya tenía pensado el itinerario a seguir: Primero se daría una vuelta por la ciudad monumental, y luego intentaría localizar la mercería de la otra Valdés. Llegó hasta la catedral y entró; estaban en misa de doce, y para no molestar a la feligresía, respetuosamente dio una vuelta en silencio a casi todo su perímetro, asombrándose por las obras monumentales que estaba descubriendo. Visitó con respeto la capilla de Santa Leocadia, el Retablo Mayor y la Cámara Santa, con su imponente conjunto escultórico románico en la capilla de San Miguel. No se detuvo mucho tiempo en la admiración de cada una de estas joyas majestuosas porque se encontraba incómodo paseando entre las filas de fieles. Jorge era uno de esos agnósticos que con las creencias y devociones de los demás se mostraba profundamente respetuoso.

Al salir de la Catedral, dio un paseo por los alrededores para conocer de cerca lo que sus padres le habían contado varias veces: La iglesia de Santa María la Real, la casa del Deán Payarinos, el monasterio de San Vicente, el convento de San Pelayo, y volvió a pisar las losas del claustro de San Tirso antes de dirigirse a la muralla, o para ser más exacto a lo que quedaba de ella.

Ya en la calle Gascona se orientó con el plano delante en dirección a las Salesas, primero a través de Santa Clara y luego por Covadonga. Tropezó de frente con la iglesia de San Juan del Real, que en aquel momento estaba abarrotada de público delante de la puerta, ante lo cual no pudo eludir un comentario entre dientes: «En este pueblo hay más iglesias que hoteles, se nota que por aquí cerca debió de estar la cuna de la cristiandad... bueno la cuna de la cristiandad no lo se, pero la cuna de la reconquista de España... si estuvo aquí al lado».

En aquel momento le corrió una culebrilla por todo el cuerpo, y, como nunca antes, se sintió orgulloso de ser descendiente de asturianos. Dio un fuerte pisotón como para asegurarse de que el suelo que pisaba no se quejaba de él, y a media voz se dijo: «Estás en casa Jorge, eres un asturiano de pura pulpa del manzano».

Aquellos sentimientos le trajeron a la memoria el recuerdo de sus padres, y no pudo evitar que se le humedeciesen los ojos. Cuando se repuso siguió adelante con el propósito de localizar la mercería de Enriqueta Valdés, para que al día siguiente pudiese tenerlo a tiro hecho.

Entrando por la calle Campoamor, la recorrió hasta el final, hasta dar vista a la estación de ferrocarril sin resultado positivo; volvió por Manuel Pedregal y al llegar a la calle Fray Ceferino, bajó por esta hasta la calle Uria sin tropezar con el establecimiento. Volvió por sus pasos, y antes de retomar la calle Manuel Pedregal, le pareció ver a lo lejos un rótulo que podría decir mercería; se acercó para precisar en ello hasta la calle Río San Pedro y, efectivamente, en el cruce de esta con Fray Ceferino se encontraba la tan indagada tiendecita. Puesto delante del escaparate exclamó: «Ya te tengo Enriqueta, ya se donde encontrarte».

En la misma acera, medianero con la mercería, había un bar; entró para hacer averiguaciones y de paso tomarse un refrigerio. Le preguntó al cantinero si la mercería abría habitualmente, y le contestó con amabilidad y prontitud: –Huy...,

¿Enriqueta?, hasta después de muerta vendrá algún día si la deja salir San Pedro... Es de puntual, como no pueda usted imaginarse, y eso que los ochenta ya no los cumple. Para que se haga una idea de cómo es, le diré que a las nueve de la mañana ya está levantando la persiana; pone el cartel de cerrado de dos a cuatro pero se queda dentro, tiene una cocinilla con fogón y una nevera, se trae la comida medio aliñada, y ahí come al mediodía. Hasta las nueve de la noche, o más tarde cuando hace buen tiempo y algún encargo se lo exige, no cuelga el cartel de cerrado; no conozco a nadie como ella, mientras la vista no le traicione continuará atada a su mesa-camilla como un burro a una estaca: zurciendo ropa, cogiendo puntos y carreras a las medias, o cualquier otro arreglo que la pidan; que mujer más trabajadora, es una santa Enriqueta Valdés. Y usted... ¿qué quiere de ella?, si no es indiscreción. Jorge le contó su historia por encima, y el cantinero haciendo gestos de desconocimiento arqueó las cejas y apretó los labios para terminar diciendo: –No sé si tendrá algo que ver con su familia, pero sí es cierto que sus padres vinieron de la parte de Langreo, no se exactamente de que pueblo, me suenan algo... El Entrago o... Ciaño quizás, pero no estoy seguro. Creo que de alguno de estos lugares, o de sus aledaños, procedían sus padres–. Jorge apuró el chatillo y se despidió animoso agradeciéndole los informes recibidos, a lo que el cantinero respondió con afecto: –Suerte paisano.

De vuelta al hotel, bajó hasta la calle Uría para dar un paseo por el parque antes de comer, tomar el sol y disfrutar del perfume de las rosaedas. A las dos en punto levó anclas, y dando un rodeo por la calle San Francisco llegó hasta el hotel, pasó de largo por delante de la puerta y siguió camino del restaurante La Muralla, donde tan buenas migas había hecho la tarde anterior con Alejandro, su dueño. Cuando apareció por la puerta, el camarero le indicó con gestos la mesa que le

tenían reservada, porque el restaurante estaba ocupado al completo. También se encontraba dispuesta para ser servida la comida que dejase encargada el día anterior.

Alejandro había iniciado pesquisas con paisanos conocidos, para dar con las familias de los padres de Jorge. Del padre no logró ninguna pista creíble pero de su madre, uno de los camareros de Alejandro, jubilado hacía dos años, podría tener alguna referencia. Por teléfono le había dado al patrón señales que apuntaban a la familia de los Fernández.

Mientras Jorge devoraba el guiso de patatas con almejas, Alejandro habló con el jubilado por si podía venir luego, después de la comida. Le dijo que aquella tarde le era imposible, se tenía que marchar a casa de su hija, quedaron para el lunes a las cuatro de la tarde. A Jorge le pareció bien y después de reposar la comida fumándose el acostumbrado cigarrillo, se despidió de Alejandro con un fuerte apretón de mano. Los dos se mostraban esperanzados en que el jubilado pudiese arrojar alguna pista a las indagaciones.

Cuando salió del restaurante lucía un sol espléndido, por unos momentos estuvo tentado de acercarse al parque para disfrutar de aquella hermosa tarde, pero la mañana había sido movida y una siestecilla le vendría bien. Entró en el hotel, y sin más entretenimiento que el saludo de rigor a Arturo el recepcionista, cuando le entregó la llave, subió a su habitación en el tercer piso.

A las cinco y media se despertó sobresaltado por si sería tarde para los espectáculos a los que tenía pensado concurrir, se tranquilizó al mirar el reloj y comprobar que aún tenía mucho tiempo por delante.

Después de asearse meticulosamente, eligió la ropa que le pareció más apropiada para impresionar y cautivar en el baile. A las seis y media salía de su habitación, bien perfumado y vestido con traje azul oscuro rayado con finas líneas

claras, camisa blanca con corbata azul clara salpicada de lunares rojos y sujeta a la camisa por un prendedor dorado con un sello en el centro serigrafiado con la letra jota en cursiva, pañuelo en el bolsillo de la chaqueta a juego con la corbata, y zapatos blancos ribeteados en marrón.

Cuando el recepcionista, que era un poco amanerado, se lo vio delante, no pudo menos que exclamar: –Caray, va usted hecho un dandi, si esta tarde no caen dobladas a sus pies las hembras de Oviedo es porque están ciegas–. Y con ademanes propios de él rubricó sus piropos diciendo: –Por Dios, que hombre más plantao–. Jorge, que se iba riendo por dentro, le agradeció los cumplidos y para que no se estrellase le dijo: –Frena Arturo que viene una curva–. Algo se quedó mascullando el entreverado a lo que Jorge no prestó atención.

En el momento de salir del hotel, sus intenciones eran las de encontrar una relación fácil y pasajera, y para ello se había vestido de punto en blanco, aunque en el fondo lo que deseaba y necesitaba era otra cosa muy diferente. Mientras caminaba por la calle, en el fondo de su desarbolado espíritu, iba deshojando la margarita de sus pensamientos; *novia o amante, amante o novia*, «hoy amante y mañana novia», se contestó sin rodeos.

Llegó al recinto de la Corrala del Obispo demasiado pronto, aún no había empezado el espectáculo. Para gastar el cuarto de hora que duraría la espera, se dio una vuelta por los alrededores y entró en un bar, tomó un refresco y se fumó un cigarrillo. Mientras, jugaba con el humo encadenando círculos, para lo que tenía una especial destreza.

Al escuchar la primera canción salió del bar y se dirigió a la corrala, el público había ocupado casi todas las sillas, y como la mayoría de los asistentes al festival eran familias con niños, después de escuchar tres canciones del folclore de la tierra

se dijo: «para esto no me he vestido yo esta tarde», y salió en dirección a los Jardines de la Herradura. Se sentía joven y estaba impaciente por llegar al recinto donde esperaba conocer y entablar relaciones con el ambiente femenino de Oviedo, le resultaba placentero ese cosquilleo acompañado de escalofríos que produce la incertidumbre ante los deseos de seducir.

Atravesó una vez más el centro de la ciudad: La plaza de Trascorrales, la del Fontán, y bajando por la calle de Quintana llegó hasta la de Santa Susana, desde donde se divisaban las luces y aparejos de la verbena.

Ya desde fuera la música invitaba a bailar, pero cuando entró en el recinto se encontró con un ambiente explosivo. En aquel momento ocupaba el escenario la orquesta Marimbas Punto Azul, tocaban música salsera que, a Jorge, además de resultarle familiar le metió de lleno en el ambiente. Después de dar unas vueltas alrededor de la pista disimuladamente, para dejarse ver, se acercó al mostrador del bar y pidió una consumición. Mientras se la tomaba empezó a aterrizar de la nube en la que se había montado cuando se vio vestido tan elegante, y a partir de aquel momento se sintió incómodo dentro de aquel traje de fanteche. Se sacó el pañuelito del bolsillo alto de la chaqueta y se lo metió en un bolsillo del pantalón, se aflojó la corbata, y se desabrochó el primer botón del cuello de la camisa. Cuando se dio la vuelta y se puso cara a las mesas y a la pista de baile, ya era uno de tantos, con buen porte, eso sí, pero sin pasarse.

Mientras se tomaba la consumición fumaba y oteaba el horizonte femenino; no tardó en darse cuenta de un grupo de tres hermosas mujeres metidas ya en los cuarenta que ocupaban una mesa. Además de ser atractivas iban elegantemente vestidas, no resultando su porte exagerado ya que predominaba la discreción.

Al abandonar la barra en dirección a la mesa de las tres rosas, Jorge no tenía decidido por cual de ellas se inclinaría, pero según iba acercándose las dudas se iban disipando.

Cuando estaba al lado de la mesa, se paró como si lo decidiera en aquel preciso instante y se dirigió a las tres en su conjunto con un saludo pedante, resultado del incómodo estado nervioso que le tenía constreñido: –Buenas tardes tengan bellas damas, bueno... bellas y hermosas damas... Si ustedes no tienen inconveniente me gustaría mucho acompañarlas, ya que ando solo y un poco perdido aún en su mundo. –¿Y cual es nuestro mundo según usted?, –le preguntó la mas atrevida–. –Pues mire, muy diferente del que acabo de dejar atrás –respondió Jorge–, en principio más tranquilo, más natural y menos violento, por lo que he podido comprobar desde ayer que desembarqué.

Desde que llegó a la mesa estaba en una postura un poco curvada, porque se apoyaba con las manos en el respaldo de la silla libre que tenía delante; se irguió, y con un gesto de caballerosidad ya casi en desuso se presentó: –Soy Jorge Valdés, natural de Caracas, hijo de padres asturianos emigrados a empujones hace ya muchos años. Mi padre eran natural de la zona de Langreo y mi madre de los alrededores de Mieres. –Después de quedarse pensativo unos segundos continuó diciendo–: Igual tengo algún lazo de familiaridad con alguna de ustedes.

Permaneció unos minutos en silencio para que digiriesen todo el repertorio que acababa de explicitar, mientras las tres amigas se miraban y sin palabras daban muestras de que no les molestaba su compañía. –Si no les resulto molesto, me gustaría acompañarlas –, dijo Jorge. Las tres hermosuras continuaron mirándose y haciéndose gestos con los ojos, hasta que la más atrevida, la que le había interrogado hacía unos segundos, le dijo: –Esa silla está vacía, por nosotras no hay

inconveniente de que la ocupe; –y a renglón seguido se presentó y le dio la mano diciendo–: Yo soy Amelia.

Siguiendo como la representante del grupo, presentó a sus compañeras: Primero a Beatriz que estaba entre las dos y luego a Teresa. En el momento que Jorge las estaba alabando por sus bonitos nombres, se presentó en la mesa el camarero para reclamarle el encargo de su consumición, a la que estaba obligado según las normas del establecimiento, una vez se había sentado.

Aquello le pareció a Jorge un poco extraño y como tal lo manifestó con la mirada a sus compañeras de mesa, entonces Beatriz que observó su sorpresa le dijo: –Esto es lo acostumbrado por aquí–. Jorge hizo un gesto de resignación y aprobación con la cabeza, se pidió un cubalibre de ron y las invitó a que pidiesen lo que quisieran.

Una vez que el camarero se había retirado con el encargo, Jorge sacó su cajetilla de tabaco negro nacional de la marca Antillana, que le había recomendado el recepcionista del hotel, y les ofreció. Ninguna le acompañó, sólo Amelia fumaba tabaco rubio con filtro de la marca La Jirafa; por presumir de ello, ya que lo gastaba con escasa frecuencia, bueno más bien lo malgastaba, porque en vez de fumar jugaba con el humo. A Jorge le gustó el perfume que dejaba en el ambiente aquel tabaco rubio, le producía un ligero efecto afrodisíaco y le transportaba a espacios selváticos tribales.

Los deseos de bailar con los que Jorge había llegado al recinto pronto se vieron suplantados por la animada conversación con sus tres compañeras de mesa. Beatriz y Teresa, por el movimiento de sus manos, denotaban un cierto nerviosismo, pero a medida que fueron interviniendo en la conversación se les iba viendo más relajadas.

Desde que Jorge aterrizará en el grupo, mostraron interés en conocer cómo era la vida en Venezuela y lo que le había traído a Asturias. –En Venezuela –comentó Jorge–, cada día tenemos más violencia y mayor riesgo de perder la vida por cualquier mal entendido. Allí, la mayoría de la gente gasta pistola, y eso hace que el ambiente resulte de una desagradable y arriesgada tensión. Desde hace dos años que me separé de mi señora estoy viviendo solo, fui hijo único, no he tenido descendencia, mis papas murieron ya hace años y.... a punto estuvo de contarles el mal que le habían diagnosticado pero se contuvo, se resistió a hacerlo porque en los días que llevaba en Oviedo no había tenido ninguna de las molestias habituales que le aquejaban desde que se le despertó la enfermedad.

El aire, el sol, la armonía de las gentes, la cercanía de los suyos que a alguno lograría localizar, le habían proporcionado un asombroso estado de ánimo. En tan sólo dos días había cambiado, asombrosamente, el hombre cansado y abatido por el desánimo que bajó del barco.

Después de aquel paréntesis de indecisión, sólo se atrevió a manifestar que la familia es una tabla de salvación cuando se llega a cierta edad y él, desde hacía tiempo, era un náufrago buscando una pluma a la que asirse. Tanta desventura le había llovido encima, que si alguna vez tenía la fortuna de encontrar a alguien en quien confiar, no lo soltaría mientras le quedase vida, y añadió: –Sé que con las escasas reseñas que tengo, me va a ser difícil encontrar las huellas de mis antepasados, pero a fuerza de perseverar en la búsqueda algo lograré, tengo fe en ello.

Amelia, la más atrevida del grupo de las tres, le preguntó: –Entonces, ¿has venido con la intención de quedarte para siempre?. –No, no puedo –contestó

Jorge—, tengo allá mi fabriquita y mi casa, y en el mejor de los supuestos tendré que volver para liquidarlo todo, y... despedirme de mis papas.

Fumando, bebiendo y charlando se dieron a conocer. Al final de su monólogo, Jorge se había colado en los corazones de sus amigas. Empezaron a tutearse como si se conociesen desde hacía tiempo, y a una discreta insinuación de Jorge por saber cuales eran sus actividades cotidianas, le descubrieron que Beatriz y Teresa eran modistas y Amelia peluquera.

Un poco por cortesía y un mucho por agradecimiento a la atención con la que las tres habían seguido su relato, las invitó a bailar de manera general, no quiso particularizar para que ninguna se molestase, aunque en sus interioridades tenía bien determinado quien era su preferida. Amelia, adelantándose a sus compañeras se levantó, aceptó la invitación y se encaminó hacia la pista seguida de cerca por Jorge, que con un delicado gesto mientras miraba a Beatriz, se excusó con un resignado —hasta ahora.

Interpretaba la orquesta la canción de Don Antonio Machín *Angelitos Negros*. En los dos minutos escasos que duró la pieza bailaron sin intercambiar palabra, Jorge empezaba a desear encontrarse entre otros brazos, pero a pesar de ello, no le pareció correcto retirarse al final de ese primer baile y continuaron en la pista bailando la siguiente pieza, también una canción de Don Antonio titulada “*El Manisero*” algo mas movidita y menos apretada, en la que Jorge se marcó unos pasos al estilo caribeño que fueron admirados por las parejas que les rodeaban. La fatiga que les produjo este manisero, justificaba la retirada de la pista, gesto nada casual que Jorge estaba deseando.

Las otras dos amigas habían permanecido todo el tiempo sentadas, al volver la pareja sonrieron y cuchichearon algo. Jorge hizo un pequeño aspaviento al llegar a

la mesa diciendo: –¡Pero bueno, que les pasa a los mozos de aquí, que no invitan a bailar a dos hermosuras como vosotras!. Teresa, que era un poco rancia, comentó: –Si, si... dos hermosuras enlatadas. –¡Oye rica! –replicó Beatriz–, de enlatadas nada, que aún estamos de muy buen ver. –Desde luego que si, –apostilló Jorge. En prueba de ello, y llamándola por su nombre, invitó a bailar a su preferida: –¿Te animas Beatriz, a poner tus pies en el caminito que el tiempo ha borrado? (esta era la canción que la orquesta interpretaba en aquel momento), a lo que Beatriz contestó con cierto rubor: –¡Huy chico, que romántico estás!. En el instante que Beatriz se puso en pie, Jorge, ya de por sí flechado, se quedó prendado de su talla, alrededor de uno setenta de alta (Jorge medía uno setenta y ocho), y de su hermosura.

Cuando entraron en la pista, la tomó entre sus brazos y advirtió una agradable sensación y un desconocido escalofrío de satisfacción. Se produjo entre los dos una fuerte atracción, y desde ese momento la sintió como algo suyo, como si fuese la pieza que faltaba en el desencajado puzzle de su vida, ese espacio que había estado desnudo desde siempre. Beatriz también le estrechó con fuerza, como queriendo ser atravesada y esponjada por el hado de aquel hombre desconocido, que sin embargo sentía el deseo de hacerlo suyo.

Jorge se dio cuenta de que Beatriz le deseaba más en la esencia de sus sentimientos que en sus apetencias carnales, y empezó a ver cómo se iluminaba un camino hasta entonces oscuro, un camino que sólo había cobrado vida en su imaginación. Sintió deseos de gritarle a todo el mundo que ya veía la entrada a su edén soñado, que sin haber encontrado a sus familiares, si es que los había, empezaba a verse acompañado, tenía alguien que le ayudaría a recuperarse de su parálisis afectiva.

Con aquella claror empezó a dibujársele en sus sentimientos una familia que sufriría con sus penas y se alegraría con sus gozos, una familia que le daría ánimos cuando los problemas le atrapasen y no le dejaran respirar, una familia que le esperaría cada noche y si se retrasaba se preocuparía, una familia que estaría a la cabecera de su cama si caía enfermo, una familia que sufriría y lloraría su ausencia cuando se fuese y que le recordaría después hasta que la memoria se diluyese en el tiempo.

Todas las ilusiones se quedaron desvanecidas en un segundo, cuando después de proponerle a Beatriz acompañarla hasta su casa a la salida, tuvo un no rotundo. Jorge no andaba fuerte en el conocimiento de ese opaco espacio de la mujer y tan difícil de calibrar, que se conoce como vanidad femenina; pero enseguida volvió a recuperar la esperanza cuando su compañera se justificó diciéndole: que vivía muy lejos y tenía que coger un autobús, que si la acompañaba volvería tarde al hotel, y alguna excusa más de poco peso que denotaba la falta de consistencia de su negativa.

Después de que Jorge la cerrase todas las excusas de manera bastante ingenua, guiado más por sus impulsos de enamoramiento que por sus habilidades con las mujeres, Beatriz no se atrevió a continuar el juego; su deseado pescadito lo tenía ya en la costera, le apreciaba demasiado para verlo sufrir.

Mientras bailaban Beatriz le susurró al oído con voz trémula: –¿Y por qué quieres acompañarme a casa?–. Entonces Jorge no se hizo esperar, y sin filtrar lo que brotaba de sus sentimientos la respondió con firmeza: –Porque no quisiera pasar un solo día más de mi vida sin verte, aunque sólo sean cinco minutos. –Pero esto no es normal Jorge –objetó Beatriz–, si acabamos de conocernos, si no sabemos nada el uno del otro. –Pues para conocernos tendremos que vernos, ¿no?,

además, ya no somos unos pipiolos para gastar el tiempo con idas y venidas –la replicó Jorge todo entusiasmado de que las relaciones estuviesen ya en aquel nivel de amistad. –Pero tenemos mucho tiempo por delante –le rebatió otra vez Beatriz–, no entiendo a que vienen tantas prisas. –Nunca se sabe cuanto tiempo nos queda y debemos aprovecharlo lo mejor que podamos, –volvió a insistir Jorge.

Beatriz no quiso continuar desgastándole y asintió con la mirada abrazándole con fuerza. Al final de aquella canción, Beatriz le cogió de la mano y le dijo: –Vámonos que es tarde–. Jorge la siguió y llevándose su mano a los labios la besó, luego la mantuvo apretada debajo de su mentón. Beatriz, que iba un paso por delante, se giró y le sonrió.

Se acercaron a la mesa donde Amelia y Teresa les esperaban sentadas para marcharse, salieron los cuatro juntos del recinto y en la Avenida del Conde de Toreno subieron al autobús que les llevaría al barrio de San Lázaro, las tres vivían allí: Beatriz en la calle Gil Blas, las otras dos unas calles más arriba en la siguiente parada.

Cuando Jorge y Beatriz se apearon del autobús, Jorge intentó cogerla de la mano, pero Beatriz le rehusó diciendo: –Espera a que nos pierdan de vista, que son unas cotorras y todo lo cascan, si no, mañana todo el barrio sabrá lo nuestro.

Una de las veces que miró hacia atrás y comprobó que el autobús ya estaba distante, se liberó de todos los reparos y sacó de lo hondo las ansias reprimidas abrazándole y besándole con delirio.

Cuando había satisfecho en parte sus primeros deseos, le confesó que ella también estaba muy sola desde que murió su madre hacía dos años, su padre había muerto ocho años antes. Le contó que los últimos cinco años de la vida de su madre fueron muy duros para ella, sufría de ocasionales pérdidas de memoria y a veces,

ya al final, también del conocimiento. No se la podía dejar sola, esta fue la razón por la que renunció a su trabajo en una fabrica de confecciones y se instaló el taller de costura en su casa, así podía ganarse su jornal y continuar con los cuidados a su madre al mismo tiempo.

La señora Olvido, que así se llamaba la madre de Beatriz, había sido costurera en su juventud y ayudaba a su hija cuando tenía la cabeza en su sitio. Su padre trabajó en la fabrica de armas del barrio de la Tenderina, desde que tenía quince años hasta su muerte a los sesenta. Sus padres procedían de la comarca de Pola de Laviana, pero no tenían mucha relación con sus familiares. Beatriz había ido a Pola de pequeña solo dos o tres veces, a las bodas de unos primos.

Cuando murió su único hermano, como consecuencia de un accidente en la carretera, ella tenía quince años; se quedó sola en casa con sus padres y muy afectada, después se fueron sucediendo las enfermedades y al final los fallecimientos. Su juventud trascurrió de velatorio en velatorio, pasando por la larga enfermedad de su madre. Desde hacía un año estaba saliendo con más frecuencia, necesitaba desoxidarse y recuperar la ilusión y la vitalidad perdida.

Tras el silencio que se tomó para reponerse de aquella confesión, a grandes rasgos, de lo que había sido su vida, miró a Jorge de frente, se cogieron de las manos y le dijo: –Tu vas a ser el primer hombre en quien confíe, espero no equivocarme, te creo sincero y necesitado de mí tanto o más que lo que yo pueda necesitarte, dos almas gemelas como suele decirse; si me equivoco, si tus intenciones son otras, mejor nos despedimos ahora y para siempre, porque mi ruina sería también la tuya; pero si mis convicciones están acertadas, seré la mujer que necesitas y entre los dos podremos formar una familia sólida. Mi humilde persona y toda mi vida quedará encastrada en la tuya, lo mismo que el carbón en las rocas.

Después de esto se miró el reloj y exclamó: —¡Las once menos cuarto! ¡es tardísimo!. Mientras metía la llave en la cerradura de su portal, se volvió y le dijo: —A pesar de la hora que es, si quieres puedes subir. —No, esta noche no —contestó Jorge—, no debo hacerlo. Cuando mañana te confirme que tus convicciones no están erradas, subiré y me quedaré contigo para siempre, me esforzaré en darte todo lo que necesitas de un hombre y te ha faltado hasta ahora; seré tu eterno compañero en lo bueno y en lo malo.

Con un abrazo estrecho y un beso largo se despidieron hasta el día siguiente lunes a las siete de la tarde. Cuando dijo lunes, volvieron a su memoria los planes de localizar a su familia, planes que absorbido por Beatriz habían pasado a la trastienda de sus pensamientos.

Salió a la avenida de San Lázaro, cruzó a la acera de enfrente, y allí cogió el autobús que le llevaría hasta la plaza de la Escandalera, desde la plaza hasta el hotel había un paso. Subió por la calle Argüelles y al cruzar la plaza del Carbayón entró en una cafetería, se tomó un vaso de leche con unas magdalenas y un pedazo de tarta de manzana. Estaba ahito por tantos acontecimientos inesperados y embargado hasta tal punto por las emociones, que abstraído en su buena estrella, que más que una estrella era el firmamento entero el que le había alumbrado, se pasó del hotel y no reparó en ello hasta darse de bruces con la muralla. Volvió por sus pasos y cuando entró en el hotel era una especie de zombi, un ser ensimismado por los acontecimientos, recluso en sus pensamientos y envuelto por la imagen de Beatriz a la que veía en todas partes.

Entró en el hotel y cogió la llave que el recepcionista le había dejado encima del mostrador al verlo llegar, medio sonámbulo le dio las buenas noches y subió en el ascensor. Entró en la habitación, colgó el traje en el armario y el resto de la ropa la

dejó encima de una silla, se metió en la cama y sus últimos pensamientos de aquel decisivo día fueron para Beatriz: «Que esta sea la última noche en nuestras desdichadas vidas que pasemos separados», y se quedó dormido como un niño recién amamantado, hasta que las primeras luces del día, recelosas y escurridizas se colaron por su ventana.

Como era previsible se despertó con la resaca amorosa de la noche anterior; no había podido digerir tan gran dosis de felicidad, y lo que en un principio se apelotonaba en la pequeña despensa de su estado emocional, ahora se había repartido por todas las partes más vitales de su cuerpo: En sus ojos llevaba la imagen de Beatriz, en la boca el sabor de la boca de ella, sus glándulas pituitarias estaban impregnadas del perfume de su cuerpo, en los tímpanos le resonaba armónico el timbre de su voz, en las manos sentía el tacto suave de las suyas, y en su pecho..., en su pecho se habían quedado marcadas las huellas de sus pezones.

Ya no había marcha atrás, se había contaminado de tal manera de Beatriz que ni en cien años podría desintoxicarse de su epidemia amorosa. Al llegar a esta metáfora medicinal recordó su enfermedad, que envuelto en el delirio amoroso había olvidado referírsela y empezó a inquietarse. Le atormentaba que dejase de creer en él por haberla ocultado lo más importante, el límite de sus días de vida a un año, con suerte quizás a algo más. Se ponía en el lugar de ella, increpándole porque el olvido no era tal sino que lo había omitido deliberadamente, «pensaré que la he engañado dejándola que se ilusionase para después... zás; desbaratar su vida con el zarpazo de una muerte por sorpresa. Tiene que saberlo todo cuanto antes» se dijo mientras continuaba con su flagelación mental.

Se tiró de la cama angustiado y empapado en un sudor frío, se aseó, bajo al comedor, y pospuso para más tarde su visita a la mercera Valdés. Lo primero era

ver a Beatriz para darle la triste noticia y disculparse por su olvido, no podía vivir con aquel desasosiego, y para mayor exasperación el día había salido lluvioso.

Se echó la gabardina por los hombros, se caló el sombrero, y, con el paraguas al brazo, salió a la calle aquel lunes diez de Septiembre. Sin darse cuenta llegó a la parada del autobús, eran las nueve de la mañana. «¡Que diferencia de ayer a hoy!», comentó para sus adentros. «Ayer todo felicidad, todo ilusión, todo luz, todo fantasía, todo fiesta y ¡hoy!... hoy todo incertidumbre, todo tiniebla, hoy la realidad cruda de la vida».

Por sus propios medios era incapaz de sacudirse aquella congoja que le ahogaba. Empezaba a sentir las molestias en el estómago que se le extendían hasta el vientre, eran las conocidas alteraciones del aparato digestivo que le dieron como resultado el fatídico diagnóstico de cáncer.

Subió al autobús, se sentó en el primer asiento que vio libre y se sujetó el estómago con las dos manos, eso le alivió el malestar. Pero según se iba aproximando a la casa de Beatriz los espasmos se hacían cada vez más fuertes, hasta que en un arrebato de fortaleza moral se dijo: «No la he engañado premeditadamente, simplemente me dejé llevar por la emoción de verme al alcance de la mano lo que no he tenido nunca, un rayito de felicidad». Cuando bajó del autobús volvió a abatirlo el pesimismo y, por un momento, sintió el deseo de darse la vuelta, pero sacó fuerzas de algún rincón desconocido hasta entonces y continuó por la acera adelante. Al llegar al portal se cruzó con una señora que salía, subió hasta el segundo piso letra D y se paró delante de la puerta indeciso, dudando si tocar el timbre o darse la vuelta. Se agilizó los dedos como si de tocar un piano se tratara, y por fin se decidió a llamar con el deseo de que Beatriz no estuviese.

No tuvo tiempo para continuar amargándose, porque en aquel instante la puerta se abrió y detrás apareció Beatriz sorprendida de vérselo delante, o... más

bien asustada porque su cara estaba desencajada; le cogió de un brazo y lo pasó hacia dentro al tiempo que le preguntaba: –Pero Jorge, ¿que te ha pasado?, que mala cara traes. –Perdona que te moleste a estas horas –dijo Jorge–, pero es que no puedo vivir con este peso que me ahoga. –¿Pero de que peso estás hablando? –le preguntó Beatriz, que al verlo inmóvil detrás de la puerta le insistió–; venga pasa, no te quedes ahí. Pasaron a la salita de estar, se sentó en una silla y volvió a sujetarse el estómago con las dos manos entrecruzadas; Beatriz le ofreció el sillón para que estuviese más cómodo, pero él lo rechazó alegando que en alto le dolía menos. Estaba muy nervioso, sacó un cigarrillo, y le preguntó si le molestaba que fumase, Beatriz sólo exclamó: –¡por favor!. Según iba fumando parecía que sus nervios se calmaban y su cara se serenaba. Beatriz se sentó en otra silla frente a él, se miraron con esa luz de connivencia que sólo brilla entre dos personas cuando han convivido mucho tiempo juntos, y por las expresiones y los ritmos respiratorios sabe cada uno lo que le ocurre al otro.

Antes de que Beatriz se inquietase más, Jorge tapándose la cara con las manos empezó a lamentarse de no haberle sido sincero, porque sin haberlo hecho intencionadamente, se había olvidado de confesarla algo muy importante. –Después de como quedamos anoche, te habrás hecho planes para un futuro, pues olvídate, porque yo no tengo futuro, mis meses están contados. Anoche con la explosión de felicidad me olvidé del maldito cáncer–. Al escuchar la fatídica palabra, Beatriz llevándose las manos a la boca emitió un suspiro atronador seguido de la exclamación: –¡Cáncer!–. Se levantó y, con las manos cruzadas sobre la cintura, continuó con las lamentaciones: –Mi padre murió de cáncer de pulmón, a mi madre al final se la llevó un cáncer en la matriz, y ahora que creía haber

encontrado la llave de mi prisión, al otro lado de la puerta vuelve a perseguirme esa perversa carcoma.

Aquella amargura de Beatriz azotó tan fuerte la sensibilidad de Jorge que no pudo resistir el dolor y se puso a llorar. Cuando sacó el pañuelo para secarse los ojos, Beatriz que estaba detrás de él y se había dado cuenta de que estaba sufriendo más por la desolación de ella que por la desgracia de su enfermedad, puso las manos sobre sus hombros y le dijo: –Yo te ayudaré a sobrellevarlo, tengo larga experiencia en cuidar enfermos. No te tortures cariño, porque ayer no me engañaste ni me lo ocultaste, fue el resplandor de la anhelada felicidad al salir de la cueva en la que vivías, el que cegó tus preocupaciones y sumió tu pasado en el olvido.

Se sentó en la misma silla de la que acababa de levantarse y poniendo sus manos sobre las de Jorge, que continuaba con la cabeza agachada, le preguntó en que parte del cuerpo lo tenía. Al principio le costaba trabajo levantar la cabeza, al peso de su enfermedad se le había sumado el peso del desamparo en el que dejaría a Beatriz, y no tenía fuerzas para levantarla; entonces, Beatriz le empujó el mentón hacia arriba al mismo tiempo que le decía: –Cariño mírame. –No puedo, Beatriz, no puedo. –Mírame amor–, le suplicó mientras se enjugaba los ojos con la manga del camión que aún llevaba puesto. Volvió a poner sus manos sobre las de su hombre, y así pasaron unos minutos.

Al fin Jorge rompió el silencio con una aspiración profunda y la vació todos los sentimientos acumulados desde el momento en que la conoció: –Ayer fue el día más feliz de mi vida, nunca había tenido tanta luz a mi alrededor, pero hoy... ¿hoy qué?... hoy se ha pinchado el globo de mis ilusiones. Ayer en todo el día apenas sentí una lejana huella del dolor, en cambio hoy, enseguida de despertarme he

empezado con el malestar. Tenía previsto a primera hora acercarme a hablar con una mercera, una señora mayor de la comarca de Langréo apellidada Valdés, por si a través de ella lograba dar con la pista de la familia de mi padre—.

—Desde que mi madre murió, hace ya tres años, mi padre había muerto mucho antes, yo tenía la intención de venir algún día, pero las relaciones con mi ex mujer estaban en dique seco y no era plan de que me acompañase, tampoco quería dejarla sola. No tuvimos hijos, yo fui hijo único y hace dos años rompimos las relaciones definitivamente. Cuando el mes de mayo pasado me pronosticaron el tumor, empecé a preparar el viaje y a dejar resueltos los asuntos pendientes para que mi socio se hiciese cargo de la fabriquita en mi ausencia. Sentía una angustiosa necesidad por saber de la familia de mis padres, ya que ellos fueron tan parcos en contarme sus orígenes. Sólo sé que mi padre procedía de la comarca de Langreo y mi madre de los alrededores de Mieres, quizá de Murias, porque ella lo nombraba con frecuencia. Después de ayer, créeme que esa angustiosa necesidad se ha evaporado, porque en ti he encontrado el más importante eslabón de la cadena del tiempo que me quede de vida.

Beatriz se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación para al final pararse detrás de su silla y con las manos sobre el respaldo decirle: —Yo te ayudaré a localizar a las familias de tus padres, o lo que quede de ellas. En ese momento, Jorge se acordó que tenía previsto pasar por la mercería de Enriqueta y se levantó diciendo: —Me voy, tengo que ir a ver a la mercera, haber si consigo alguna señal de la familia de mi padre. —¿Cuándo vuelvo a verte? —le preguntó Beatriz; —pues esta tarde, si quieres —contestó Jorge; —vale, pero después de las siete —le pidió Beatriz—, que llevo el trabajo atrasado y tengo que entregar un pedido mañana. Se

encaminaron hacia la puerta y Beatriz le acarició y besó con ternura sus mejillas resudosas mientras se despedían con un abrazo fervoroso.

Cuando llegó a la tienda de la anciana Valdés, la mercera, con su moñito blanco sujeto con horquillas y las gafas apoyadas en el extremo de la nariz, estaba sentada a la mesa de camilla cogiendo los puntos a unas medias de seda; llevaba una mañanita de lana color azul claro echada por los hombros. Al entrar Jorge, la anciana arqueó las cejas y le miró por encima de las gafillas. –¿Qué se le ofrece al señor?, –le preguntó con voz aflautada, trémula y blanda, casi infantil. –¿Es usted Enriqueta Valdés?; –preguntó Jorge. –Para servirle, –contestó la anciana. –Yo soy Jorge Valdés, vine el sábado de Caracas con la intención de localizar a los familiares de mis padres, ya desaparecidos, y me han dicho que usted es de un pueblo por la comarca de Langreo. Mi padre era también de aquella zona; trabajó en la mina “La Nueva” hasta el día que se embarcó, se llamaba Plácido Valdés.

Hizo un paréntesis para darle tiempo a la señora Enriqueta a que digiriese los datos que le había trasmitido y a que hiciese memoria. Después de un rato pensativa le ofreció que se sentase a la mesa, a lo que Jorge aceptó gustoso porque la caminata desde la plaza de la Escandalera le había fatigado. –Sí, recuerdo que hará más de cuarenta años, el hijo de mi prima Francisca huyó al extranjero antes de que lo prendieran. Era minero y organizaba paros en las minas, se llamaba Plácido, Plácido Valdés si señor; o sea que tú eres nieto de mi prima Francisca que en gloria esté. Tu abuela sufrió mucho, primero con tu abuelo que era un vago redomado, el era mi primo carnal, y luego por los bandolerismos de tu padre, que no había salido de una cuando ya estaba metido en otra; gracias a que mi pobre prima no tuvo mas hijos. Cuando tu padre escapó fue cuando empezó a vivir tranquila, la pobre no había ganado para sobresaltos desde que fue mocete.

Se descolgó las gafillas que llevaba sujetas del cuello y atadas a una cinta, y se enjugó los ojos llorosos por el cansancio de los años. —¿Dónde están enterrados mis abuelos? —la preguntó Jorge. —Estuvieron enterrados durante unos años en el cementerio de Ciaño, pero hace diez o doce hicieron el cementerio nuevo y metieron todos los restos, que no rodaron por el barranco, en un osario común. La casucha donde vivieron y el corralillo de detrás, los tiraron hace años para hacer en aquellos terrenos las escuelas nuevas y un campo de deportes. Esta es toda la ayuda que puedo prestarte sobre la familia de tu padre. Entre los más allegados no volvimos a saber nada de él, desde el día que le vieron subir a un barco venezolano fue como si se lo hubiese tragado la tierra, o devorado por el fiero mar.

—Bueno pues tiraré hacia Mieres —comentó Jorge de manera apática y poco confiado—, haber si localizo a la familia de mi madre; aunque me temo que no dará muchos frutos la búsqueda. —¿Cómo has dicho que se llama tu madre? —preguntó Enriqueta. —No se lo he dicho todavía; se llamaba, porque murió hace ya tres años, Genoveva Fernández, y entre Murias y Mieres vivió hasta que se escapó de su casa. —¿De Murias! —exclamó la anciana—, pues de allí es Tomasa, una vecina de mi casa, vive en el mismo rellano de mi escalera, ella en la letra C y yo en la A del primer piso. En el barrio de Pumarín, calle Joaquina Bovela numero cinco, al ladito de la Iglesia de San José, vete a verla esta tarde mismo y haber si sacas algo en claro. Es una buena amiga, casi tan vieja como yo, pero en diciéndola que vas de parte mía te atenderá como si fueses de la familia... no te puedo dar más norte sobrino; si necesitas algo ya sabes donde tienes, aunque lejana, a una tía prima hermana de tu abuela.

Aunque no había conseguido gran cosa con aquella visita, solamente con lo que acababa de conocer por boca de Enriqueta justificaba el viaje. Salió de la

tiendecita con la satisfacción de que, si bien hoy, casi nada quedaba de sus ancestros paternos, al menos había cumplido con su deber de buscarlos y los había encontrado.

Después de comer pasó por el hotel para adecentarse y a las cinco de la tarde estaba ya delante de la puerta del piso de Tomasa. Apretó el botón pero no escuchó que hubiese sonado el timbre por lo que volvió a apretarlo, tampoco esta vez sintió ningún ruido; entonces, y como último recurso, dio unos golpes con los nudillos de la mano derecha en la puerta antes de irse. En ese momento escuchó una voz difusa que respondió a la llamada: «ya voy, ya voy». La puerta se entreabrió sólo una grieta, lo que le permitía un cordón de esparto que la ataba al marco con una lazada.

Se asomó una anciana encorvada, con aire precavido ante un desconocido, que ayudaba al equilibrio de su pequeño cuerpo con un bastón. Jorge se presentó diciendo: –Buenas tardes señora Tomasa, soy un sobrino de Enriqueta, su vecina de aquí al lado; he estado en la mercería esta mañana, y me ha dicho que usted es oriunda de Murias. He venido desde Venezuela con la intención de encontrar a las familias de mis padres, ya fallecidos–. Tomasa, confiada en las palabras de Jorge o quizás porque su cara le diese la pista de alguien conocido, abrió la puerta y le invitó a pasar. –Pase joven pase, viniendo de parte de Enriqueta, mi casa es su casa.

Le pasó a una salita, la anciana se sentó en una mecedora de mimbre acolchada y a Jorge le señaló una silla para que se aposentase. Retomó la palabra para contarla el descubrimiento casual de los lazos familiares que le unían a la anciana mercera, y después la explicó: –Al contarla que mi madre era de Murias se acordó de usted y me dio sus señas, por eso estoy aquí. –Vaya, vaya, vaya, con que nada

menos que desde Venezuela ha venido para buscar a los familiares de sus padres, hermosa decisión que le honra joven, –le dijo la anciana, que seguidamente le preguntó–; y... ¿cómo se llamaba su madre?. –Mi madre se llamaba Genoveva Fernández, y en lo poco que quiso que supiese de su vida incluyó que era hija única, que su madre murió al poco de nacer ella, que de su padre nunca tuvo noticia, que se crió con una señora a la que llamaba tía María, y que desde temprana edad ayudaba en las faenas propias de aquella casa: como cuidar las vacas, ordeñarlas, hacer los quesos y atender a las labores domesticas.

Se quedó mirándole fijo, gesticulando y cambiando de ángulo de visión para cerciorarse de lo que se estaba cociendo en su cabeza, para por fin decirle: –Que sorpresa, quien me lo iba a decir, que llegaría a conocer al hijo de Genoveva; hermosa y dispuesta criatura tu madre, lástima que se embarcase tan joven. A Jorge se le salieron los ojos de las orbitas al escuchar a alguien que había conocido a su madre; no pudiendo contener la emoción se levantó y se puso en cuclillas al lado de la mecedora, como si la distancia que les separaba fuese a mermar el ardor y la intensidad de percepción de los relatos.

–¡Que suerte he tenido de encontrarme con usted!, ¡que dicha poder hablar con alguien que conoció de cerca a mi pobre madre!, y... ¿puede contarme algo de ella?, todo lo que recuerde por favor. –No, yo no sé nada de ella, –le contestó con aire bronco y un poco trémulo, al tiempo que se levantaba a ponerse un vaso de agua de la jarra que tenía sobre la mesa de camilla. Después de tomarse dos sorbitos, volvió a sentarse y se justificó de su reacción anterior diciendo: –Verá usted joven: yo salí del pueblo cuando me casé y entonces su madre era una niña, así es que yo sólo sé cosas que me han contado, pero de lo que la gente cuenta a la realidad, a veces puede que quepa toda la inmensidad de un océano. –Con la mano

en la boca se quedó pensativa y al fin le continuó orientando—: pero... vive aquí en Oviedo con sus hijos un familiar suyo, Florencio, el hijo de la quesera, y lo que no sepa él de su madre nadie lo sabe; se criaron juntos como si fuesen mellizos, fueron hermanos de leche como suele decirse por aquí—.

—Su abuela, la madre de su madre, estaba muy enferma cuando parió y no podía criarla, entonces la amamantó Maria la quesera, que era vecina y todavía algo familia. Por aquellos entonces Maria había parido a Florencio y tenía leche suficiente para amamantar a los dos, desde la cuna su madre la llamaba tía. Florencio suele estar casi todo el tiempo con su hijo Paco que vive, aquí en Oviedo, en el barrio Fozaneldi, espere a que busque la dirección porque la memoria ya me va fallando. Se levantó, tomó el bastón, encendió la luz y buscó en el cajón de un aparador; sacó un cuadernillo, se puso las gafas, y fue ojeando meticulosamente una tras otra las hojas hasta que, dando una palmadita en el cuaderno, dijo: —Aquí está... Paco, hijo de Florencio, calle Rafael Maria de Labra numero doce, tercer piso letra A. Jorge, que había sacado la libreta que llevaba en un bolsillo interior de la chaqueta, iba apuntando la dirección al mismo tiempo que Tomasa la iba leyendo.

De camino a su mecedora le ofreció una taza de café que Jorge puesto en pie la rechazó gentilmente, se disculpó diciéndola que estaba impaciente por saber de la vida de su madre desde su nacimiento. Antes de que Tomasa se sentase la estrechó la mano profundamente agradecido, la prometió que otro día con más tiempo pasaría a saludarla y a hacerla compañía un ratito.

Cuando salió a la calle, sacó del bolsillo el planito que le regaló Alejandro Paniagua, y comprobó que entre el punto donde estaba y la casa de Florencio, o de su hijo Paco, no había mucho recorrido, por lo que decidió ir a pie.

Bajó por la avenida de Pumarín hasta la del General Elorza y por esta hasta la Plaza de la Cruz Roja, avanzó por Adelantado de la Florida, subió por Tenderina Alta y enseguida se tropezó con la calle Rafaela M^a. de Labra.

Al llegar al portal número doce la puerta estaba abierta, entró y antes de empezar a subir las escaleras se paró a descansar unos minutos, se aflojó el nudo de la corbata, se desabrochó el primer botón de la camisa y se secó con el pañuelo el sudor que le brotaba de la frente y los regueros de la cara que le resbalaban por el cuello.

Cuando llegó al rellano de la tercera planta eran las siete de la tarde. Como le pareció que no era una hora intempestiva llamó al timbre, pasados unos segundos le abrió una chiquita morena de unos quince años, que con la puerta entornada le preguntó con voz sibilina, quizás más por efecto de una faringitis pasajera que por influjos esotéricos: –¿Qué desea?. –Buenas tardes –dijo Jorge–, perdone que les moleste, vengo buscando a Don Florencio, me envía Doña Tomasa, una señora de Murias que vive en Pumarín. En ese momento dobló la esquina del pasillo un señor de pelo blanco rizado que la preguntó: –¿Quién es, Flavia?. –Abuelo preguntan por ti, –contestó la mocita–. Avanzó con decisión los cuatro pasos que le separaban de la puerta, y al llegar a la altura de Jorge le preguntó con respeto: –¿Quién es usted?. –Perdone que les moleste –respondió Jorge–, vengo de la casa de Doña Tomasa, su paisana; yo soy Jorge Valdés Fernández, nacido en Caracas, hijo de Plácido Valdés y de Genoveva Fernández. He venido desde Venezuela para conocer a la familia de mis padres, y a base de pesquisas de aquí y de allá he dado con Tomasa, que me ha guiado hasta usted.

Se tomó un respiro porque estaba muy nervioso y se secó el sudor de la cara; luego continuó diciéndole: –Al parecer usted fue hermano de leche de mi difunta

madre, y espero que no tenga inconveniente en hacerme sabedor de cómo fueron los años de su niñez que ella siempre me los silenció, solo me dijo que se crió con una tía suya, pero ni siquiera me habló de usted.

Florencio le hizo pasar, cerró la puerta y le condujo hasta una habitación con una cama, una mesa de escritorio, una silla y otra que trajo. Cuando entró con la otra silla le dijo: –Aquí no nos molestaran–. Ya sentados uno frente al otro con la mesa en medio le ofreció un cigarro que Jorge le agradeció. –O sea que tu madre ya ha fallecido. –Si señor, hace tres años. –Que pena, una criatura tan sana y hermosa muerta a tan temprana edad; mi mujer también murió hace dos años, llevaba enferma desde hacía mucho tiempo, ¡las putas minas que tienen envenenado el ambiente, sólo los que somos de pedernal resistimos a la contaminación!

Hizo un paréntesis de un par de minutos, mientras fumaba con la ansiedad propia del nerviosismo que no podía disimular. –¿Y su padre, vive aún? –le preguntó Florencio cambiando el tono de la voz, y continuó preguntándole con socarronería–. ¿Cómo dijo que se llama?. –Mi padre se llamaba Placido Valdés, era natural de la comarca de Langreo, trabajó también en las minas hasta que escapó, murió hace ya ocho años. Cuando embarcaron rumbo a Venezuela mi madre estaba embarazada de mí desde hacía dos meses y medio, no volvió a tener familia y su vida fue, como le he dicho antes, bastante silenciosa y sombría, sus ojos no tenían brillo, parecía que en vez de ver lo que tenía delante, estaba siempre rebobinando el carrete de la película que llevaba en su recuerdo. Yo sufrí mucho viéndola como se moría un poco cada día, pero por más que la intentaba animar no había manera, era un ser impenetrable, cuando le preguntaba que la pasaba y

de donde provenía su pena nunca me respondía, me estrechaba contra su pecho y gimiendo exclamaba: «¡Hijo mío, hijo mío...!», y de ahí no había modo de sacarla.

Cuando Jorge terminó con su relato levantó la cabeza y vio como Florencio se enjugaba las lágrimas, después se sonó la nariz, guardó el pañuelo y le dijo: –Yo quise a tu madre como a una hermana de sangre, y ya se lo advertí hasta dolerme la lengua, pero ella no atendía a razones, yo la decía: Ese hombre va a ser tu perdición, va a ser tu ruina; pero a nadie hacía caso, era su sino hijo, era su sino. –¿De que hombre está usted hablando Florencio?; porque desde que tuve uso de razón, mi padre siempre fue su inseparable y fiel compañero, la ayudó con todas sus fuerzas a tirar del carro de sus sufrimientos y trabajó de sol a sol para que a mi madre no la faltase nunca de nada.

Jorge empezaba a descolocarse con los comentarios de Florencio, y para salir de su incertidumbre le hacía preguntas que el viejo no tenía suficiente entereza para responderlas; debido a la congestión que le producía aquella situación se vio obligado a descubrirle los secretos de las amarguras de su madre. Se levanto y sacó del armario ropero una caja de hojalata, serigrafiada en la tapa con figuras de bailarinas japonesas o chinas con sombrillas que estaba cerrada con llave; la puso sobre la mesa y sacó un paquete envuelto en papel de estraza que contenía cuartillas ya descoloridas por el paso de los años. Se lo entregó a Jorge y mientras salía de la habitación le dijo: –Léelas tu hijo, que yo las he leído tantas veces que casi me las se de memoria, además, estoy débil y muy sensible, así es que te dejo solo para que las leas detenidamente, toma las notas que quieras pero déjalo otra vez todo en el paquete, es el único recuerdo que me queda de mi hermana. En ese momento emitió un sollozo de profundo dolor, y con el pañuelo entre las manos cerró la puerta tras él.

Cuando Jorge tocó el papel en el que venían envueltos los folios y comprobó la letra de su madre, le entraron unos escalofríos de muerte, acompañados de un sudor caliente que le abrasaba el pecho y le subía hasta la garganta. Se aflojó la corbata y respiró hondo, encendió un cigarrillo para nublar su entendimiento y dosificar las emociones que sospechaba iban a producirle las confesiones de su difunta madre. Sospechaba que en aquellas hojas manuscritas estarían las explicaciones a la amargura que siempre advirtió en ella, y que jamás consiguió que sacase a la luz.

Ordenó las hojas por los numeritos que aparecían arriba a la derecha poniendo la primera la que se encabezaba con el lugar y la fecha. Empezó a leerlas con el corazón contraído por la emoción que sentía, y con las lágrimas apelotonándose intrépidas a las puertas de sus impacientes ojos.

Caracas, a 15 de Abril de 1959.

A mi muy querido e inolvidable hermano: Desde que salí de nuestra amada tierra en Agosto de hace cuarenta y nueve años, te he escrito miles de cartas que nunca tuve el valor de enviarte; las guardaba por un tiempo, lloraba sobre ellas y luego las quemaba en el fogón. No quería que sufrieras, ¡eres tan bueno, tan tierno y sensible! que he preferido cargar con mi sufrimiento a solas antes de poner sobre tus sentimientos ni un solo gramo de mi atormentada vida.

Quizás a estas alturas estabas convencido de que ya había muerto, y así lo he deseado año tras año desde que arranque mis tiernas raíces de nuestros verdes prados, pero mi marido primero y luego mi hijo, que han sufrido y sufren por mí lo que no merezco, me han sujetado para que no cometiese ningún disparate. Ahora hermano mío, ya divisó la meta de esta amarga carrera de mi vida. Me han detectado un tumor y cuando recibas

esta carta y lo que con ella te adjunto, ya estaré enterrada, porque he pedido a mi confesor, el Padre Vicente, que al día siguiente de mi sepelio te la facture, así es que cuando la recibas ya no habrá nada que hacer. Lo hago así porque sé que si te la enviase hoy, sacarías el dinero para el viaje de donde pudieras, te endeudarías y hasta robarías para venir a acompañarme en los últimos momentos de mi vida. No sufras por mí hermano, me voy en paz con mi conciencia y con mi espíritu. He sufrido y pagado con creces las locuras de mi juventud. ¡Cuantas veces me he acordado de tus consejos!.

Mi marido murió hace más de cinco años a resultas de un cáncer de pulmón, y sólo me queda mi hijo, Jorge, que el pobre tampoco ha sido afortunado en el amor, se unió a una mala mujer y ha sido un fracaso, pero está bien establecido y como dicen por esas tierras, las penas con pan son menos. Estoy segura que deshará su unión cuando yo me haya ido, antes no para evitarme disgustos; porque es de bueno hermano, un pedazo de pan, y tiene ansiedad por conocer sus ascendencias. Después de mi ida, no creo que tarde mucho en preparar un viaje a las Asturias de sus padres que las lleva bien grabadas en su corazón; cuando lo veáis, tú o quien reciba esta carta, no le ocultéis nada por muy triste y doloroso que os parezca, yo no tuve valor para abrirle el libro de mi vida.

Mi mayor ilusión es que llegue a tiempo de abrazar a su verdadero padre, esa sería una carga espiritual que le haría mucho bien, aunque de su padre legal, mi marido, no ha tenido nunca quejas, siempre se ha portado con él como si fuese sangre de su sangre; pero si esto no es posible porque Gabino Muñiz ya hubiera fallecido, siempre le quedarán sus hermanos por parte de padre, ya que por parte de madre no he podido, desgraciadamente, darle ninguno, por más que lo hemos intentado. Mi marido lo deseó con

toda su alma, pero en la vida las cosas casi nunca son como anhelamos, unas veces por nuestros errores y otras muchas porque el destino nos llena de piedras el camino para hacérselo más difícil, más penoso y cansino.

Las dos veces que me deshice de los embarazos no deseados a base de las pócimas que me preparaban las brujas curanderas, debieron dejarme la matriz seca como una tripa de embuchar, milagro fue que aún pudiese llevar a buen fin el embarazo de Jorge, pero Dios nuestro señor, quiso dejarme una rendija de luz en el estrecho ventanuco de mi vida.

Cuando me faltó la primera regla, un mes y poco antes de mi huida, me hice el firme propósito de no volver a abortar ni volver a ver al hombre que me había robado la voluntad, que había hecho de mí su adlátere más fiel; quería volver a ser yo misma, y en la más absoluta soledad, con un miedo que paralizaba mi cuerpo preparé la huida.

Desde que tengo uso de razón me sentí insegura y temerosa, siempre he vivido en una cárcel sin barrotes, yo misma fabriqué esa jaula con mi miedo atroz. Solamente me sentía liberada de las murallas que me asfixiaban cuando tu estabas en mi compañía, y... cuando Gabino me estrechaba contra su pecho, por eso os buscaba angustiosamente, por eso me entregué a un hombre aún a sabiendas de que sólo quería robarme mi juventud, mi virginidad; pero me daba tanta seguridad, me sentía tan protegida en sus brazos, que me transformaba, era otra a su lado, me hipnotizaba.

Si tu, hermano mío, en vez de ser tan bueno y tan blando hubieses sido un hombre duro y peleón como El Castaño, te habría preferido a ti mil veces antes, y a ti me hubiese entregado gustosa, y hoy tendríamos una gran familia, y los embarazos de los que me deshice habrían sido tuyos. Habríamos sido felices viendo correr a nuestros hijos por los prados y

hacerse mayores, y casarse, y cuidar de nuestros nietos, y todas esas cosas sin las que la vida no vale una mierda. He rezado mucho por ti hermano, para que encontrases una buena mujer, espero que la Divina Providencia te haya llevado por buen camino, que seas feliz, que hayas tenido hijos y nietos, con ese convencimiento me voy. Que niñerías estoy escribiéndote, si no fuese porque me empiezan a faltar las fuerzas y por la tinta que llevo desparramada, la rompería; pero como dijo el romano: Lo escrito, escrito queda.

Hermano, estoy segura de que Jorge en cuanto yo muera se liberará de los lazos administrativos que le atan a su mujer, y, a la primera ocasión que pueda desligarse del trabajo, cogerá un barco y se presentará por ahí. Él es un hombre correoso y cuando se propone algo lo consigue, así es que aunque yo no le he dejado pistas él las encontrará; además, a cualquiera que pregunte en el pueblo le guiará hasta ti, todo el mundo allí conocía a la putilla del Castaño.

Cuando la última noche que pasé en nuestra casa escuché escondida en la cocina lo que la mujer de Gabino, acompañada por otras mujeres de su cuerda, le decían a madre: que yo era la putilla de su marido, que me había preñado y que presumía por todo el pueblo de que me montaba cuantas veces y donde quería, que para la familia era una vergüenza y para el pueblo un escándalo; me esponjé con las fuerzas que me habían faltado hasta entonces para quitarme de en medio. Aquellos relatos en boca de tales alcahuetas me arruinaron, y sentí tanto asco de mí, que aquella misma noche, después de cenar, me armé de valor y decidí lo que ya había pensado en otras ocasiones.

Aprovechando la última postura a las vacas, preparé el hatillo con los cuatro trapos y algo de comida, me puse unos pantalones tuyos y la gorrilla, y salí huyendo de aquel infierno; quería liberar a madre de la vergüenza de tenerme en su casa.

Llegué andando hasta Mieres por las veredas más estrechas; gracias a que la noche estaba clara y serena pude hacer el trayecto de un tirón sin sobresaltos, me paraba para escuchar cada vez que creía oír ruido de pasos tras de mí, como si alguien me persiguiese. Ya en la estación de ferrocarril, amparándome en la oscuridad de la noche y de las sombras, aún no había amanecido, me fui hasta el tren de carbón con la locomotora en marcha que esperaba a que le diesen la salida. Apuntaba hacia Gijón que era adonde yo quería ir, me subí a uno de los vagones en medio del convoy, me acurruqué en un rincón y me tapé con la lona que cubría el mineral; cuando sentí que se ponía en marcha me quedé dormida.

Al llegar a la estación de Oviedo el tren se detuvo y me desperté, pero volví a dormirme a los pocos minutos, cuando después de que nos cruzase otro tren a gran velocidad sentí que continuábamos la marcha. Antes de llegar al puerto de Gijón el tren se detuvo para esperar a que saliese el que estaba descargando, momento que aproveché para saltar del vagón. Al caer al suelo, un obrero que llevaba una carretilla me gritó: «¡He, muchacho, que haces ahí!», pero casi no tuvo tiempo de seguirme con la vista porque me escabullí entre los vagones.

Ya en el puerto bajé hasta el agua por unas escalerillas y me lavé las manos y la cara, porque con la lona se me había oscurecido hasta el blanco de los ojos. Allí, sentada en el espigón conocí a Plácido, mi marido, que desde el primer momento fue muy bueno conmigo. Nos enrolamos en un

carguero venezolano, que era el primero que salía, gracias a la ayuda de un antiguo camarada de Plácido que por entonces trabajaba de estibador. Cuando el barco zarpó nos abrazamos jubilosos, como si nos liberásemos de pesadas cadenas; él de la persecución de la Guardia Civil que venía pisándole los talones, yo de las miserias de mi pasado.

A los dos días de compartir faenas de servicio a bordo, empezaron las molestias del embarazo, tenía vómitos frecuentes, sobre todo por las mañanas; raro era el día en que el desayuno no iba fuera. A partir de entonces Plácido empezó a preocuparse y se fue a hablar con el contramaestre, se ofreció a hacer doble trabajo para liberarme del que yo tenía asignado, de manera que pudiese guardar reposo todo el día. Desde aquel momento todo el cargamento humano del barco, entre los que había dos mujeres, se enteró de que me encontraba preñada y empezaron a cuidarme de día y de noche; no me dejaban coger ni una escoba, hasta la ropa me la lavaban las compañeras.

Me pasaba los días enteros sentada en la cubierta del barco, y cuando el tiempo no acompañaba me quedaba en mi camarote leyendo. En el barco empezaron a orientarnos de los talleres donde podríamos encontrar empleo, nos dieron ánimos de que en Venezuela había más trabajo que obreros disponibles. Al desembarcar nos resultó algo difícil la adaptación, porque al fin de cuentas era un mundo diferente al nuestro, pero teniendo trabajo te sientes integrado enseguida y las penurias se hacen más llevaderas.

En cuanto Plácido supo de mi embarazo me pidió que le dejase ampararme hasta que pariese... él ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida después de mi hijo. Nos fuimos a vivir juntos desde el primer día, al principio en una pensión algo más de un mes, y al poco tiempo en un piso

que alquilamos. Nos casamos por lo civil en el mes de octubre para que el niño llevase su apellido, y luego por la iglesia cuando Jorge tenía tres años.

Te estará sorprendiendo el nombre que le pusimos, y más te sorprendería si supieses que en la familia de Plácido no había ningún referente. Este nombre fue un ofrecimiento al capitán del barco Jorge San-Pietro, un argentino corpulento con la cara marcada por las muchas peleas que había tenido que librar en su pendenciera vida. Conmigo se portó mejor de lo que lo hubiesen hecho muchos padres. Se ofreció a ser el padrino si en la fecha que eligiésemos estaba en Caracas.

La primera noche que bajó a mi camarote para ver como me encontraba, porque se había enterado de que había pasado el día vomitando; me dio un beso en la frente al despedirse. En aquella visita suya le prometí que si era niño le llamaría Jorge y si era niña Graciela, como me dijo que se llamaba su madre. Al escuchar mi sincero ofrecimiento y sobre todo el nombre de su santa madre, aquel hombretón dominador de hombres difíciles, algunos de ellos criminales convictos, se dio la vuelta y se le señalaron sus ojos humedecidos por la emoción de haberme acordado de su madre. Aprovechando que estábamos solos me sacó la ternura de su alma, porque su corazón estaba ya adiamantado, y me dijo: –¡Ah, Genoveva, Genovea, que gozo escuchar de una boca tan pura como la suya, el nombre de mi santa madre...!, y con el pañuelo en la mano salió del camarote.

Bueno hermano, estoy tocando fondo, no me queda mucho más que contarte, de todo lo que ha dejado huella en mi corazón te he hecho participe. Dos cosas quiero pedirte, que trasmitas a los tuyos mi deseo de que una niña de tus descendientes la pongáis mi nombre, y que cuando ya mi alma se haya desligado de este cuerpo que me llevó a la perdición, me

dediquéis una misa en la iglesia de Murias. Que el señor cura grite mi nombre a los cuatro vientos: «Genoveva Fernández Expósito, digna hija de este pueblo, muerta en la gracia de Dios».

Te adjunto algunas fotografías de los contados acontecimientos felices que he vivido. En ellas estamos los tres en diferentes etapas: Con Jorge de recién nacido, otra el día de su primera comunión, la del día de su desafortunada boda, y en brazos de Plácido el día que nos casamos por la iglesia, esta es la que más me ha emocionado siempre.

Adiós hermano, espero que nos encontremos en el más allá. Te envío junto a esta carta lo mejor que siempre hubo en mí, un sincero y profundo amor, además de un gran respeto, a madre y a ti. Hasta siempre hermano mío. Tu hermana Genoveva.

Desde el principio de la carta, Jorge Valdés Fernández llevaba el pañuelo en la mano para secarse el sudor y las lágrimas que le brotaban calientes y continuas como las gotas de cera de una vela encendida. Al llegar al último párrafo rebuscó las fotografías, una tras otra las fue mirando y besando con devoción, se quedó un rato recostado en el asiento de la silla repasando mentalmente los sucesos, los acontecimientos que habían sido guardadas con tanto recogimiento, con tan íntimo sigilo por sus padres y en la más absoluta complicidad.

Con la fotografía del día del casamiento de sus padres delante le prometió a Plácido Valdés que siempre le reconocería como tal, aunque descendiera de otro hombre; solamente ansiaba saber de sus hermanos, quería encontrarse con los hijos de su padre, con los hijos legítimos de Gabino Muñiz y hermanarse con ellos.

Cuando estaba en estos pensamientos entró Florencio, Jorge se levantó y se fue hacia él con los brazos extendidos para estrechar su mano al tiempo que le llamaba tío a boca llena. Florencio no se conformó con el apretón de mano y le dio un

abrazo a la llamada de: –Ven a mis brazos sobrino, ven a mis brazos hijo de mi hermana—. Los dos lloraron dulcemente por aquel providencial momento.

Una vez que se habían repuesto de las emociones, Florencio le cogió de un brazo y le dijo: –Ven que te presente a una parte de tu familia, y le condujo hasta el comedor donde le esperaban: Paco, su mujer y su hija con la mesa puesta, porque ya rondaban las nueve de la noche. Le presentó como el primo Jorge de Caracas, hijo de su hermana Genoveva. No les causó ninguna impresión, lo cual demostraba que eran conocedores de su existencia desde que hacía tres años largos recibiesen la carta de su madre. Primero le presentó a Paco, que lo recibió con un abrazo y le llamó primo. –Bienvenido a esta tierra nuestra que es también la tuya—. Paco le presentó a su mujer Magdalena, que le recibió con los brazos abiertos, le dio dos besos en las mejillas y le dijo: –Primo, aquí tienes tu casa en la que serás siempre bien recibido—. Jorge estaba tan emocionado que no atinaba ni a darles las gracias; por fin le presentaron a la jovencita Flavia, que con cara sonriente lo abrazó por la cintura que la tenía a su altura y le dijo: –Que ilusión, un tío de América.

Una vez estuvo integrado en aquella familia le invitaron a que cenase con ellos, pero con cortesía y cariño rehusó a la invitación, se justificó con el compromiso de la visita a una amiga, que, aunque se le había hecho tarde, era inexcusable el no verla aquella noche.

Ya en la puerta, cuando estaban despidiéndose, le pidió a su tío si podía ayudarle a encontrar a los hijos de Gabino Muñiz, a sus hermanos de padre, a lo que Florencio le respondió tajante: –No hay que encontrar a nadie, están todos localizados. Dos viven aquí en Oviedo y los otros cuatro entre Mieres, donde viven dos, y Murias otros dos. Para tu tranquilidad –le dijo su tío–, nadie excepto mis

hijos saben nada de tu existencia. El Castaño –tu padre– que en gloria esté, lo único que sabía era que tu madre cuando escapó estaba embarazada, pero se murió sin saber si el embarazo llegaría a buen termino.

Jorge estaba impaciente y se miraba el reloj continuamente, sentía que Beatriz pudiera estar preocupada por su tardanza, pero no quería desairar a la primera familia –casi carnal por parte de madre– con la que se encontraba. Su tío se dio cuenta del nerviosismo por las manos que no dejaba de frotárselas y no le quiso entretener más, simplemente le invitó a comer al día siguiente, a lo que Jorge acepto gustoso y se despidió con un afectuoso: –hasta mañana, mi querida familia.

Bajó saltando los escalones de dos en dos y cuando salió a la calle se miró el reloj otra vez –aunque no hacia ni dos minutos que se lo había mirado–, eran las nueve y cinco de la noche. Cruzó corriendo hasta la calle Tenderina Alta y buscó un taxis desesperadamente, al principio no había ni rastro de luces verdes y los nervios le atenazaban la garganta.

Por fin, después de dos o tres minutos esperando, vio venir uno con la luz verde encendida por una calle transversal; aquella luz se le antojó una esmeralda por lo que representaba llegar lo antes posible junto a Beatriz. Lo llamó desde lejos y corrió a su encuentro, entró sofocado y le dijo con más virulencia de lo que era su habitual manera de tratar a la gente: –Llévame a la calle Gil Blas, deprisa por favor. –¿Le pasa a usted algo? –le preguntó el taxista, un muchacho joven que se preocupó al verlo en tal estado de angustia. –No nada, es que me he entretenido demasiado con una visita y me están esperando, ¡odio llegar tarde a una cita!. –Me gusta tratar con la gente seria como usted –le dijo el muchacho–, con la gente que si no puede cumplir con algo a lo que esté comprometido, que al menos le duela en sus adentros como a usted se le nota que le está mortificando. Pero... usted no es

asturiano, ¿verdad?. –No, yo no nací en Asturias –le contestó Jorge–, si es a lo que te refieres; nací en Venezuela, pero mis padre eran asturianos y yo me siento como podáis sentirlos cualquier hijo de la tierra. –Me entran escalofríos cuando hablo con los emigrante que han sufrido la lejanía durante años –comentó el muchacho–, se me ponen los pelos de punta; ustedes si que llevan a Asturias en el alma. Los que estamos aquí de continuo nos acostumbramos a la rutina de todos los días, parece que sentimos menos la influencia del terruño y no nos damos cuenta de lo que tenemos. Hay que salir lejos para amar lo que se deja–. En ese momento paró delante del portal de Beatriz que aún no lo habían cerrado, por fortuna para Jorge.

Saltó del taxi y entró en el portal dando zancadas, subió las escaleras tan deprisa como pudo y cuando estuvo delante de la puerta le entró la tembladera. Los dientes empezaron a castañetearle, se colocó la corbata, se atusó el pelo y llamó al timbre. Mientras esperaba se recriminó violentamente el haberse enfrascado tanto con la carta de su madre, retrasándose de aquella manera a la cita que tenía concertada para las siete.

Nada más abrir la puerta Beatriz empezó a justificarse de manera atolondrada: –Perdona el retraso, pero es que me ha ocurrido algo imprevisto, sublime de verdad, créeme. Entró delante y Beatriz cerró la puerta, le siguió hacia la sala de estar, pero antes de entrar le tiró de la gabardina para quitársela y colgarla en el perchero, Jorge estaba fuera de sí. Ya en la salita, Beatriz se le puso delante, y como si a quien tuviese enfrente fuese a un niño que quisiera justificar una fechoría, le preguntó inclinando la cabeza y distorsionando los ojos: –¿Pero... se puede saber que te pasa?. –¿Qué, qué me pasa?, te parece poco que haya

quedado contigo a las siete y sean la nueve y media, –le contestó Jorge haciendo aspavientos con las manos.

«Que fiel –pensó Beatriz– es el mozo asturiano nacido allende los mares, que honesto y maravilloso hombre». En aquel momento se hizo la solemne promesa de no separarse de él ni después de muerta. Le abrazó con todas sus fuerzas y le dijo desde lo más profundo de sus entrañas: –Relájate hombre mío, que esta mujer tuya te esperará siempre tardes lo que tardes, no volverá a haber para mi mañanas, ni tardes, ni noches, si tu no estás conmigo. La separó para mirarla a los ojos que ya empezaban a humedecerse y la dijo con todo el amor que podía brotar de su corazón cansado. –Te amaré como a nadie he amado nunca, y ahora por favor, dale un vaso de agua a este peregrino que ha llegado a tu puerta, porque está seco y desfallece.

Cuando Beatriz volvió de la cocina con un vaso y una jarra de agua, Jorge estaba sentado a la mesa de camilla y había encendido un cigarrillo; dejó la jarra sobre la mesa y acercó una silla a la de él para estar más cerca. Le cogió una mano entre las suyas y le preguntó: –Ahora que estás más tranquilo, cuéntame que poderosa razón has tenido para darme este plantón en nuestra primera cita–. Dejó el cigarro en el cenicero y entrecruzando sus manos con las de Beatriz empezó diciéndola: –No te lo puedes imaginar cariño, en este ajetreado día he tenido la fortuna de poder componer el puzzle de mi ascendencia; ya he conocido al hermano de mi madre y a parte de su familia, y a través de él conoceré a la familia de mi padre.

Te dije esta mañana que al salir de aquí me iba a visitar a una anciana apellidada Valdés que tenía una pequeña mercería por la zona de las Salesas, pues bien, resultó ser la prima de la madre de mi padre. De mi madre no tenía

conocimiento pero me indicó que una vecina suya, también anciana, que vive en su mismo rellano de escalera es de Murias, y que a través de ella quizás pudiera atar algún cabo; así es que me despedí y salí volando hasta la calle Joaquina Bobella que es donde viven las dos ancianas. Su vecina, que se llama Tomasa, resulta que conoció a mi madre cuando era niña y también a su hermano de leche, Florencio, porque mi abuela materna murió a los pocos días de nacer mi madre, y, María la quesera, mi abuela de leche la crió junto a su hijo recién nacido. Tomasa me ha dado la dirección de Paco, un hijo de Florencio, con quien vive habitualmente en la calle Rafael María de Labra, y allí he estado hasta ahora.

Al llegar a este punto recordó la carta, y no pudiendo aguantar más la presión que la emoción ejercía en sus entrañas y que había contenido por prudencia delante de la familia de Florencio, explotó con una exclamación seguida de un llanto que asustó a Beatriz.

Una vez que la presión de su caldera había mermado continuó contándola: –Cuando mi madre vio que tocaba la muerte con la yema de los dedos le escribió a su hermano, a Florencio, un testamento relatándole todos los acontecimientos más significativos de su triste y desgarrada vida, le entregó el paquete a su confesor para que se lo enviase a su hermano una vez que ella hubiera fallecido. Ahora lo sé todo Beatriz, ahora no tengo ninguna duda, ahora todos los cabos están atados.

El hombre al que yo he conocido y querido como padre no era mi padre biológico, mi madre se escapó de la casa de la quesera embarazada de mí desde hacía dos meses y pico. Conoció a mi padre en el barco y desde aquel primer día la protegió, se casó con ella, me reconoció como hijo suyo, me crió y me quiso como el mejor de los padres; él será siempre para mí el verdadero padre. Del otro, del que se aprovechó de la inocencia de mi madre, un tal Gabino Muñiz, vecino también de Murias y apodado El Castaño, de ese hombre enterrado ya hace años, no quiero

saber nada; no merece tan siquiera que visite su tumba, y mucho menos que le rece ni un padrenuestro; pero de sus hijos... a mis hermanos estoy impaciente por abrazarlos, llevo su misma sangre y además, ellos no tienen ninguna culpa del padre que hemos tenido—.

—Según Florencio tengo seis hermanos y están repartidos, dos viven aquí en Oviedo, dos más en Mieres y los otros dos en Murias. Mi tío los conoce a todos y sabe la dirección de mi hermana mayor, Petra creo que se llama, es una de los dos que viven aquí.

Cuando Jorge pronunciaba las palabras tío, primo, y sobre todo y especialmente hermano, las daba una entonación especial y una culebrilla le recorría el cuerpo de pies a cabeza; su mirada se revestía de una luz divina, eran palabras que nunca las había pronunciado con familiaridad. Esas palabras fueron hasta aquel día como flores secas descoloridas que sólo servían para rellenar su búcaro lingüístico, se las encontró ya puestas como adornos de Navidad sin luz, y ni siquiera el polvo las quitó en los más de cincuenta años que las contempló. A eso vino a Asturias, a buscar la lluvia milagrosa que las diese vida, y la encontró; encontró la deseada familia, la que todo lo llena, sin la que nada tiene sentido ni color, y sin la que todo se contamina con desolación y atolondrado silencio.

Era demasiado fuerte la emoción de aquel momento para aguantar sin desplomarse, y cubriéndose la cara con las manos rompió a llorar. Beatriz le observaba llena de ternura y lamentándose de que un hombre como el que tenía delante tuviese los meses contados, tantos criminales, estafadores, farsantes, hipócritas... viven hasta que los huesos se le funden y en cambio él, un ejemplar de pura raza tuviese que morir ahora, ahora que podía empezar a vivir.

Mientras Beatriz estaba enredada en estos reproches a la vida y a quien la creó, Jorge se secaba las muestras de su afligido estado y mirando a Beatriz la dijo: –No sé si lo que me esta pasando..., no sé si estos acontecimientos encadenados son verdad o son fruto de un ensueño. No es normal que en un santiamén pase de la sequedad total en la que me encontraba cuando bajé del barco, a la lozanía que tengo en este momento. ¿Es que es normal que tu y yo, que nos conocemos desde hace treinta horas, nos sintamos tan dentro el uno del otro? –y bajando la voz como para que Beatriz no se enterase añadió–: Y sin haber abierto aún la cama... Ha sido todo tan sublime, que tengo miedo de despertarme y de que no haya sido cierto.

–Todo es cierto Jorge, todo es cierto y estaba esperando a que llegases –le aseguró Beatriz– para decirte que desde anoche, no he dejado de pensar lo mismo que tú, y me he preguntado: ¿Cómo es posible que dos personas con sólo verse, con sólo mirarse, se entrecrucen tan fuertemente?; ¿cómo es posible que cuando te vi aparecer en la Herradura te desease en mi corazón con tanto fervor y te llamase angustiosamente?; ven, me decía en silencio, ven y completa mi vida, ven a mi para que me des lo que siempre me ha faltado. Y viniste, y eras lo que estaba esperando encontrar, pero enseguida comprendí que tu me necesitabas tanto o más que lo que yo te necesitaba a ti, y por eso el acople de nuestros espíritus fue perfecto–.

–Anoche no podía dormirme, pensando y pensando en que casi sin conocerte te amaba con una fuerza superior a lo que mi persona podía controlar, y llegué a creer que nuestras vidas estuvieran unidas en el pasado, que las ligaduras se rompiesen de manera brusca, sorpresiva, y que cada uno saltásemos en direcciones diferentes a los cielos de Dante. Ayer nuestras dos estrellas cansadas de viajar nómadas, de soportar tantas lamentaciones y conscientes de las amarguras de

nuestros corazones, nos soltaron uno junto al otro. Sólo algo así puede justificar el hecho de que desde el primer momento me sintiese tan unida a ti. Con tu mirada, tus palabras y tus gestos me decías: «te encontré y no te soltaré ni aún después de muerto» lo mismo repetías hace un rato. Parecidos sentimientos hacia ti son los que yo llevo dentro.

Cuando ya habían aunado los convencimientos de que el encaje de sus vidas escapaba al control de sus dominios se quedaron tranquilos y empezaron a desviar su atención hacia las necesidades del cuerpo, ya que las de los sentimientos parece que quedaban satisfechas. Beatriz se levantó, puso un mantel sobre la mesa y le dijo: –Tu no te muevas que yo lo traeré todo. –De eso nada –replicó Jorge–, no consentiré tal cosa, ni hablar, todo lo que tengamos o hagamos será entre los dos. La cena fue ligera y rápida, una tortilla de patata con cebolla, unas rodajas de tomate cubiertas con queso fresco, pan, vino y una manzana.

Después de la cena, Beatriz le preguntó a Jorge; cuándo pensaba venirse a vivir con ella, a lo que él contestó sorprendido: –¡Que pregunta me haces!, ¡no lo sé!, no lo he pensado todavía. –Pues yo si lo sé, y lo tengo muy pensado: Mañana mejor que pasado liquidas el hotel, te coges un taxi y a casita que llueve. –¡Pero... mañana he quedado con mi tío y la familia de mi primo Paco para acercarme a la una y comer con ellos. –Bueno, y que tiene que ver una cosa con la otra; tu vienes, me dejas la maleta y te vas a comer con tu familia, pero luego por la noche a mis brazos, que entre pitos y flautas se nos va a pasar el arroz. Y ahora en marcha, antes de que cierren los autobuses –se miró el reloj y eran las once–, si es que aún puedes coger el último, y si no... tomas un taxi.

Salió de la salita delante de él, descolgó la gabardina y le ayudó a ponérsela, buscó una llave del portal en un cajón del aparador, por si estaba cerrado y se la

dio. Abrió la puerta y cuando se iba le cogió del brazo y lo atrajo hacia ella para darle el beso de buenas noches. –Hasta mañana mi amor, que duermas bien, esta será la última noche que duermas solo.

Jorge levantó la mano desde el extremo del rellano y la miró con gesto complaciente, pero no hizo ningún comentario. Bajó las escaleras deprisa y cuando llegaba a la parada el autobús, este que venía; subió y, cuando estaba sentado, soltó sin pensarlo la siguiente reflexión: «hasta en esto me ha salido redondo el día».

A la mañana siguiente, martes once de septiembre, Jorge Valdés Fernández recogió su ropa y enseres en la maleta de cuero marrón heredada de sus padres y la cerró con las dos hebillas que llevaba en los costados asegurándola con una correa por el centro; bajó a desayunar al comedor del hotel, liquidó en recepción su cuenta y salió a la calle pletórico de facultades e ilusiones.

Tomó un taxi en la puerta del hotel y a las once y cuarto de aquella mañana lluviosa entraba en su nueva residencia. Fue aquella una sensación extraña pero muy agradable, por empezar de verdad a vivir en compañía de una mujer con la que nunca habría la más mínima sospecha ni sombra de secreto, con la que compartiría todo lo que la vida les deparase; tenía la esperanza de ser feliz y aunque no sabía por cuanto tiempo, traspasó el umbral de aquel piso con una gran ilusión.

En el momento que Beatriz le vio en la puerta con la maleta en la mano lo sintió suyo y como tal reaccionó, le guió hasta la habitación, dobló la cocha de su cama, se volvió hacia él y empezó a despojarlo de sus vestimentas; cuando iba a desabrocharle el cinturón le cogió la mano y le dijo: –Deja que esto lo hago yo. Mientras tanto Beatriz se sacó por la cabeza el camisón que aun llevaba puesto y se quedó sólo con la ropa interior, se metió en la cama y cubierta con la sabana se

despojo de las prendas que cubrían las partes íntimas de su hermoso cuerpo. Tampoco Jorge se atrevió a despojarse de su pieza interior antes de meterse en la cama.

El eslabón que les faltaba probar de aquella cadena trenzada entre los dos, aquella cadena que uniría sus vidas, no resultó ser menos fuerte ni su materia prima menos noble que los otros ya probados. Después de sus relaciones de amoroso sexo, la felicidad que irradiaba entre los dos tenía su color verde aun más compacto, más seguro. Jorge se levantó de la cama de mala gana, le hubiese gustado permanecer soldado a su mujer eternamente, perpetuar en el tiempo aquel momento de esplendor, pero tenía el compromiso de comer con la familia de su tío y, principalmente, quería verle para que le diese la dirección de sus hermana Petra, la hermana mayor a través de la que esperaba conocer a los demás hermanos. También a Beatriz le supo mal que aquel día tuviesen más obligaciones que las de satisfacer sus propios deseos amorosos, pero comprendió que Jorge tenía que continuar con la localización de su familia.

A las doce y media, Jorge dejaba a Beatriz despidiéndole en la puerta de su vivienda y se dirigía a la casa de su tío Florencio. Un cuarto de hora más tarde estaba llamando a la puerta, salió a abrirle su tío, que en aquel momento estaba solo. Le recibió con gran alegría llamándole sobrino y preguntándole que tal había pasado la noche; le contó que aquella misma mañana había hablado con Petra y habían quedado en que por la tarde a eso de las cuatro vendría a conocerle. Ella vivía en la calle del Comandante Vallespín, bastante distante y mal comunicada con la casa de Florencio; por eso o por algo más, Petra prefería acercarse hasta la casa de este. Al poco rato de llegar Jorge, volvía Magdalena del mercado, y enseguida entró Flavia, muy alborotada, seguida de su padre. Venían del instituto

de presentar los impresos de la matricula para estudiar el quinto curso de bachiller.

Mientras las dos mujeres ultimaban los detalles de la comida, los tres hombres se hacían un vermú en la salita de estar. A Paco con sólo verlo se le descubría como un hombre inseguro y retraído, parco en palabras pero bonachón. Contrastaba con la viveza y la espontaneidad de Magdalena, y ya no digamos de Flavia, la niña era muy graciosa e inquieta; entraba y salía de la salita con cualquier excusa, y cada vez se acercaba a su abuelo para hacerle alguna carantoña. Pero en el fondo tanto ajeteo estaba justificado por la curiosidad de conocer el mayor número de detalle de su tío, el venezolano, novedades exóticas que la permitirían ser el centro de conversación en los próximos días con sus amigas y amigos.

Jorge se lo imaginó, y una de las veces que pasó por su lado la prestó atención y la retuvo cogiéndola por un brazo para contarla que él tenía en Caracas una ahijada, Regina se llamaba, de su edad más o menos, que estaba deseando terminar los estudios del equivalente al bachiller en España, para ir a la universidad, quería estudiar medicina.

–Tiene unos deseos locos de ser médico –continuó contándole– para curar a los habitantes de las zonas más selváticas, donde las atenciones a la salud son escasas. Todo le viene desde que un día acompañó a su padre selva adentro para una inspección en la tala de árboles –él trabaja en la comisaría de control forestal–, y vio a los niños enfermos desasistidos de las atenciones más ordinarias, a merced solo de los brebajes que les preparan los curanderos, que en otros tiempos serían eficaces pero hoy... con tanta contaminación ambiental por plagas de virus y bacterias, unido a las fumigaciones con productos químicos, resultan inoperantes. En aquellas zonas de bosques profundos –dijo Jorge, dirigiéndose a su tío y a su

primo—, aún viven en forma de tribus aferrados a sus costumbres, siendo urgente cambiarles la mentalidad; es prioritario a cualquier otro asunto organizar y proteger a esas pobres gentes, empezando por establecer los servicios sanitarios y de cultura mínimos.

Volvió a dirigirse a Flavia para comentarle que estaba seguro de la gran labor que Regina realizará en bien de aquella población casi indígena, cuando termine sus estudios. —Hará una gran labor, ya lo creo que la hará —termino diciéndola, para a continuación interesarse por su sobria preguntándola: —Bueno, y tú, ¿tu que piensas estudiar cuando llegues a la universidad?. —Que casualidad, tío —dijo la mocita—, porque yo también pienso estudiar medicina. Desde pequeña me angustiaba mucho cuando veía a los mineros enfermos de silicosis, estoy un poco obsesionada desde que vi como se asfixiaba día tras día un vecino de mis abuelos en Barredos, de donde es mamá, pobrecito, se le dilataban los ojos, parecía que le iban a reventar en su angustia por llenar de aire aquellos pulmones esponjados con el polvo de la sílice. Aquellas noches me costó mucho dormirme, era muy triste.

La niña, que cinco minutos antes hervía de alegría y vitalidad, se quedó tan ensombrecida que Jorge se sintió obligado a darle ánimos diciéndola: —Flavia, me has conmovido con tus sentimientos, serás una buena profesional de la medicina, qué buena pareja haríais tu y Regina, pero hay tantos kilómetros de mar por medio. Es una lástima que algunos seres humanos con grandes dosis de afinidad estemos tan distantes unos de otros. En aquel momento entró Magdalena para decirles que los platos estaban sobre la mesa.

Durante la comida, Jorge le preguntó a su tío que tal suerte había corrido la familia durante los años de la contienda nacional y los anteriores, que por Asturias fueron bastante movidos. No le vio muy entusiasmado con el tema, por lo que

desistió de su curiosidad y no le volvió a preguntar; pero por gentileza, Florencio le hizo algunas aclaraciones: –A mí no me fue mal del todo, me enredaron en unos altercados que se produjeron en las minas en el año treinta y cuatro y estuve detenido veinte días, pero al final se aclararon las cosas y me liberaron de toda responsabilidad en los hechos. Luego, en el treinta y seis, fui herido en una pierna al segundo mes del alzamiento, estábamos operando en Burgos, y cuando me dieron de alta me destinaron a servicios auxiliares en intendencia, estuve en Santander hasta que acabó la guerra.

Para el paladar de Jorge la comida estuvo deliciosa. El primer plato fue un pote asturiano abundante y succulento; él lo había comido en su casa, su madre lo hacía con frecuencia, pero se lo hizo de nuevas para darle mayor alabanza a la cocinera.

A Magdalena se le notó por la cara que le había satisfecho el cumplido; más que por el cumplido en sí, al que parece que está siempre obligado un invitado, por el contraste con la acostumbrada opacidad de su marido. En prueba de agradecimiento se desató en explicaciones de cómo hacía ella el pote.

Antes de empezar con la descripción de los pasos a seguir, comentó que siempre que tenían algún invitado, ella prefería este plato a cualquier otro de la tierrina, principalmente por no ser tan fuerte como la fabada, que es el plato estrella, y por que queda, para su gusto, mejor presentado. Dicho esto empezó a describir los pasos a dar:

–Una vez que se han tenido en remojo la noche anterior, el lacón en agua templada y las alubias en agua fría; empiezo el proceso echando las alubias, la morcilla, el chorizo, el tocino y el lacón en una cazuela con agua; la pongo al fuego y cuando empieza a hervir y a espumarse lo dejo durante dos horas cociendo a fuego lento. Mientras, preparo las hojas de berza, las troceo y las pongo a cocer

con sal en agua bien caliente; cuando han dado un hervor las echo en la cazuela de las alubias y sus acompañamientos cárnicos. Pelo las patatas, las corto en trozos medianos y las echo también en la cazuela. Si se quedase seco, añado caldo de cocer las berzas o agua caliente, ¡nunca fría!, dejándolo bien cubierto de caldo. Controlo la sal durante la cocción hasta que las alubias estén en su punto, apago el fuego y lo dejo reposar un buen rato. Yo siempre hago en cantidad para que sobren dos o tres raciones, a mi me gustan más cuando están trasnochadas, –terminó relatándole la cocinera. Con aquella detallada explicación hasta el más profano en la materia estaría en condiciones de preparar un pote asturiano de nota para el mas exigente paladar.

Después del suculento plato esponjado con sidra natural bien escanciada, oficio este en el que Paco era un experto; Jorge estaba expectante por saber de que iría el segundo manjar, porque con el primero ya se había quedado repleto, pero no quería que Magdalena se sintiese frustrada. Al verla entrar con una bandeja de flamenquitos acompañados de rodajas de tomate, respiró. Aquellas empanadas también las conocía porque su madre las hacía con frecuencia. Se sirvió dos tortitas y otras tantas rodajas de tomate, pero Magdalena insistió tanto que se vio obligado a repetir con otra tortita y dos rodajas de tomate. Cuando Magdalena se levantó en busca del postre, Jorge empezó a temblar por la sorpresa que le habrían preparado, pero al ver la fuente de arroz con leche se dijo: «Estoy salvado».

Su gesto lo captó Paco, que estaba sentado enfrente, y le preguntó todo preocupado: –¿No te gusta el arroz con leche?. –Sí, me gusta mucho Paco –le contestó–, pero... es que me temía que Magdalena apareciese con alguno de los postres fuertes como los carbayones, las casadielles, los frisuelos o alguno de los variados pasteles de queso de la tierra, que por si solos sacian más que algunos

menús al completo—. La cocinera le miró y al tiempo que movía la cabeza le dijo.
—Que exagerado eres Jorge.

La sobremesa se dilató tanto que cuando Petra llamó a la puerta aún estaban los servicios del postre y las copas sin recoger. Magdalena que reposaba feliz con los brazos cruzados sobre la mesa, satisfecha por el éxito de su buen hacer, se sorprendió, y dando un salto los movilizó a todos. Flavia se levantó antes de que su madre se lo requiriese, la ayudó a llevar los servicios a la cocina y después a recoger el mantel.

Mientras Florencio iba a abrir la puerta, Paco y Jorge entraron en la salita, no habían tenido tiempo suficiente para reposar tan exquisito y succulento manjar, sobre todo Jorge, que acostumbraba a dejarse caer un cuarto de hora por lo menos antes de poder hacer guía de su persona, pero se recompuso y se dijo: «hoy toca así, los acontecimientos que me esperan merecen un poco de sacrificio», y se quedó de pié esperando a que entrase su hermana.

Cuando Petra entró en la sala de estar la llenó por completo, no solo con su voluminoso y erguido cuerpo a pesar de sus más de setenta años, sino por la viveza de su carácter. Vestía toda ella de negro, llevaba echado por los hombros una mañanita, y a la cabeza un pañuelo atado por debajo del moño, dejando libre la parte inferior de las orejas de donde colgaban dos grandes pendientes que se balanceaban al movimiento de su cabeza. Se quedó parada delante de la puerta y esperó a que Jorge se acercase. Cuando estaba a dos pasos de ella se paró, tal vez influido por la meticulosidad con que le miraba de arriba a abajo.

Después de unos segundos en aquella incómoda postura, Petra, con su voz insinuante y grave en fiel correspondencia con su cuerpo, dijo: —Sí, sí es él, no tengo ninguna duda, hizo una paradina y ya convencida del todo continuó

mirándole, pero ahora con afecto y no escrutándole como antes. Sacó de su faldriquera más interior el carácter de mujer autoritaria que llevaba impreso en su rostro, y, haciendo honor a sus atributos de patriarca de la familia, le dijo con voz grave y solemne: –Así es que tú... tú eres... “*la otra rama del castaño*”. Abrió sus largos y hercúleos brazos, y entre ellos fue aplastado Jorge, a pesar de ser un buen mocetón, lo mismo que se aplasta una sardina de bota con una puerta.

De vez en vez le retiraba la cabeza hacia atrás para cerciorarse de que no había error posible, y volvía a abrazarlo con todas sus fuerzas al grito de: –¡Hermano, hermano!, cuanto habrás sufrido desde que murió tu madre, solo por aquellas tierras tan lejanas, y sin saber que aquí tenías una familia numerosa.

Después de haber empapado los pañuelos, la hermana mayor cogía las manos de Jorge entre las suyas, las besaba con devoción y se las llevaba junto a su pecho exclamando otra vez: –¡Hermano mío, Hermano mío!; que feliz soy de que estés entre todos los que te queremos y te quereremos siempre. Dicho esto se sentaron uno frente al otro.

Paco, discretamente, se excusó por algo que nadie entendió porque no le prestaron atención, pero que le agradecieron para quedarse solos los tres protagonistas de aquel encuentro íntimo. Petra le contó a Jorge detalladamente que antes de morir su padre le confesó algo que nadie sabía: –Aquel día tenía ya la muerte entre los dientes y sus entrañas, duras como el pedernal, se habían convertido, por la angustia que sentía ante la proximidad a lo desconocido que tanto nos aterra a todos, en una masa de pan mojado. Después de contarme que cuando tu madre escapó ya llevaba dos meses embarazada, me confesó con tristeza que él había ejercido su dominio sobre ella para que abortase anteriormente dos veces; con tu embarazo era la tercera vez que preñaba a tu madre que en gloria

esté. A pesar de ser su hija preferida he sido la más crítica con sus bestialidades desde que tuve conocimiento de las cosas, por eso se confesó conmigo; ni siquiera en los últimos momentos de su vida quiso hablar con un cura. Desde que cayó en la cama, con visos de no volver a levantarse por sus propios pies, le vi muy inquieto, y las pocas fuerzas que le quedaban las empleaba en retorcerse dentro de él pero sin pegar con nadie; era como si llevase dentro una rata que le estuviese royendo las entrañas—.

—Un día, al caer la tarde, nos dejaron solos a los dos y tuvo el valor de contarme todo lo relacionado con tu madre. Desde el día que se escapó de casa se hizo el firme propósito de no volver a causar más daño a nadie: ni a las mujeres con sus habituales persecuciones, ni a los hombres con sus avasallamientos amparándose en el miedo que por toda la comarca le tenían. Me confesó también ;y que Dios me perdone por lo que voy a decir!... me confesó, renegando de la religión, de los curas y de las putas costumbres enraizadas en los pueblos, que son las que provocan muchos males: que si no hubiese estado mal visto y peor comprendido se habría llevado a tu madre a nuestra casa, y habría reconocido como hijos legítimos a todos los que con ella hubiese tenido. Decía todo convencido: «Yo soy el culpable, sí, pero los fanatismos religiosos, los fariseísmos y las viejas tradiciones me han obligado a ello, me han hecho ser peor de lo que ya de por sí era».

Luego, después de haber vaciado el arcón de sus secretos paternos, Petra sacó un envoltorio con fotografías de su familia y se lo puso a Jorge encima de las rodillas. Las fue ojeando con atención y cuando pasó por una en la que su padre estaba sentado en un escaño con los brazos extendidos y apoyados en el respaldo volvió sobre ella y la comparó con una suya que llevaba en la cartera, hecha en similar postura de relajación. Las puso una al lado de la otra y sin decir palabra se

las dejó a su hermana sobre el regazo. Después de mirarlas detenidamente se las pasó a Florencio diciendo: –Como dos gotas de agua.

Jorge tenía pocas ganas de hablar, echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el respaldo de la silla; con la vista clavada en el techo y la mirada perdida traspasaba lo material, se perdía más allá de las estrellas. Quizás buscaba con el corazón a su padre en medio de la pugna que en su interior se estaba desatando, en medio del dilema de reconocerle como lo que había sido o de enterrarlo para siempre.

Volvió a colocar las dos fotografías una al lado de la otra, y esta vez ya no pudo aguantar el tirón genético. Las guardó juntas dentro de su cartera y sacó el pañuelo para enjugarse unas lágrimas que, sin su consentimiento, habían brotado de algún oscuro rincón de sus entrañas, un rincón blindado desde antes de nacer, que escapaba a su control y a su dominio.

Su hermana se levantó y apretándole la cabeza contra su pecho le intentaba consolar: –Ya no volverás a estar solo nunca más cariño, todos tus hermanos y sobrinos estaremos a tu lado siempre y te ayudaremos en lo que necesites. Estoy muy feliz de ver cómo tu solo has puesto a padre donde tenías el hueco, y tengo que añadirte algo más sobre él, algo que también me confesó aquel día. Me dijo que había hecho todas las averiguaciones posibles para localizar a tu madre, pero que nadie le había dado norte de su paradero. Aquella tarde... ¡hermano mío!, vi a padre llorar, creo que debo ser la única persona que ha visto llorar al *Castaño*.

En aquel momento, Jorge no pudo soportar más la tensión que le ardía dentro y reventó... se puso de pie, abrió los brazos y exclamó: –¡Basta, Basta!... hasta los más malvados se vuelven tiernos cuando sienten la muerte entre los dientes. No continúes con ello Petra, el está muerto y ya no podemos reconciliarnos, déjalo

todo como está; en este momento sólo quiero integrarme con toda la familia y disfrutar de vuestra compañía el poco tiempo que me quede de vida.

–¿De que estas hablando?, ¿qué te pasa?, ¿qué tienes? –le preguntó Petra alarmada. –Tengo un cáncer en las tripas y por los informes médicos me queda poco tiempo de vida. Petra se quedó petrificada, inmóvil, con las manos cruzadas, como si la hubiesen atado a la silla. Le miró con una desilusión extraña, como el niño que se le escapa de entre las manos el pajarillo que acababa de coger, como... quien pierde algo valioso que acababa de encontrar, antes de preguntarle: –¿Te has traído los informes médicos que te hicieron en Venezuela?. –Sí, los tengo en casa –contestó Jorge. –Pues si puedes, mañana mismo vamos al hospital para que te vea mi hijo... tu sobrino Rafael que es médico allí, y vamos a ver que te dicen aquí, por cierto, y... ¿dónde vives?.

Jorge sentía un gran deseo y una imperiosa necesidad de hacer participes a su hermana y a su tío del afortunado acontecimiento de haberse tropezado con una mujer como Beatriz, y ante la primera insinuación de Petra se lanzó a dar pelos y señales de tan feliz suceso: –Desde el día ocho por la mañana que desembarqué en Gijón hasta esta mañana, he vivido en el Hotel España, pero ahora estoy instalado en el piso de Beatriz, una extraordinaria mujer y una gran persona que conocí hace dos días–.

–Nos conocimos el domingo en los jardines de la Herradura, y nos hemos compenetrado muy bien. Ella vive sola desde que hace dos años perdió a su madre, su padre ya había fallecido unos años antes. Por causa de la enfermedad de su madre, pérdidas temporales del conocimiento, tuvo que pedir la baja en la fábrica de confecciones donde llevaba trabajando desde los quince años e instalarse el taller en una habitación de su casa. Cose por encargo para particulares, para

tiendas y también para la fábrica donde trabajó. Estoy muy ilusionado con ella y, de continuar las cosas por donde van, fijaré aquí mi residencia para lo que me quede de vida—.

—En cuanto me hagan la revisión médica y conozca a toda la familia, prepararé un viaje a Caracas para vender todos mis bienes. Cuando tenga tiempo, calma y las visitas hospitalarias me lo permitan, le escribiré al administrador para que vea con mi socio el traspaso de mi parte en la fabriquita, y para que empiece a gestionar la venta de mi casa.

En aquel momento Jorge se levantó y se acercó a Petra que se había quedado consternada después de conocer la desgraciada noticia. La echó el brazo por los hombros y la dijo: —No te alarmes hermana, desde que llegué me encuentro mucho mejor, casi me han desaparecido las molestias y empiezo a dudar de que la cosa fuese tan grave como me la pintaron allá; ahora tengo muchas razones por las que vivir y haré todo lo que de mí dependa para curarme, si hay alguna posibilidad de ello—.

—Y dime hermana, ¿por qué a padre le llamaban de mote el *Castaño*? Aquella pregunta no se la esperaba Petra, quien después de varios gestos y ruidos inconexos se arrancó con cierto sarcasmo diciendo: —¡Ju, ju! ¿que da un castaño?, —preguntó Petra. —Castañas y madera —respondió Jorge, con cara de niño aplicado. —Pues por eso le llamaban castaño, porque desde joven repartía las castañas por sacos y la madera a carretadas; cualquiera que le contraviniese en algo, le ponía sus manazas encima y le dejaba escocido una semana.

No apostilló Petra más sobre ello, no se sentía orgullosa de que toda su descendencia tuviese que cargar con esa rémora por sabe Dios cuanto tiempo; la fama de su padre les perseguiría generación tras generación como si llevasen un

sello indeleble en la frente. Con unos golpecitos en la espalda, Jorge la quiso reconfortar de la desacreditada herencia recibida, luego se acercó a su tío, que había pasado todo el rato con los brazos extendidos sobre la mesa y las manos cruzadas, y también le agasajó con unos golpecitos afectuosos en la espalda que los hacía extensible a toda la familia.

Mientras, se estrujaba el corazón para parir una oración lapidaria que pusiese en franca armonía las conciencias de los vivos con los espíritus de los muertos. Como si estuviese recitando una plegaria del mes de mayo a la virgen, entonó la siguiente jaculatoria: «Que Dios les dé el descanso eterno a todos nuestros muertos; que sus espíritus se reconcilien en el más allá y que nos ayuden a vivir en paz y armonía en el más acá... Amen».

Luego se acercó a Petra y dejando caer la mano sobre su hombro la dijo: –Hermana, estoy a tu disposición para que organices las cosas, tu que sabes como hacerlo, de modo que conozca a toda la familia lo antes posible. Mañana mismo encargaré a la Telefónica que me instale un aparato en el piso de Beatriz, así podremos estar mejor comunicados; hasta que me lo conecten nos comunicaremos a golpes de talón, de acá para allá. En aquel momento, Petra sacó del bolso una pequeña libreta en la que llevaba apuntados los números de teléfono de su hijo Rafael y de su hermano Anastasio, que vivía en su mismo barrio, dos calles más arriba de la suya.

Iba a ponerse unas gafas cuando Jorge le cogió la libreta diciéndola: –Déjame que yo lo buscaré. Copió los dos números de teléfono en el reverso de una tarjeta del hotel España y le devolvió la libreta a Petra. La preguntó a que hora podía pasar por su casa al día siguiente, a lo que Petra contestó rauda y tajante. –Mi casa es tu casa y puedes venir cuando quieras, de día o de noche la puerta la tendrás

siempre abierta. Mañana podrías venir a comer conmigo, que estaré sola, porque mi hijo pequeño, Gabino, pasará todo el día en Gijón.

Jorge se levantó y le dijo a su tío que se iban a ir, porque tenía la intención de acompañar a Petra hasta su casa y no quería llegar junto a Beatriz tan tarde como la noche anterior. Se despidieron cariñosamente de toda la familia: Magdalena, con un primo que le salió del alma, le ofreció su casa para que volviese cuando quisiera. Paco, con menos expresividad verbal, lo decía todo con su mirada; y la mocita, identificada plenamente con su tío, al que estaba muy agradecida por el detalle de afinidad con la ahijada venezolana, le despidió con dos besazos a los que Jorge respondió alabando sus intenciones académicas con un piropo: –Hasta pronto doctorcita. –¡Huy!, pues no me queda nada todavía –le contestó la pipiolita Flavia sonriendo y sacudiéndose los dedos de las manos.

Salió Jorge de aquella casa con la certidumbre de que allí tendría siempre a unas personas que le querían, él también los llevaría eternamente en su corazón.

Bajó las escaleras con Petra cogida a su brazo y apretándoselo contra su pecho al tiempo que la advertía: –Ten cuidado con los escalones hermana. –Que bien me suena esa palabra en tu boca Jorge –le correspondió Petra sin darse tregua–, mira que todos los hermanos me han llamado casi siempre así, rara ha sido la vez que alguno de ellos me ha llamado por mi nombre, pero tu le das una entonación diferente. –Será el tono meloso de los sudamericanos –apostilló Jorge. –O será la necesidad que tenías de que esa hermosa palabra reventase en tu boca –añadió Petra.

Mientras caminaban lentamente hacia la parada de los autobuses, le iba explicando las líneas que debía coger para ir desde la casa de Beatriz hasta la suya. A pesar de las vestimentas de Petra, incluido el pañuelo negro a la cabeza que la

daba un aspecto de aldeana, en ningún momento Jorge, un hombre elegante y bien vestido, le asaltó ni un ápice de retraimiento por ir al lado de su hermana antes bien al contrario, se sentía feliz y amparado por su compañía a pesar de los quince años de diferencia en la edad. Por su aspecto, cualquiera podría haber pensado que más que su hermana era su madre.

Cuando entraron en la casa, Petra quería que se quedase a cenar, pero tenía prisa por llegar junto a Beatriz y sólo se entretuvo el tiempo que tardó en enseñársela y en tomar un vaso de agua. Una de las habitaciones amueblada al completo para utilizarla como dormitorio se la ofreció por si las relaciones con Beatriz se torcían. Jorge no hizo ningún comentario y se despidió hasta el día siguiente miércoles doce de septiembre a la una, que volvería para comer allí y pasar la tarde con ella.

Cuando regresó a casa Beatriz ya estaba impaciente, abrió la puerta del piso, con las llaves que le había dado por la mañana, y al cerrarla emitió un suspiro cargado de sosiego y de intimidad: –Ya está aquí el huésped –dijo Jorge mientras dejaba las llaves colgadas de uno de los ganchos que a tal efecto estaban clavados en la parte inferior de un cuadro de la virgen de Covadonga. Beatriz, que en aquel momento estaba en la cocina, vino a su encuentro sonriente y amorosa al tiempo que se secaba las manos con el mandilillo que llevaba colgado al cuello. Celebrándolo resueltamente con natural espontaneidad le dijo. –De huésped nada, el dueño de mi corazón es también el dueño de mi casa, y... de otras cosas... de todo lo mío.

Jorge pasó directamente a la habitación, se cambió de ropa y calzado que era su costumbre de toda la vida –se encontraba incómodo cuando en la casa andaba con la ropa y sobre todo con el calzado de andar por la calle–, se hizo un aseo

rápido, y, ya en la cocina, sentado a la mesa con una cerveza y un pincho de morcilla, que Beatriz le había preparado mientras se aseaba, se sintió el hombre más feliz del mundo.

Mientras Beatriz terminaba de preparar la cena Jorge la fue desgranando uno por uno todos los detalles del encuentro con su hermana, sin olvidarse de los agasajos por parte de la familia de su tío que, sin excepción, sacaron de su corazón y le pusieron sobre el mantel lo mejor que tenían; la comida, cocinado por Magdalena con los cinco sentidos, le resulto a Jorge exquisita. Se paró de manera especial en las últimas confesiones que su padre le hizo a Petra, por ser la hija mayor, en las que dejó patente un profundo arrepentimiento por haber conducido a su madre a unos descarríos horribles, obligando a abortar por dos veces, en menos de un año, a un cuerpo y a unos sentimientos que acababan de despertarse y manifestarse como mujer.

Jorge se resistía por momentos a hilvanar de nuevo los desgraciados recuerdos, pero a pesar del dolor que le producían aquellas narraciones no quería tener con su mujer ningún secreto y vaciaba todas sus interioridades en los regazos de Beatriz. En el amplio relato dejó entrever que aquellas revelaciones de su padre no eran fruto de un arrepentimiento interior, sino del temor de un agnóstico al desenlace con la vida material, el temor a una muerte cruel y a lo desconocido en el más allá. Por esta razón Jorge nunca llegaría a perdonarlo, por más que todos sus hermanos lo intentasen una y mil veces.

Aquellas evocaciones le fatigaron y se angustió de nuevo, salió a refrescarse la cara y cuando volvió le trajo a Beatriz las dos fotografías para que comprobase el parecido con su padre. Al verlas una al lado de la otra, reaccionó de la misma manera que él. –Como dos gotas de agua –dijo Beatriz–, ahora no tendrás dudas, porque anoche por un momento me dio la impresión de que no estabas muy seguro

de lo que tu madre q.e.p.d. decía en su carta póstuma. Era como si te resistieses a cambiar tus creencias de tantos años y, aún más, a aceptar que tu madre hubiese tenido aquellos descarríos. Pero tengo que decirte como mujer que soy, y allá en el fondo muy diferente a vosotros los hombre, que las mujeres en la juventud cometemos errores que luego en la madurez nos queman como un hierro al rojo vivo que llevásemos clavado en nuestras entrañas. Y más nos queman si los mantenemos en el mas oscuro de los rincones de nuestra alma, y más aún si vivimos con el temor de que esos secretos, que nunca pueden estar suficientemente blindados, sean descubiertos por la otra persona que los conoce, porque en todos ellos, siempre acompaña a la víctima, por lo menos, otra persona que es quien provoca el hecho que lo produce. Las mujeres tenemos la desgracia de nacer con una seña de identidad que se pierde en cinco minutos de descontrol, y que su huella, o su falta, perdura de por vida—.

—Tu madre, dentro de su desgracia, tuvo la fortuna de encontrar a un hombre bueno que la ayudó y evitó que el recuerdo de sus perversiones la destruyesen. Pero en unas circunstancias similares o de menor calado, sin más compañía que el martillo de tu conciencia, conduce con mucha frecuencia al suicidio, si antes no ha sucumbido al sufrimiento. La destrucción de una vida que llevas dentro es como arrancarte un pedazo de tus entrañas, pero dos pedazos es demasiado destrozo para que una mujer honrada lo pueda soportar, si no comparte su desdicha con alguien.

Jorge no daba crédito a las sabias palabras que acababan de emerger del corazón de Beatriz y estuvo tentado de preguntarle cuales eran las razones para que ella tuviese en su interior tan claros conocimientos de unas realidades desconocidas para quien no las haya vivido; pero su cara no era de felicidad en

aquel momento y prefirió dejarlo para otra ocasión, cuando ella estuviese más serena, menos inflamada.

Era aquella noche la primera que iba a pasar con Beatriz y estaba inquieto, tenía perdida la costumbre de compartir la cama después de muchos años de dormir en soledad; pero poco a poco se fue tranquilizando, todo lo confiaba al amor que se profesaban y a la gran capacidad de comprensión que entre los dos había. A pesar de todo fue prudente y restrictivo con la cena, evitó tomar vino por si le producía gases.

Ante la extrañeza de Beatriz se justificó diciendo que la comida de al mediodía había sido un poco fuerte y que sus tripas enseguida se resentían. Después del postre se tomó un vaso de leche fría que la sabía eficaz para contrarrestar los ácidos. Por unas cosas o por otras, o por todas juntas, durmió toda la noche de un tirón.

A la mañana siguiente, Jorge se despertó temprano como era su costumbre, pero esperó sin moverse hasta que Beatriz empezó a rebullirse. Cuando tuvo la certeza de que ya había aparcado los sueños por aquella noche, la abrazó con fuerza y se desearon un feliz día. Retozaron en la cama como dos cachorros de una misma camada hasta que empezaron a sentir apetito, eso ocurría a las nueve de la mañana. Se levantaron más unidos y su amor lo sintieron más consolidado que cuando se acostaron. Los dos lo percibieron y lo expresaron con frases parecidas: –Esto va bien –dijo Beatriz. –Esto va viento en popa y a toda vela –dijo Jorge.

Después de desayunar, Jorge comentó con Beatriz la necesidad de poner el teléfono. A ella le facilitaría la comunicación con sus clientes, le evitaría tener que bajar al bar a llamar con la incomodidad que eso representaba, y en muchos casos le ahorraría tiempo y dinero en viajes hasta las tiendas. De esa manera Jorge podría comunicarse periódicamente con sus familiares. A Beatriz le pareció bien,

tan sólo objetó el precio, le comentó que sería muy caro. –Tú de eso no te preocupes –le dijo Jorge– que los gastos corren de mi cuenta. Una vez que Beatriz se convenció de su funcionalidad le buscó un recibo de la luz para demostrar la habitabilidad del piso y Jorge salió escopeteado a las oficinas de la telefónica en el centro de la ciudad, cerca del convento de Santa Clara.

Eran más de las doce cuando Jorge volvió a casa, dejó el contrato en un cajón de la mesita de noche y se despidió de Beatriz, que con el metro colgándole del cuello componía las mangas de un vestido sujeto a un maniquí. –Me voy a casa de mi hermana Petra en la calle Comandante Vallespín que, como te dije anoche, me espera para comer.

Cuando Jorge llegó al piso de Petra ya estaba allí su hermano Anastasio, policía municipal que aquel mes tenía el turno de noche, con su mujer Felisa. Le recibieron con cariño pero sin el calor con el que Petra le había acogido. Anastasio era el más pequeño de los hermanos, y sabía de Jorge lo que la patriarca había querido que supiese. Cuando él nació, las aventuras de su padre con la madre de Jorge, la niña Genoveva, ya se habían desvanecido en la memoria de los vecinos del pueblo, y no tuvo necesidad de descubrirle quien había sido su madre. Además, estaba muy dominado por la hermana mayor y no se atrevía nunca a sacar los pies del cesto, aunque no le cuadrasen las cuentas. La indiscutible realidad de aquella familia numerosa era que, mientras Petra viviese, nadie se atrevería a crear discordias internas; ella tenía la autoridad para llevar y traer a todos los miembros del clan lo mismo que lleva la gallina a los polluelos.

Al poco tiempo de haber llegado Jorge entró Rafael “el médico” con un casco de motorista bajo el brazo, «un digno nieto del *Castaño*» pensó Jorge al verlo; alto, fuerte, con manos de leñador, abierto y espléndido de palabra. Le dio un abrazo

cálido, le echó el brazo por los hombros en señal de cariñoso recibimiento y, mientras su madre se retiraba a la cocina en compañía de Felisa para continuar con los preparativos de la comida, le puso al corriente de lo mucho que había soñado su madre desde hacía años con su encuentro: –A mamá se le ha alargado la vida con tu aparición, desde hace algún tiempo estaba viviendo en un estado de cierta desesperación por llegar a conocerte. Cuando el tío Florencio llamó para darle la feliz noticia se puso como loca, no cabía dentro de sí, y creo que se pasó toda la noche en vela contando las horas que faltaban para abrazarte. La has hecho un bien inmenso, porque desde que murió mi padre, y de esto hace ya cinco años, vivía refugiada en su soledad y me tenía preocupado; esos estados suelen desembocar en procesos degenerativos irreversibles–.

–Bueno... ¿y que pasa con tus tripas, tío?, me ha contado mamá que te han dado un diagnóstico tumoral. –Así es –le contestó Jorge–, aquí he traído los informes que me dieron en Caracas, por si te veía. Cuando Rafael saco los folios de papel continuó rebuscando dentro del sobre porque las radiografías no las encontraba, le preguntó por ellas y le contestó Jorge que lo que había en el sobre era todo lo que le habían dado. Rafael se quedó sorprendido y perplejo ante la ausencia de radiografías en los informes pero pensó que no le hubiesen servido de mucho porque estaba decidido a iniciar en el hospital un proceso de análisis y pruebas desde cero. Se le quedó mirando fijamente y le preguntó a bocajarro: –¿Tu tienes algo que hacer esta tarde?. –Nada que no pueda esperar, estoy a tu disposición –contestó Jorge. –Pues, si no te da miedo montar en moto, después de comer te vienes conmigo al hospital y empezamos esta misma tarde con las exploraciones, haber que te encontramos por ahí dentro.

Pensando en las pruebas se le fue el apetito, para disgusto de su hermana, que como buena asturiana le hubiera gustado que comiese el doble de lo que comió. Haciendo de tripas corazones fue complaciendo a las curiosidades de unos y de otros de cómo había sido su vida allá en ultramar.

La sobremesa fue corta porque Rafael a las cuatro tenía que estar en el hospital, lo cual fue un alivio para Jorge, porque la compañía de Anastasio, y aún más la de su mujer, le resultaron incómodas desde el primer momento. Eran esa clase de personas que te examinan de arriba abajo, esas personas cortas de palabras y largas de miradas indiscretas que nunca sabes en qué están pensando; unas personas incómodas rayando lo estúpido para un hombre tan sincero y extrovertido como Jorge. A Anastasio se le notaba el deseo de tener algún gesto de fraternidad pero no le salía; se había acostumbrado tanto al vetusto y orgulloso carácter de su mujer que vivía bloqueado, y es que como dice el refrán: «dos que duermen en el mismo colchón se vuelven de la misma condición».

Cuando sobrino y tío llegaron al hospital, le pasaron de inmediato a una habitación pequeña con una camilla y el mobiliario imprescindible para hacer las curas. Al poco rato de espera vino Rafael con otro médico y una enfermera. Le preguntaron los síntomas que padecía, y el compañero de Rafael fue anotando en un cuaderno todas las explicaciones que Jorge les daba. Le tomaron la tensión, le exploraron con pequeños golpecitos puntuales en las zonas donde se manifestaban las molestias y ninguno de los dos médicos le pareció encontrar, así a simple vista, nada extraño.

Le emplazaron para que al día siguiente, a las nueve, se presentase en ayunas; querían empezar de inmediato con análisis y radiografías. La enfermera se quedó con él, para rellenar los volantes de las pruebas que debería pasar, y le entregó un

frasco de plástico precintado para que les llevase la primera orina de la mañana y antes de tomar nada.

Al día siguiente, Jueves trece, a las ocho y media ya estaba en el hospital, Beatriz le acompañó como la cosa más natural en estos casos. Presentó los volantes en el mostrador de recepción en la planta baja, y le enviaron a la planta semisótano. Allí le recogieron el frasco con la orina, le extrajeron sangre para los análisis y se tomó una papilla; un producto de contraste opaco a los rayos X, que concentrado de manera electiva por las bilis, permite visualizar perfectamente la vesícula y los canales biliares mediante las radiografías.

Esta debió ser la zona que más les preocupó a los doctores en la exploración de la tarde anterior. Pasada una media hora de la toma de la papilla, le llamaron de la sala de radiología y durante un cuarto de hora le estuvieron tomando placas en diferentes posturas. Cuando terminaron con las pruebas, y antes de abandonar el hospital, preguntó por su sobrino, pero no pudo verlo porque se encontraba en quirófano a aquella hora. Subió otra vez al mostrador de recepción y allí le dieron cita para el lunes día diecisiete a las diez de la mañana.

En el camino de regreso a casa empezó a sentirse mal; estaba mareado, y gracias a que llevaba a su lado a Beatriz, en quien se iba apoyando, pudo llegar sin detenerse hasta la parada del autobús. Tubo suerte de que a esas horas no hubiese muchos viajeros y pudiera sentarse en cuanto subió. Sin moverse y con la mano apretándose en la parte del hígado se fue conteniendo. Cuando bajaron y empezó a andar, las piernas le temblaron otra vez; gracias a que Beatriz le iba sosteniendo pudo avanzar, pero cuando llegaron a la escalera se las vieron y desearon para subir hasta la segunda planta, a pesar de que se agarraba a la barandilla con una mano y con la otra se apoyaba en los hombros de su compañera.

Entraron en casa y mientras Beatriz le preparaba la cama le dejó sentado en un sillón de la sala de estar. Enseguida volvió a buscarlo y de camino al dormitorio quiso entrar en el cuarto de aseo, sentía necesidad de vomitar. Se puso de rodillas delante de la taza del váter y, con la cabeza casi dentro, intentó echar fuera lo que le estorbaba; se metió los dedos hasta las campanillas, y arrojó unas bilis negras, como el carbón, cuyo parecido con la papilla de contraste tomada en el hospital era puro espejismo. Beatriz, que todo el rato estuvo sujetándole la cabeza con las manos en la frente, le intentó ayudar en el tramo desde el aseo hasta la cama, pero ya no le hacía falta. Lo poco que había arrojado era suficiente para sentirse mejor.

Beatriz sacó en aquel momento los instintos maternales que llevan todas las mujeres, le metió en la cama y lo arropó con el mismo cuidado y cariño con que una madre acuesta a un hijo pequeño. Dentro de la cama se sintió reconfortado por el sosiego y bienestar que produce la seguridad del hogar y se dijo para sus adentros: «¡Ah, que felicidad!, una casa y una compañera que te cuide; ahora ya podría morirme tranquilo».

Beatriz estaba un poco asustada, por cómo lo había visto, y recurrió a los remedios caseros que empleó en el cuidado de sus padres. Puso agua a hervir para hacerle una infusión de manzanilla bien cargada, y una vez reposada la añadió una buena cucharada de miel y medio limón exprimido; cuando la tuvo a su gusto se la llevó. Al verla entrar Jorge se incorporó en la cama y la preguntó, mas por curiosidad que por reparo, –¿qué es eso?–. Beatriz le contestó chirigotera para rebajar el dramatismo que Jorge llevaba en la cara: –Veneno de efecto rápido, haber si me quito de encima a esta fastidiosa compañía–. Aquella respuesta le sorprendió tanto que le invadieron los deseos de reír; pero el reflejo del dolor en el

lado derecho se lo impedía, por lo que tuvo que advertirle: –No me hagas reír que me molesta en este lado.

Se la tomó despacio, sin dejar de mirarla con ojos amorosos y cargados de una gran inquietud y gratitud al mismo tiempo. Tenía miedo de que su enfermedad pudiera agravarse de forma repentina, y por más confianza que tuviese en la bondad de Beatriz, y aunque la creyese sin reservas cuando le decía que le amaba como a nadie había amado nunca, le aterraba la idea de que entrase tan pronto en un proceso de recrudecimiento de su mal. Pensaba que hacía falta mucho más tiempo para fortalecer los lazos de unión que en aquel momento no los creía con la consistencia suficiente como para resistir los inconvenientes, las molestias y los desvelos que conlleva el cuidado de un enfermo terminal.

La sensibilización a estos pensamientos le enmudeció, sus ojos se humedecieron, y su mirada se volvió de un profundo y total agradecimiento. Cuando dio el último sorbo, Beatriz se llevó el tazón a la cocina y volvió con una bolsa de agua caliente que le puso en la zona donde tenía el dolor. Se recostó a su lado en la cama, puso la mano sobre su frente, y le dijo esbozando una tibia sonrisa: –Al menos fiebre no tienes, creo yo–. Pasó unos minutos a su lado y cuando se disponía a incorporarse para dejarlo tranquilo no pudo evitar que le saliesen unas lagrimillas, pero menos pudo evitar decirle: –No te mueras tan pronto, cariño, déjame disfrutar de ti un poco–. Los dos abrazados lloraron amargamente y se quedó dormido entre los brazos de su mujer. Beatriz se levantó sigilosamente, echó las cortinas dejando la habitación a oscuras, y salió de puntillas.

Ya en su cuarto de trabajo, buscó una estampita de la virgen del Carmen, encendió una vela que tenía en una palmatoria, desde que su padre estaba enfermo y le daba de noche los medicamentos, y se la puso delante. Se santiguó y la rogó:

«Virgencita mía, déjame por lo menos un año, no te lo lleves tan pronto, no vuelvas a dejarme sola». Entró en la cocina y de las sobras que tenía se hizo un revuelto que sin saborear fue tragando, cuando el llanto amargo de aquellos hermosos ojos negros le dejaba paso libre en su garganta. Después de comer cruzo los brazos sobre la mesa, apoyó en ellos la cabeza y se quedó dormida, no estaba cansada pero estaba muy rendida.

Se despertó sobresaltada, con la sensación de que la estaba llamando, y salió corriendo hasta el dormitorio. Cuando llegó a la puerta y antes de abrirla se paro y escuchó, pero todo estaba tranquilo tal como lo había dejado una hora antes. Aquel susto había sido a resultas de la preocupación que le ardía dentro. Entró en la cocina, se sentó y volvió a implorar al que todo lo puede: «Señor, si me lo arrebatas ahora, será mucho peor que la soledad de antes, no puedes ser tan cruel conmigo, no puedes darme a probar la miel de la vida y casi antes de saborearla arrancarme de las manos la tarrina... ¡cúramelo, cúramelo!».

En aquel momento Jorge la llamó angustiada: «¡Beatriz, Beatriz!, ¿puedes venir?». «Sí cariño, ahora voy», le contestó poniéndose en pie con un movimiento brusco. Tiro en la mesa el pañuelo que llevaba en la mano y en dos zancadas se plantó delante de la puerta. Encendió la luz y le vio incorporado en la cama, le tocó la frente y estaba ardiendo. Su angustia galopó a lomos de la desesperación, le miraba compungida, pero sacó fuerzas y le dio ánimos diciendo: «No te preocupes, todo debe ser debido a esa dichosa papilla que te ha sentado mal». Con ojos pesarosos la dijo: «Lo siento cariño, pero me encuentro muy mal, el dolor a este lado derecho del estómago va en aumento. «Creo que a ese lado esta el hígado y la vesícula –le dijo Beatriz–, prepararé más manzanilla; esta vez la haré natural, más fuerte, y exprimiré un limón entero. A mi padre en los últimos meses se le cogió el

mal al hígado y la manzanilla caliente con jugo de limón le aliviaba mucho. No te pongas nervioso que voy a prepararlo, ya verás como poco a poco se te va deshaciendo el tapón que te estorba.

Salió de la habitación desencajada y cuando entró en la cocina cerró la puerta sucumbiendo a la pena que le abrumaba con un suspiro de dolor. Puso a calentar agua en un cazo grande y buscó un paquete de manzanilla natural que había comprado hacía unos meses en un mercadillo de Cangas de Onís, un domingo que fue con sus amigas a ver los descensos del río Sella. «Quien me iba a decir el destino que le daría a aquellas hierbas –murmuró con rabia–. Las compré sin una razón especial, creo que solo me atraieron por el apego que las cogí cuando le aliviaban el dolor a mi pobre padre».

Al principio no las encontraba pero, como de la cocina no podían haber salido, las buscó por todos los rincones y en el fondo de los armarios. Por fin localizó la bolsa y, como si se tratase de una tabla de salvación, la apretó contra su pecho y la besó.

Cuando el agua empezó a hervir apagó el fuego, echó un buen puñado de aquellas hierbas medicinales en el cazo y lo tapó, exprimió un limón y lo mezcló con dos cucharadas de miel en una jarra de cristal. Mientras hacía tiempo para que la infusión se asentase y las hierbas soltasen todas sus substancias benefactoras iba y venía de la cocina al taller de costura sin control, el nerviosismo la tenía aturrida. Por fin vertió el cazo en la jarra a través de un colador, lo removió para que la miel se disolviese bien, lo probó con el extremo de una cucharilla y, cuando estuvo a su gusto, llenó un tazón.

Al entrar en la habitación se sorprendió ver a Jorge sentado en la cama con la luz apagada. Estaba con las dos manos sujetándose la bolsa de agua caliente en el lado donde tenía el dolor. Beatriz, haciendo de tripas corazones, le dijo con toda la

dulzura que de manera natural brotaba de sus sentimientos: –Venga, tómate esta infusión, que es de manzanilla natural con miel y un buen chorro de limón; aunque la encuentres un poco ácida trágala, que el limón es muy bueno para desatrampar todos los canalillos que tenemos por esa zona, ya verás que bien te sienta y como notas alivio enseguida.

Se tomó hasta la última gota sin que se le soltase un solo músculo de la cara. Además de ser un buen enfermo, Jorge Valdés estaba dispuesto a tomarse hasta las mismísimas hieles de Satanás molidas si Beatriz se las ponía delante. Le mulló la almohada y le dio un beso en la frente, le pareció que le había bajado algo la temperatura, o al menos no se alarmó tanto como cuando le tocó la vez anterior. Apagó la luz y salió de la habitación entornando la puerta, volvió a la cocina para ordenar los cacharros, y el tazón de manzanilla que había sobrado lo tapó con un paño limpio. Miró el reloj, eran las cuatro y media, y aunque no tenía deseos de hacer nada, el trabajo pendiente la obligó a volver al taller. Se relajó pensando que todo debía ser a causa de la papilla, ya que ni en el peor de los casos se produce una reacción tan repentina. Empezó a encontrarse más tranquila, ya no le temblaba el pulso y podía coger las tijeras y las agujas sin miedo a accidentarse.

Después de unas horas de trabajo concentrado, unos ratos de pie y otros sentada a la máquina de coser, se encontró cansada, se sentó en el sillón con la aguja en la mano y se quedó dormida. Cuando se despertó sobresaltada miró el reloj, eran las ocho y cuarto, sintió un gran alivio ver que habían pasado casi cuatro horas y Jorge no la había llamado.

Dejó la ropa que llevaba sobre el regazo en una silla y se acercó al dormitorio, escuchó por la rendija de la puerta y comprobó con satisfacción que respiraba tranquilo; tuvo la tentación de entrar a tocarle la frente pero no se atrevió; además, recordó que los enfermos con fiebre alta tienen la respiración jadeante o

deliran y en ninguno de los dos estados se encontraba Jorge, así es que entró en la cocina y se preparó una cena rápida por si la noche pintaba movida. Una tortilla con una loncha de lacón, un tomate y una manzana fue su cena. Después de cenar se acercó a la puerta del dormitorio y comprobó con satisfacción que continuaba en el mismo estado, su respiración era sosegada.

Volvió a instalarse en su taller, y allá a las once vio un resplandor en el pasillo, Jorge había encendido la luz de la mesita de noche, soltó la costura y salió como un tiro. Desde la puerta pudo comprobar la eficacia de sus hierbas porque el aspecto de Jorge ya era otro, tenía la cara relajada y los ojos animosos; pero lo que más le agradó a Beatriz fue cuando la dijo que tenía hambre, que estaba desfallecido.

A pesar de la necesidad de ingerir alimentos sólidos la enfermera inflexible no se dejó ablandar, ni por las palabras, ni por los gestos del enfermo, que con la excusa de ir al aseo se levantó y empezó a dar paseos por el pasillo mientras Beatriz calentaba la ración de manzanilla que había sobrado de la toma anterior. Le puso tres galletas en el tazón, que se esponjaron al echar el líquido, y le dijo que hasta el día siguiente por la mañana no debía tomar nada sólido.

–Para mañana, si continuas mejorando, ya tengo pensado tu menú –le comento Beatriz, a lo que Jorge expectante la inquirió–. –Haber, haber, cuéntamelo, y así me engañaré con la ilusión de lo que voy a comer mañana. –Es todo muy ligero, muy eficaz y diurético para estas dolencias –le repuso Beatriz–. Al mediodía: primero arroz blanco cocido con unas hojas de laurel y unas gotas de aceite de oliva, luego, unas lonchas de jamón york con pan tostado. Por la noche: una rodaja de pescadilla hervida con cebolla, ajo y un chorrito de aceite de oliva, y si te quedas con hambre, otra loncha de jamón york con pan tostado; ya verás que en pocos días saco de este hermoso cuerpo todo lo que le esté estorbando.

Cuando Jorge apuró el tazón de manzanilla, Beatriz volvió a coger la costura otro rato; mientras, el enfermo daba paseos arriba y abajo por el pasillo. Cuando se cansó vino a sentarse al lado de ella y cogió una revista de cotilleo trasnochada que había entre un montón de revistas y patrones. A eso de las doce y media Beatriz soltó la costura y reclinó la cabeza sobre el hombro de Jorge, que al sentirla cerca también dejó la revista. –Que susto me has dado –le dijo–. –Yo también me he asustado más que otras veces, a pesar de estar mejor acompañado que nunca –le aseguró Jorge–. En aquel momento estaba imaginando qué habría sido de él si este cólico le hubiese dado estando solo, o acompañado de la funesta mujer con la que estuvo casado; «yo creo que me muero como un perro», se contestó para sus interiores.

Atravesaba en aquel momento un estado de profundo reconocimiento que vino a intensificar el cariño que ya sentía por aquella mujer extraordinaria y necesitaba demostrárselo de alguna manera; entonces cogió sus manos y las besó con devoción. Beatriz, que a aquellas horas estaba ya muy cansada, se levantó y le dijo: –Vámonos a la cama que es muy tarde y mañana tengo que terminar unos trabajos.

Aquella noche, a pesar de que el dolor le iba y le venía, como no llegó a ser fuerte en ningún momento, no quiso molestarla. Pasó muchos ratos en vela meditando sobre su futuro que se lo veía bastante oscuro; sólo la disposición a cumplir con todo lo que fuese necesario para superar la enfermedad le traía algo de sosiego.

Con frecuencia reposaba la mano sobre la cabeza de Beatriz que dormía placidamente y la declaraba con el pensamiento: «Por ti más que por mí, haré todo

lo que me manden, y hasta donde aun no se haya escrito llegaré si con ello alargó mi vida para que no te quedes sola tan pronto otra vez».

Cansado de dar vueltas en la cama y temeroso de despertarla se levantó y se fue a la sala de la costura. Allí, que era donde Beatriz devanaba sus pensamientos y pasaba la mayor parte del tiempo, allí quería dejar Jorge impregnado en el ambiente, adherido a las paredes y al cielo raso los derrames sentimentales de gratitud y amor eterno hacia su mujer. Quería que si el mal se apoderaba de su voluntad de vivir, la quedasen para siempre aquellos efluvios que salían de su alma enmohecida.

Cuando había evocado todo lo que en su interior llevaba escrito el nombre de Beatriz empezó a recordar los asuntos que tenía pendiente y que, hoy más que ayer, era de suma urgencia ponerlos sobre el papel. Abrió el maletín, sacó unos folios y empezó a escribir una carta a su gestor, pidiéndole que pusiese en marcha la venta de todas sus propiedades lo antes posible.

Por no hacerle de menos a su socio, le escribió otra, le dijo que había encontrado a su familia y había decidido quedarse a vivir para siempre entre los suyos, así es que le ofrecía la venta de su participación en el negocio antes de ponerlo en conocimiento de otros posibles compradores; le relacionaba las tasaciones hechas de su parte de la fabrica y de las restantes propiedades, por si él, o alguien conocido estaba interesado en comprarlas. También le hacía saber que le había escrito al administrador para encargarle la gestión de estas ventas a particulares.

Cuando daba los últimos retoques a los borradores Beatriz se despertó, y se tiró de la cama sobresaltada pensando que estuviese peor; pero al entrar en la sala y verlo absorto en sus papeles se tranquilizó. Mientras Jorge ponía en limpio las cartas y cerraba los sobres Beatriz entró en la cocina para preparar los desayunos,

eran las ocho de la mañana, para Jorge más manzanilla con miel y limón y un bollo suizo.

A media mañana salieron a comprar en el mercado del barrio, certificaron las cartas en la estafeta de correos que había en el mismo mercado y alrededor del mediodía subían con las provisiones y la Voz de Asturias de aquel catorce de Septiembre. Pocas noticias nuevas: Continuaba la normalización en la cuenca minera y se agravaba la tensión por el despliegues de bases soviéticas en Cuba; una en las proximidades del Puerto de Bahía Honda, y otra cerca de la famosa playa de Varadero, en la provincia de Matanzas. Estos acontecimientos le hicieron estremecer a Jorge y por unos instantes se olvidó de su estado de salud; le preocupaba que un conflicto internacional en la zona pudiese alcanzar de manera directa a Venezuela.

Una vez superada la preocupación bélica en el Caribe, volvió a centrarse en las noticias locales, y en particular en los espectáculos organizados por las fiestas en honor a su patrón San Mateo; entre ellos estaba la actuación de Antoñita Moreno en el teatro Filarmónica, para el día siguiente. Con el periódico abierto se fue hasta la cocina para preguntarle a Beatriz si la gustaría que fuesen. –Ay sí, si que me gustaría –le contestó animosa– que el año pasado, entre pitos y flautas, al final me quedé sin ir a verla. Sus canciones me traen hermosos recuerdos, porque mi padre en los últimos años se relajaba de los dolores poniendo sus discos uno tras otro hasta que se quedaba dormido, sus canciones eran como un sedante para él. Al principio estaba tan harta de escucharla que pensé: Cuando mi padre muera romperé todos sus discos, pero resulta que después para mi madre también fue una distracción, así es que terminé por adorar la voz de Antoñita.

Ya tenían ocupada la tarde del sábado. Era alentador para Jorge verse con alguna actividad a la vista, porque aquella desocupación le desgastaba más que los trabajos intensivos. Volvió a la salita y buscó la pagina de sucesos, no había aquel día ninguno de gravedad, pero le sorprendió que como en fechas anteriores proliferasen las peleas entre gentes aparentemente normales: fulano agrede a zutano, y una tal tal..., hiere a una tal cual..., pero entre estas nimiedades encontró una noticia graciosa que le hizo esbozar una sonrisa contenida, porque a cualquier expresión fuerte se resentía del dolor. Se fue a la cocina y con gesto burlón le indicó a Beatriz. –Mira, mira, lo que dice aquí en las noticias de sucesos: En la calle de Montados, un señor con pinta de marques francés, llevaba varias noches dando serenatas hasta la madrugada, cantaba trozos de zarzuelas a su dulcinea; pero ayer, una destemplada ama de casa, le echó un caldero de agua fresca encima al tiempo que le gritaba: «¡ya está bien de monsergas, majadero, payaso!»

Beatriz se sacudió por un momento la preocupación y se sonrió por la graciosa noticia. Jorge volvió a la hoja de espectáculos y vio que el domingo a las siete, en el cine Ayala, pondrían “El retorno del forajido”; entonces le preguntó a Beatriz si le gustaban las películas del oeste, le dijo que le encantaban, así es que ya tenían ocupado todo el fin de semana: El sábado Antoñita Moreno y el domingo un western.

Continuó ojeando las páginas dedicadas a la tierra hasta que encontró unas rimas dedicadas a la Virgen de Covadonga, con un alto sentido patriótico y devoto que le calaron hondo y le trasportaron al recuerdo de sus años de niñez. Se las leyó a Beatriz, con tanta devoción como el que más de los hijos de la tierra, decían así: *«Lo mejor del mundo, España. Lo mejor de España, Asturias. Asturias valiente y bella. Asturias con su Santina. No hay otra igual como ella. Por galana y pequeña. Del cielo del Principado, la más rutilante estrella».*

Beatriz se emocionó con aquella canción popular que conocía desde niña, pero se la hizo de nuevas y la alabó de manera especial para no decepcionarle.

Cuando estaban en la sobremesa de la comida, Beatriz le propuso a Jorge hacerle una visita a su hermana Petra al día siguiente sábado. No se encontraría cómoda hasta que se conociesen, ella era la compañera sentimental del hermano recién encontrado y su hermana la patriarca de la familia. Además, después de la emotiva impresión que le había causado a Jorge, estaba impaciente por que se conociesen.

A Jorge le pareció muy bien que saliese de ella la decisión de visitar a su hermana, pero como no se olvidaba del cólico, o lo que hubiese sido la causa de aquellos dolores, dijo de bajar luego a media tarde para hablar por teléfono con Rafael, y, aparte de contarle el suceso del día anterior, que le transmitiese a su madre los planes que tenían para el día siguiente. A eso de las doce les pareció una hora apropiada para la visita a Petra, y si de paso podía verle Rafael, mejor que mejor.

La dieta de Beatriz le había dado un buen resultado, por la tarde solo le quedaba el reflejo del dolor y durmió toda la noche de un tirón con la bolsa de agua caliente pegada al hígado.

Al día siguiente, sábado, se levantó como si nada hubiese tenido. A eso de las doce menos unos minutos llegaban al rellano del piso de su hermana. Jorge, con la sorpresa de Beatriz, se sacó un manojito de llaves del bolsillo y tanteó una tras otra la de la puerta del piso mientras Beatriz se destornillaba de risa y le decía: –Pareces un sereno, ¿de donde has sacado todas esas llaves?–. Con la mayor naturalidad la contestó: –Me las dio mi hermana el otro día, por si venía alguna

vez y ella no estaba, para que no me quedase en la calle. ¿Verdad que es maravilloso todo esto? –Es mucho más que eso, es sublime, –contestó Beatriz.

Cuando dio con la llave, al tiempo que abría la puerta, tocó el timbre para no sorprenderla. Petra salió de la salita comentando a sus acompañantes: –Es mi hermano y su mujer. Qué culebrilla recorrió el cuerpo de Beatriz desde la cabeza a los pies y que emoción más agradable y profunda. El flash que le paso por la cabeza al escuchar aquellas palabras fue la dulce sensación de en seis días haber pasado de ser una solterona solitaria y sin ilusiones a la mujer, en el más profundo y extenso sentido de la palabra, de un hombre maravilloso.

Después de las presentaciones Petra les condujo hasta la salita de estar donde esperaban impacientes los otro cuatro hermanos que le faltaba conocer: Aurora y Maria, Eugenio y Teodoro. Aurora, que era la segunda hija del Castaño, se adelantó para saludarle primero. Se lo presentó Petra con las siguientes palabras que reafirmaban el parentesco: –este es nuestro hermano Jorge.

Como era aquella una familia en la que se respetaban solemnemente los grados de la primogenitura, el orden para abrazar al hermano reconocido fue el mismo que ocupaban por su madurez; después de Aurora, Eugenio, luego Maria y por último Teodoro. Ya en la sobremesa se incorporaría Anastasio para que, en presencia de todos, Petra leyese el testamento de su padre.

Rafael apareció al poco rato de las presentaciones, sólo para tener más detalle del cólico que había sufrido Jorge. Después de explicarle Beatriz el régimen de comidas e infusiones que tenía establecido les dejó, se fue tranquilo sabiendo que el cuidado de su tío estaba en buenas manos. Quedaron en verse el lunes en el hospital y Jorge le acompañó hasta la puerta, por si quería mencionarle a solas algún detalle de su dolencia. Por el camino le fue dando ánimos y le dijo que había

tenido mucha suerte con Beatriz. –Además de ser una gran mujer, te adora; cuídala, cuídala mucho, y a su lado podrás crear tu propia familia. A todos nosotros... está muy bien que nos hayas encontrado, pero a excepción de mi madre, a la que en buena lógica tu debes sobrevivir, los demás tenemos nuestros problemas de encaje; cada uno anda a vueltas con el puzzle de su vida.

Tiró de Jorge hacia el rellano y cerró la puerta para hablarle con tranquilidad de todo lo que Rafael quería que su tío supiese. –Mi madre es muy diferente a los demás, siempre estuvo liberada de ataduras y ahora, sin mi padre, aún es más libre; pero los otros no deciden por ellos mismos, sino por lo que respiren sus cónyuges y sus hijos. Si los que somos hijos de los mismos padres hemos salido tan diferentes, cómo te vas a fiar de quienes tienen sus raíces clavadas en otras tierras. Confía siempre en tu hermana Petra y, mientras viva, aprovéchate de la autoridad que tiene entre todos los hermanos y sus familias, ella... ella no te dejará nunca solo ante el peligro, no es por que sea mi madre tío, pero todo el mundo la reconoce como una gran mujer... una sabia mujer.

Acercándose a su tío le dijo: –Te voy a contar algo que Petra nunca te contaría porque no es nada vanidosa, no la gusta alabarse, algo que yo sé por un íntimo amigo de la familia y confidente de tu padre (de mi abuelo). Desde que Petra fue mayor de edad, el abuelo *Castaño* no volvió a desabrocharse la bragueta con otra mujer que no fuese mi abuela. Decía que cuando mi madre le miraba fijamente por algún reproche, era como si le diesen puñaladas en su atormentada conciencia. Y desde que el abuelo la hizo confidente de tu gestación y de las escandalosas relaciones con tu madre, se sintió contrita por no haber sido más mayor para haberlas frenado a tiempo. Hasta ahí llegó a sufrir tu hermana por las barrabasadas de tu padre; por eso cuando supo de tu existencia y de que estabas

aquí vio el cielo abierto. Está rogando a su Dios para que le alargue la vida, con la única intención de poder recompensarte por todo el mal que su padre le hizo a tu madre y a ti—.

—Mi consejo es que no decidas nada en lo relacionado con esta familia, y menos si te lo proponen los otros, sin consultarlo con tu hermana, Petra conoce bien este paño. Confía en ella porque ni muerta te ha de defraudar, y en lo que yo pueda ayudarte cuenta conmigo. El lunes os veo en el hospital.

Con un abrazo se despidió de su tío aquel noble mocetón, del que Jorge ya se sentía orgulloso, antes de que le hiciese aquellas confianzas. De todos los conocidos hasta aquel momento, sólo por él y por Petra, no aborrecía ser hijo del *Castaño*. Le siguió con mirada efusiva mientras bajaba el primer tramo de escaleras y en su agnóstico corazón le asaltó el deseo de rogar, no sabía a quien, para que las lanzadas de la vida sólo le rozasen.

Cuando Jorge entró su cara reflejaba un gozo y una placidez sublimes. Beatriz se levantó y vino a su encuentro para preguntarle cómo había tardado tanto y que le había dicho Rafael, pero la tranquilizó diciendo solamente que no habían hablado nada de sus dolencias, que de eso hasta el lunes cuando tuviese las pruebas delante no podía opinar. —Y entonces: ¿de que habéis hablado tanto rato?, —le insistió impaciente. —La verdad es que hemos estado hablando de cuatro vaguedades —, y la guiñó un ojo con discreción que Beatriz entendió claramente.

No tenían previsto quedarse a comer pero a la vista de la reunión familiar que se había preparado y de los temas de interés que debían plantearle a los postres no les dejó otra salida que aceptar la invitación. Beatriz se metió en la cocina para preparar el arroz del enfermo y como si fuese aquella su casa, bajo la batuta de Petra que la observaba sentada, fue trasteando armarios y cajones para coger las

materias primas y los utensilios necesarios; siempre siguiendo las indicaciones de la dueña de la casa que la observaba con dulce complacencia.

Cuando el arroz estuvo cocido apagó el fuego y le preguntó a Petra, que continuaba sentada con un codo clavado en la mesa y sujetándose la cabeza con la mano, si tenía jamón york. –Sí, sí tengo –la contestó animosa de conversar con su cuñada–, no ves que estoy a régimen, ese es el único fiambre que suelo comer; y salieron de la cocina cogidas del brazo.

La comida, a pesar de los siete comensales que se juntaron a la mesa, se desarrolló con gran espíritu de fraternidad y el ambiente fue sosegado. Sólo la anfitriona sacaba de vez en cuando a relucir inocentes recuerdos de familia para que Jorge se fuese familiarizando con las trayectorias de sus hermanos y sus maneras de ser, pero sin poner mucho énfasis en lo que contaba.

Aún no habían terminado de recoger los cacharros de la mesa cuando llamaron a la puerta, era Anastasio, el hermano que faltaba para que estuviesen todos. Beatriz terminó de retirar el mantel y descolgando un delantal de Petra, con el que se podía dar dos vueltas y media, se lo colgó del cuello y se lo ató por delante. Cerró la puerta de la cocina y empezó a fregar los cacharros con parsimonia para darles tiempo a que le destapasen a Jorge sus asuntos familiares.

Había escuchado decir algo sobre un testamento del abuelo y esas cosas, cuando hay tantos hermanos de por medio, le daban grima. Ella no había tenido ese problema, porque tanto las obligaciones que fueron muchas como los derechos que se circunscribían al piso donde vivía no los había tenido que compartir con nadie.

Cuando terminó de fregar los cacharros, como aún continuaban deliberando sobre las miserias de las heredades, abrió la ventana de la cocina que daba a un

patio donde jugaban los chiquillos a grito pelado. Allí, observándolos, con los brazos cruzados y apoyados en el alféizar, se pasó la media hora o más que tardaron aún en cerrar el acuerdo. En ese paréntesis se dejó abatir por las emociones y le cayeron dos lagrimitas, que sólo ella sabría de que rincón del hondo fondo de su alma habían salido.

Al volver Petra a la cocina la dio un susto de muerte, porque con la tensión que llevaba por tenerla allí exilada, abrió la puerta con virulencia y golpeó contra una silla que se habían dejado detrás. –Ya puedes venir querida –la dijo con la dulzura de una buena madre–, ya tenemos todo arreglado y ahora te contaremos. –No Petra, esas son cosas vuestras, cosas de familia –dijo Beatriz–, yo no quiero saber nada de lo que Jorge tenga, para mí es suficiente con lo que sé de él. –Tu eres desde hoy un miembro más de esta familia y como tal te reconocemos todos –le replicó Petra–. No se atrevió a rechistarle y salió detrás de ella.

Cuando llegaron a la sala donde estaban todos Beatriz observó que reinaba un ambiente de paz, que contrastaba con lo que tenía entendido sucedía en los litigios de asuntos relacionados con las herencias. Esa sensación le fue muy favorable porque ella era de un espíritu pacífico, más bien cobardón; y, de haber tenido que compartir lo poco que heredó con algún hermano, habría aceptado cualquier solución antes de poner en riesgo la armonía familiar.

Los hermanos que vivían en Mieres: Eugenio y Teodoro, y las que vivían en Murias: Aurora y Maria, los invitaron a pasar el fin de semana siguiente en sus casas para que conociesen a los cónyuges y a sus hijos que no habían venido. –Un día en cada casa, os vais el viernes y volvéis el martes –dijo Maria convencida de ello.

Esta Maria era nuera de una curandera muy afamada en el contorno por haber sanado con sus pócimas de plantas medicinales a mucha gente desahuciada de los médicos. –Si quieres, bueno si queréis –rectificó Maria–, llamo a mi suegra cuando estéis en Murias para que te vea, haber que opina después de los resultados que te den en el hospital el lunes–. Maria, que se encontraba sentada al lado de Jorge, puso la mano sobre su brazo y afligiendo la voz le dijo: –No te preocupes hermano, que ya veras como te curas –y mirando a Beatriz añadió–, que estás en buenas manos.

A las seis se despidieron de todos, y particularmente con los que vivían en Mieres y Murias quedaron emplazados hasta el viernes o el sábado de la semana siguiente, si no surgía algún inconveniente que se lo impidiese.

Camino del teatro Filarmónica, Jorge la relató el mandato testamentario de su padre. Toda su hacienda la dividió en siete lotes, cada uno de los seis hermanos legítimos se hizo cargo del lote que le tocó en suerte y el séptimo quedó asignado al hijo desconocido, por si un día, como así fue, se presentaba. Esta parte sería administrada por Petra hasta que muriese y después iría pasando su administración de uno a otro sucesivamente y por el mismo orden tenidos en el nacimiento. Los beneficios netos de las propiedades usufructuadas se repartirían entre los seis. Si después de fallecidos los legítimos el séptimo no hubiese dado señales de vida, se repartirá su lote entre los primogénitos de cada uno de los hermanos, y cada uno de estos a su vez repartirían la parte que les correspondiese entre sus hermanos respectivos.

–A pesar de la fama de animal que le perseguía –dijo Jorge–, mi padre dejó las cosas bien atadas. Ninguno de mis hermanos se ha atrevido a contravenir a su mandato, por si se levanta de su tumba y la emprende a mamporros con quien le

desobedezca; se les nota en la cara el dominio que ejerció sobre toda la familia hasta el mismo día de su muerte. Quizás en alguno de ellos, ese temor a desobedecer lo dispuesto por *El Castaño* encubra sus verdaderas pretensiones y no sean del todo sinceras sus reacciones, pero esos serán sus problemas; lo cierto es que todos sin fisuras me han reconocido como otro hermano legítimo a pesar de ser un hijo bastardo—.

—La visita que han previsto para el fin de semana próximo es para enseñarme, cuanto antes, mis heredades y para que me haga cargo de ellas. Mira... que somos ricos por arte de birlibirloque —terminó diciendo Jorge con una sonrisa mitad artificial y mitad socarrona.

Pasaron una tarde feliz disfrutando de las canciones de su paisana y después del espectáculo volvieron a casa directamente. Jorge quería haber saludado a su amigo Alejandro Paniagua, el del restaurante, pero Beatriz estaba deseando llegar a casa, tenía trabajo que hacer y la jornada le había sido poco provechosa, además, le aconsejó que en su estado no le convenía tomar ni un vaso de agua fuera de casa. Aquello a Jorge le hizo sentirse enfermizo, pero comprendió que tenía razón y que no debía correr ningún riesgo. No debía salirse de los alimentos e infusiones que venía tomando desde el día anterior y que tan buenos resultados le estaban dando. Para vigilar el cumplimiento del régimen tenía a Beatriz, celosa guardiana de su salud.

Como del sexo nadie le puso restricciones, aquella noche después de cenar se fueron enseguida a la cama. A pesar del régimen la faena fue redonda, salió a hombros por la puerta grande y con la satisfacción mutua del deber cumplido.

El domingo amaneció espléndido en cuanto a la animosidad de la pareja, y en lo atmosférico los claros alternaron con las nubes. A pesar de ello, Beatriz estaba

deseosa de enseñarle las riquezas históricas de su ciudad, y desde su casa se fueron directos en autobús a visitar las iglesias prerrománicas de Santa María del Naranco y San Millán de Lillos. La visita a San Julián de los Prados, que también la llevaba Beatriz en su programa de aquella mañana, la tuvieron que posponer para otro día, no era bueno que Jorge se cansase demasiado después de lo ocurrido. Volvieron a pie hasta la parada del autobús, paseando despacio por el Parque de San Francisco, y de allí a casita.

Ya por la tarde, a medida que el día iba cayendo y se acercaba el lunes, Jorge se iba impacientando; gracias a que con la acción de la película se le escapaba el santo al cielo, pero aún estando bien distraído no se encontraba cómodo en ninguna postura.

A la salida del cine Beatriz dio un rodeo con la intención de pasar por delante de edificios singulares, plazas y calles históricas que justificasen las explicaciones que le daba para sacarle de sus preocupaciones, de sus miedos.

Tomaron el autobús en la Plaza de la Gesta, y, como si le hubiesen echado aceite al candil, en todo el trayecto no paro de hablar; había comprendido cuales eran las intenciones de Beatriz por distraerle de su come, come. Con aquella actitud estaba empezando a enfrentarse al mal con arrojo, y lo había arrinconado durante un largo rato.

Se acostaron temprano pero, como Jorge estaba desvelado, cuando se aseguró de que Beatriz estaba dormida bajó de la cama con sigilo; descalzo y con las zapatillas en las manos para no hacer ruido salió de la habitación. Dejó la puerta entornada, y ya en el pasillo metió los pies en las zapatillas y se instaló en el taller de Beatriz, aquella era la habitación más distante del dormitorio, por si hacía ruido.

Después de pasear su mirada ausente por fotografías, reportajes y comentarios de las revistas que tuvo a mano, el cansancio le venció y se quedó dormido. A las cuatro de la madrugada Beatriz saltó de la cama asustada al despertarse y comprobar que no estaba a su lado. Sin desvelarlo le ayudó a acostarse, y lo arrebujó dulcemente como se arropa a un niño.

A la mañana siguiente, lunes diecisiete, cuando se presentaron en el hospital, Rafael ya había dejado instrucciones en la recepción para cuando llegasen. Tenían que subir a la planta tercera y preguntar por la consulta del doctor Sánchez, especialista del aparato digestivo en general y en particular del hígado y órganos adyacentes.

En el momento de entrar en la consulta Rafael estaba con él, comprobaban las radiografías e informes que tenían desparramados encima de la mesa. Al ver a Rafael se le cambió la cara, porque la sonrisa de su sobrino adelantaba el dictamen, fue para él como una bocanada de aire fresco. Los dos médicos se levantaron y vinieron a su encuentro; Beatriz, que iba detrás de Jorge, al ver la cara de satisfacción de los galenos cruzó los dedos de las manos y dirigió una mirada de agradecimiento al cielo que debió dejar complacido al Todopoderoso. El abrazo de Rafael a su tío fue de esos que te dejan sin respiración.

—Nuestros colegas venezolanos estaban equivocados, no hemos encontrado ni rastro de tumor en los intestinos, principalmente en el colon, que es la zona del intestino grueso con mayor nivel de riesgo —dijo el doctor Sánchez—, lo que si creemos que tienes es una Litiasis. —Y que demonios es eso —preguntó el enfermo. —Eso es una alteración del normal funcionamiento de la vesícula biliar —le explicó el doctor Sánchez—, debido a la presencia de cálculos originados en general por unas bilis anormales en su composición o en su concentración. Aún tenemos que

hacerte algunas pruebas de menor importancia para tener seguridad de dónde provenían los dolores que has tenido. La enfermera te hará un volante para que vengas mañana con una muestra de heces, que nos confirmaran mejor el diagnóstico.

Sentados todos alrededor de la mesa le hizo los volantes de los medicamento que debía empezar a tomar ya, y con respecto a los que venía tomando por prescripción de los médicos de Caracas que se olvidase de ellos. En cuanto al régimen de comidas que debería seguir durante el tratamiento se lo dieron en una lista impresa, en la que más que decirle lo que podía tomar, le decían lo que no debía ni de oler. Les pareció muy adecuado el tratamiento de choque que Beatriz le había administrado, y de ahí que los resultados hubiesen sido tan satisfactorios.

El miércoles de aquella semana ya tenían todas las pruebas y le citaron para el jueves a las diez. Aquel día sería uno de los más significativos en la vida de Jorge, porque le reafirmarían que no había presencia tumoral en las zonas observadas, aunque al mismo tiempo le confirmasen que la litiasis campaba a sus anchas, pero esta afección era algo fácil de superar tras una pequeña operación. El doctor Sánchez era partidario de extirparla lo antes posible para evitar que diese problemas. –Será una operación sencilla que no suele entrañar riesgos –le dijo el doctor–, únicamente en aquellos pacientes que no es aconsejable una operación quirúrgica, que no es tu caso, se sigue un proceso largo a base de medicamentos, pero nunca podemos garantizar que estos tratamientos no afecten a otros órganos del cuerpo.

En cuanto a las comidas le levantó el rigor impuesto el lunes, un poco por precaución, y le advirtió que en general los alimentos fuesen blandos, sin grasas, bajos en sal y los pescados blancos. El alcohol se lo limitó exclusivamente a un

vasito de vino por comida, y el tabaco a lo menos posible; si no podía dejar de fumar, que lo redujese a un cigarrillo después de cada comida, máximo cuatro al día, y ni uno más.

Como el viernes era la fiesta de San Mateo, le emplazó para el martes de la semana siguiente, día veinticinco de septiembre, con la intención de empezar con los preparativos para entrar en el quirófano lo antes posible.

Liberado de la tenaza que le oprimía las entrañas, desde que hacía tres meses le dieran el nefasto informe médico allá en Caracas, sus deseos de vivir y de hacer planes junto a Beatriz se multiplicaron.

El viernes se fueron por la mañana a Murias en compañía de Petra, que haría de notario mayor en la entrega de las propiedades heredadas de su padre: entre ellas, una casa de dos plantas construida en piedra, ubicada en las afueras del pueblo, con su hórreo y un prado atravesado por un arroyo y plantado de manzanos.

Después de ver la casa y el prado, le dijo a Petra que las otras fincas que debía reconocer su propiedad no las quería, que se las repartiesen entre ellos; a lo que su hermana le contestó de manera autoritaria: –¡De eso nada!, todo lo que fue voluntad de nuestro padre dejarte en herencia te lo entregaremos, ¡lo quieras o no!. Y así uno tras otro, recorrieron todos los trozos de tierra que le habían tocado.

El día que se conocieron en casa de Petra y hablaron de su enfermedad, su hermana Maria quedó con ellos en que les esperaba a comer ese viernes, para que después de la comida le pusiese las manos su suegra, Josefa *la Pinela*, una curandera afamada en la comarca por sus aciertos en los tratamientos de enfermedades del estomago y sus órganos adyacentes.

A media tarde llegó Josefa, mujer robusta, bien metida ya en los setenta, vestida toda ella de negro y con un pañuelo atado en lo alto de la cabeza. Después

de saludarlos y de departir un rato con todos de manera familiar para infundirle confianza, se quedó con Jorge a solas en una habitación. Le dijo que se acostase en una cama boca arriba y empezó a palparle en el más absoluto silencio los puntos donde suponía podía estar radicalizado el mal, con frecuencia se pasaba las manos por la cara y seguía por la cabeza como si se atusase el pelo; cuando estaba en ello le sobrevino un sofoco que la dejó la cara sonrosada y sudorosa, como vertiendo sangre.

Después de media hora larga haciendo las palpaciones con las yemas de los dedos, que previamente mojaba en agua de sal, le confirmó el diagnóstico del hospital, pero con una diferencia importante: ella no creía necesario que tuviese que pasar por el quirófano para curarse. Tenía total confianza en que sus hierbas medicinales le disolverían los cálculos biliares y romperían el atasco de la vesícula, eliminando los residuos minerales por la orina.

Aquella misma noche le trajo un talego de hierbas secas y empezó a tomárselas en infusiones, sin alterar las dosis de medicamentos que desde hacía dos días venía tomando. Gracias a que Josefa le advirtió que el efecto de las hierbas producía en la orina una coloración pardusca, tirando a negra, no se asustó, porque realmente parecía que su vejiga se hubiese convertido en una bolsa de calamar.

A la semana de empezar con el tratamiento el estado de ánimo de Jorge era otro muy diferente, sus dolencias y molestias habían desaparecido, pero tenía el problema de haber incumplido con las prescripciones del Dr. Sánchez, ya que el martes de aquella semana, después de San Mateo, debería haber pasado por el hospital y sin embargo no había dado señales de vida; además, no tenía intención de someterse a la intervención si podía evitarlo con las hierbas medicinales.

Aquella situación le resultaba muy embarazosa pero, estaba de acuerdo con Josefa, si podía curarse con las hierbas por qué correr el riesgo de entrar en un

quirófano. No sabía lo que hacer, era un asunto delicado el no haber cumplido con lo ordenado por el Dr. Sánchez, sobre todo después del trato especial que le habían dado, aunque continuase obediente con el régimen de medicamentos prescrito.

Al final se vio tan angustiado que no le quedó otra salida que contárselo todo a su sobrino Rafael, y este ya se las arreglaría con el Dr. Sánchez.

Después de deliberar los dos doctores, le dieron un plazo de prueba de un mes con las hiervas y redujeron los medicamentos a simples dosis de mantenimiento.

Desde que Jorge conoció su heredad, y en particular la pequeña hacienda con casa, prado y arroyo truchero se le empezaron a revelar unos sueños campesinos y ganaderos desconocidos hasta entonces. Pero por la profesión de Beatriz, atada a la ciudad de Oviedo que era donde la modista tenía el taller y la clientela desde hacía muchos años, de momento no podía dar rienda suelta a esos sueños, aunque una vez superada la congoja por su deteriorada salud, su estado de ánimo quedaba libre para que lo invadiese la carcoma del terruño, contra la que no valdría ninguna hierba ni medicamento.

A última hora de la tarde de aquel viernes, estando en Murias en la casa de Petra, Florencio vino a conocer a Beatriz y, como Jorge estaba impaciente por pisar la casa donde vivió su madre, le pidió a su tío si podría acompañarle a visitarla.

Al llegar a la puerta sintió una impresión muy fuerte y desconocida hasta entonces. La casa estaba bastante abandonada a la suerte de las inclemencias del tiempo: las paredes, hasta un metro o más, se coloreaban con el verdín por el rezumado de la humedad y el tejado había resistido los temporales a duras penas. Florencio hacía bastantes años que no la utilizaba, aunque había conservado en su sitio casi todos los muebles antiguos: Las camas, los escaños, las mesas y sillas, los

armarios; todos eran aún los que se utilizaron en los tiempos en que Genoveva vivió en aquella casa.

El olor y la pátina de todo lo que su madre había tocado produjo en Jorge una impresión muy fuerte, se le incrustó en sus profundidades un delirio de convivencia con aquel ambiente, unido a una psicosis por mantener como estaban todas las reliquias.

Entre las paredes enmohecidas, que se habían engullido las capas de cal, y el mobiliario herrumbroso y desgarrado, Jorge había sentido una extraña ilusión de poder llegar a disfrutar de la compañía de su madre, pero ahora de una manera muy distinta a como la conoció siempre; ahora desvestida del permanente hábito de tristeza, ahora liberada del espeso velo que ocultaba su desdichada juventud rasgado por las confesiones vertidas en su carta póstuma.

Cuando Jorge saltó al prado de la casa, la tarde estaba ya entre dos luces. A pesar de ello, fue abrazando y besando uno tras otro todos los árboles viejos que los sentía impregnados con las huellas de su madre. Reconocía meticulosamente sus troncos por si descubría algún símbolo o una marca que le pudiera revelar el paso de su madre por aquel lugar, para venerarla y adorarla. Les preguntaba con tanta empatía y fervor que parecía más bien que estuviese hablando con personas, incluso se quedaba parado esperando sus respuestas. Miraba las hojas que caían y casi podía descubrirse en su rostro que las sentía como si fuesen las lágrimas de su madre.

El domingo por la mañana, con la excusa de dar un paseo por el campo, Jorge se vio a solas con su tío. Le preguntó qué planes tenía con la casa y el prado para haberlos dejado tan abandonados. Florencio le explicó que lo tenía sin partir y que ninguno de sus hijos había mostrado interés por esas propiedades, habían

preferido hacerse casas nuevas dentro del casco urbano de Murias antes que rehabilitar aquel caserón con sus cuadras y la cueva de la quesería.

Jorge le contó que había dado instrucciones a su gestor en Caracas y a su socio para que pusiesen en venta sus propiedades, porque tenía la intención de establecerse entre Oviedo y Murias de manera permanente. Después de un par de titubeos le confesó que se había sentido muy impresionado al poner los pies en aquel caserón, y muy particularmente cuando entró en las cuadras. Florencio se santiguó al escucharle decir que había sentido la presencia de su madre acompañándole a cada paso desde que atravesó por primera vez el umbral de la puerta de la calle.

–Pero hijo, ¿sabes lo que estás diciendo? –le reprobó su tío con los ojos fuera de las órbitas. –Sí tío, no sé como se ha producido, pero hasta su olor personal lo he sentido todo el tiempo que he permanecido dentro de la casa; por eso te pido que no te deshagas de ella hasta que vuelva de Venezuela con todo vendido, para poderte comprar la casa y el prado, si tus hijos no tienen inconveniente. –Mis hijos no tienen nada que ver con esto –dijo Florencio– yo soy el dueño todavía y haré lo que crea más conveniente, así es que puedes contar con ello.

Cuando fue conociendo a su familia, a sus cuñados, cuñadas y sobrinos, a casi todos los encontró muy cariñosos, como si hubiesen tenido relación desde siempre. A pesar de ello no podía evitar la tensión que le producía pasar tantas horas seguidas compartiendo conversación, mesas y manteles con personas que aunque fuesen de su sangre acababa de conocer. No sabía qué era lo mejor, hablar, callar, o todo lo contrario; se sentía incómodo, sobre todo cuando le preguntaban cuanto tiempo pensaba quedarse por allí.

Al principio, aún teniendo madurado el proyecto de vender todo lo que tenía en Venezuela y venirse para siempre, sólo se atrevió a contárselo a Petra y a su tío; tenía la impresión de que le tomaban por un intruso que había venido a despojarles de una parte de su herencia.

Quizás sus hermanos no tuviesen esa idea, pero por algunos cónyuges y sobrinos no pondría la mano en el fuego. De momento en la familia de su hermano Eugenio que vivía en Mieres, sí observó algunos detalles que le sorprendieron, sobre todo con Agustina, su cuñada, con la que desde el primer momento se encontró particularmente incómodo; no sabía si era siempre así o se le había acusado la acritud con la llegada de Jorge. Era de esa clase de mujeres dominantes, autoritarias, y obsesionadas por aparentar que quienes llevan los pantalones en las casas son ellas. Trataba a su marido con un despotismo que rayaba en el desprecio y la vejación. Jorge estuvo tentado, por ello, de reprenderla amablemente en un par de ocasiones en aquella primera visita, pero se contuvo por la cesión de dominio que observaba estaba pactada entre marido y mujer previamente. La operación de enderezar un árbol torcido desde hacía mucho tiempo le pareció peligrosa, y prefirió no ayudar a su hermano a dignificarse; además, no sería sólo contra Agustina contra quien tendría que emplearse a fondo, porque enseguida se dio cuenta que su hija Pilar formaba causa común con ella, para mayor infortunio del padre.

Pilar tendría ya sus treinta años bien corridos «quería decir cumplidos», sin novio oficial conocido, a la que el arroz se le empezaba a quedar tieso y que llevaba camino de convertirse en una solterona mal encarada a no ser que algún despistado aterrizase por allí de incógnito y le cargasen con el remiendo. Según le contó Petra a Jorge, y manoseando el símil taurino, desde hacía tiempo venía siendo un desecho de tientas. Su aspecto era de mujer hombruna, en eso salió a su

madre, cara basta, labios prominentes y carnosos, ojos negros y saltones, pelo ondulado suelto hasta media espalda y cuerpo con abultada orografía.

En cuanto abrió la boca para apoyar a su madre, tuviese o no razón, porque eso era lo de menos, dejó patente que en ella se hacía cierto ese refrán que dice: por donde salta la cabra salta la chiva. Pero lo malo no era esto, lo malo era que por el mismo estrecho portillo y detrás, saltaba el cabrón aunque se escornase; y es que ya lo dijo don Camilo, que en paz descansa debajo de su olivo: *«El cabrón siempre es cabrón y el chivo hasta cierto punto, el borrego es agachón, y algunos lo son todo junto, chivo, borrego y cabrón»*.

A pesar de saber que Jorge era hermano por parte de padre de su progenitor y de estar presente Beatriz, la tal Pilar, que debía llevar algún tiempo sin que la calentasen el jergón, le pegó unos rabotazos con las cejas fruncidas que a su medio tío no le pasaron desapercibidos. Jorge, después de llamarla desvergonzada hacia sus adentros, añadió con voz sorda: *«Que peligro tiene esta cabra loca, pobre del que se deje atrapar por sus lianas»*.

Cuando Jorge salió de la casa no pudo evitar comentarle a Beatriz: *—Este pobre ha sido la rama blanda del castaño.*

La visita a la casa de Teodoro, también en Mieres, fue rápida; la comida y más aún la sobremesa en la casa de Eugenio, se había alargado demasiado y, como tenían previsto ir a dormir a Murias, sólo les quedaban un par de horas. Conocieron a Eulalia, la mujer de Teodoro, y a dos de sus tres hijos que estaban en aquel momento.

A Jorge le preocupó el aspecto de aviejado de su hermano, pero no le extrañó demasiado, porque a su mujer se le notaba claramente que era mayor que él, y esos efectos en los hombres de poco carácter suelen ser contagiosos con el tiempo.

Al igual que Eugenio, Teodoro también había salido flojo, en ambos la madera dura del castaño brillaba por su ausencia, podría decirse que les había tocado el rabo del toro. Gracias a que Eulalia, a pesar de la apreciable diferencia de edad con su marido se la veía una buena mujer y no abusaba de su debilidad, como se apreciaba a las claras en el caso de Agustina.

De regreso a Murias, aquel sábado 22 de septiembre, lo fue comentando con Petra y en todo le dio la razón. Jorge, así medio en broma medio en serio, le dijo a su hermana: –Tú debiste acaparar la mayor parte de la sabia del castaño, porque los demás han salido bastante flojitos. Petra se rió y le revolvió el pelo en señal de cariño.

Los dos hijos que conoció de Teodoro tenían el aspecto blandengue de los padres: Alfredo muy serio y reservón y Luisa... Luisa era una de esas personas en las que los tendones de cerrar la boca los debía tener atrofiados, porque se quedó con una expresión de eterna sonrisa que tanto molestaba a Jorge. Él era de esas personas a quien la vida le había dado muy pocas ocasiones para ejercitar esos tendones, o nervios o lo que rayos sean, que dibujan la sonrisa. Le parecía una burla inocua y estúpida, la risita continuada y casi moldeada de su sobrina. Como él llevaba el pragmatismo a flor de piel, le parecía que sólo en contadas ocasiones la vida le da a uno la oportunidad de destensar y relajar esos risueños hilos.

Cuando subían valle arriba desde Mieres camino de Murias, Jorge empezó a sentirse embriagado por el aire oloroso del lugar, le tentaba el deseo de volver a merodear por los alrededores de la casona de Florencio y a entrar en el prado. Cuando llegaron a la casa de Petra, ya entre dos luces, que era donde tenían fijada la residencia aquellos días, se cambió de ropa, se enfundó en un chándal y les dijo a Petra y Beatriz que mientras ellas preparaban la cena saldría a dar una vuelta por los alrededores del pueblo.

El ruido de las ramas de los árboles ancianos, por los azotes del viento, trajeron a sus oídos un concierto armonioso y cálido; le parecía que aquellos testigos, y quizás confidentes de los avatares y emociones de su madre, le estaban reconociendo la amistad con el ser querido y le recibían con dulces músicas celestiales.

Se sentó debajo de uno de ellos y recostado sobre su tronco se la imaginó compartiendo sus angustias y sus reflexiones con los únicos seres queridos que nunca renegarían de las abominables entregas de su cuerpo. Jorge estaba seguro, y así la veía en su imaginación, que sólo junto a los árboles y a las vacas su madre se habría desnudado de sus inevitables iniquidades consentidas, las que se vio abocada a practicar para trocarlas por protección.

En aquel estado de éxtasis y confabulación con el espíritu de su madre, que cada vez lo sentía más cercano, pasó una hora larga; el tiempo se detenía cuando se obsesionaba buscando los primeros ecos de su existencia en una conjunción plena entre él, en estado embrionario, y el seno que le daba cobijo y amparo.

Se planteó insistentemente el influjo que debió tener su incipiente vida dentro de las entrañas de su madre para que le conservase, influjo que no tuvieron sus dos hermanos anteriores de los que se había desasido, siendo como eran hijos del mismo padre. Pensando y maquinando llegó a la conclusión de que existiría la misma diferencia que había observado aquella tarde en Mieres, entre Petra y sus dos hermanos. Esta diferencia radicaba en la fuerza de la vida, en la bizarría por el ser contra la debilidad del vegetar.

Que atracción tan fuerte debió producirse desde los primeros instantes entre su vida y la de su madre, para que ella decidiese romper con la sutil estabilidad que con tanto sacrificio se había procurado. En esa nebulosa de lo imperceptible se

quedó abatido por el esfuerzo, y donde no pudo penetrar por los caminos de la consciencia lo vio con claridad cuando se quedó dormido.

En su sueño descubrió una estampa desconocida de su madre, vio a una mujer joven, regordeta, con la cara redonda y sonrosada, el pelo negro ondulado y una trenza echada por delante que le caía por el canal que se dibujaba entre sus abultados pechos. Estaba sentada en el borde de una pila de piedra donde comía una vaca; con la mano derecha sujetaba en alto un farol y con la izquierda se sujetaba el vientre con fuerza, como si con su tierna mano quisiera proteger de las malicias del mundo que le rodeaban, la vida nueva que llevaba soldada a sus entrañas.

En aquel momento estaba dispuesta, aunque le costase la vida, a enfrentarse a las cínicas vituperaciones y a la falsa moral de las gentes con las que convivía, gritando con rabia: «¡Hijo mío, hijo mío!, no me desharé de ti nunca, aunque en ello me vaya la vida; ¡de ti no, de ti no!». Aquella angustia de su madre le hizo extender los brazos hacia delante como si quisiera retenerla a su lado, defenderla con su vida, y en aquel momento le despertó un grito seco que le salió de lo más hondo de su alma: «¡Mamá vuelve!, ¡mamá vuelve!» El viento cesó, y hasta los árboles se quedaron mudos escuchando el fervor de aquella llamada; una llamada que condensaba en sólo dos palabras la quintaesencia del nexo, en la fase de concepción de un ser humano, con el ser que le daba la vida.

Se levantó aturdido por la visión de los sueños y asustado porque creía que era más tarde. Cuando miro el reloj con la llama del mechero se tranquilizó, eran las nueve de la noche. Aún permaneció sentado en el mismo sitio, un cuarto de hora más, mientras se fumaba un cigarrillo.

Cuando Jorge llegó a la casa de Petra empezaban a estar preocupadas, sobre todo Beatriz, que al vivir siempre en la capital después de anochecer se sentía

insegura en el campo. Veía en su imaginación: caídas, resbalones y hasta ataques de perros salvajes o de lobos a la vuelta de cualquier esquina oscura.

Aunque le preguntaron con insistencia donde había estado tanto tiempo, él no reveló ninguno de los detalles del sueño que le había fascinado. No quería que Beatriz conociese sus planes hasta que los tuviese bien maduros, y sobre todo, hasta que hubiese vuelto de Venezuela con todas las propiedades vendidas.

A la mañana siguiente cuando Jorge se reunió con su tío, para hacerle saber sus intenciones sobre la casona de la quesería, le preguntó si su madre solía hacerse una trenza que se echaba por delante del pecho. Al ver que Florencio se sorprendió por la pregunta, se justificó diciéndole que había visto en casa de Petra fotografías de sus hermanas con trenzas, y le habían gustado tanto que quería saber si su madre también se recogía así el pelo. Entonces su tío sacó la cartera del bolsillo de atrás del pantalón y buscó entre los papeles una fotografía amarilleada y con la pátina cuarteada, era de su madre junto a él en una romería del mes de mayo, el año que se fue de casa.

Al ver la fotografía, Jorge perdió el conocimiento por unos instantes, gracias a que estaba al lado de un escaño y se dejó caer en él, de lo contrario es probable que hubiese rodado por el suelo. En aquella fotografía su madre tenía, aparentemente, el mismo aspecto en su conjunto que la que vio en sus sueños de la noche anterior: La fulgúrea expresión de sus ojos, la trenza por delante del pecho, su rostro tenso pero sereno y su vestimenta, formada por una falda plisada hasta media pierna de color negro y una blusa blanca de manga corta.

Después de enseñarle la fotografía, Florencio se sentó a su lado en el escaño y le fue contando que aquel día subieron en romería a la ermita de la virgen de las Nieves, o algo así creyó entender Jorge, ya que su estado no era muy lúcido;

además, estaba tan metido en el recuerdo de los sueños, que su ausencia a lo que le rodeaba era casi total.

Cuando se sintió recuperado de la impresión quiso subir a la troje con la excusa de ver lo que allí había y con la intención de localizar un farol. Como si lo hubiesen puesto a propósito en el lugar más visible, allí estaba, justo al desembarcar la escalera, colgado de una escarpia clavada en una viga de madera del techo. Era el que llevaba su madre en el sueño u otro muy parecido. Se paró debajo y, aunque estaba bastante alto, Jorge lo alcanzó sin dificultad; lo miró como si no lo hubiese visto nunca, y su tío le explicó la utilidad que le daban cuando no había luz eléctrica en las casas y menos aún en las cuadras. –Ahora se han quedado como elementos decorativos –dijo Florencio. –Me gustan estos enseres antiguos –aclaró Jorge. –Pues... llévatelo como recuerdo –repuso su tío–, con él tu madre se alumbró muchas veces cuando iba de noche a echarle el pienso a las vacas.

En aquel momento Jorge no pudo disimular la impresión y abrazó el farol contra su pecho como si de una reliquia de su madre se tratase. Lo dejó al lado de la puerta de la calle sobre un cantarero de madera y le dijo a Florencio: –Ya me lo llevaré otro día que venga con más tiempo. Florencio comprendió su reacción y quiso aliviarle en aquellos momentos de aflicción con unos golpecitos en la espalda.

Tenían el plan de volverse a Oviedo el domingo por la tarde, pero Jorge no podía marcharse dejando sin cerrar los portillos que se le habían abierto en lo más recóndito de sus advenimientos maternos.

Habiendo visto que Florencio guardaba la llave de la casa en una grieta entre dos tablas del dintel de la puerta. Aquella tarde del domingo, cuando se fue la luz del día, se provisionó con un frasco de aceite, una linterna, y salió de la casa de Petra derecho y decidido a la casona.

Sacó la llave de la rendija y abrió la puerta sin que nadie le viese, entró, puso aceite en el farol con la ayuda de la linterna y lo encendió. Enseguida se dirigió a la cueva, donde aun quedaban restos de los utensilios que en su tiempo utilizaran en la elaboración de los quesos. Allí estuvo dando la vuelta a todo el cuarto y tocando los cacharros, pero no sintió ninguna sensación ni influencia que le infiriese la presencia del más mínimo hálito de su madre.

Salió de la cueva y, al cruzar la cocina camino de las cuadras, un gato saltó desde el estante de una alacena dándole a Jorge un susto de parálisis cerebral. Respiró hondo y siguió su camino. Antes de llegar a la puerta del establo, por las aberturas que dejaban las tablas desclavadas, salieron una piara de gatos maullando como espantados por las garras del demonio.

Al acercarse y coger la manivela para abri, reconoció un olor muy particular que venía del interior, era el mismo que percibió la primera vez que entró acompañado de su tío. Quizás a causa de una transmisión genética, desconocida hasta entonces, estaba convencido de que aquel perfume, mezcla de incienso y rosas era algo místico, algo que rondaba lo sobrenatural y que venía del espíritu de su madre. Ese convencimiento le dio confianza para dominar el miedo y rebajar la tensión. Además, suponía que si el espíritu de su madre estaba allí dentro, era porque necesitaba comunicarse con él.

Abrió la puerta de un empujón brusco para contrarrestar el reconcomio que le mordía el alma, la dejó abierta y avanzó en dirección a las pilas de piedra que hacían de pesebres. No habría dado más de tres pasos, dentro de la cuadra, cuando un impulso interior le detuvo y confiado en que la imagen de su madre estaba allí dentro la llamó con fuerza: –¡Mamá!, ¡mamá!, ¡que sublime emoción he sentido al pisar esta casa donde tu viviste!. En aquel instante, un bulto oscuro ingrávito y aislado del suelo, apareció al fondo del recinto. Avanzando lentamente vino hacia

él hasta estar a unos tres metros. Al detenerse se le iluminó la cara. Cuando Jorge la reconoció intentó acercarse más, pero sus pies estaban clavados al suelo hasta el extremo de tambalearse con el impulso, como el péndulo de un antiguo reloj de campanario. Con una voz juvenil que su hijo desconocía, y con las manos cruzadas sobre su vientre, le expuso las razones de su presencia allí:

«Hijo mío, Dios nuestro Señor me ha concedido poderte mostrar la imagen de cómo era tu madre antes de que tu nacieses, cuando aún podía apreciarse en mí la lozanía y los deseos de vivir que tuve desde niña hasta que me obligaron a huir. El arrepentimiento y la penitencia que sobradamente he pagado durante más de cincuenta años con tantos sufrimientos me han abierto las puertas de mi cielo. Tu también has sido apreciado por el que todo lo puede, por aceptar con resignación mis sufrimientos y los tuyos, y por haber sido un hijo bueno».

«La reválida de tu bien hacer la has superado sin borrón al aceptarme en tu corazón como la vida me obligó a ser, y porque después de conocer mi pasado no has rebajado tu cariño hacia mí, ni hacía quien te quiso como un buen padre desde mucho antes de que te alumbrase. Hijo bueno, cuida de Beatriz y no la seas nunca infiel, la Divina Providencia la ha puesto en tu camino».

«Hijo mío, quiero que nos traigas y nos entierres en el cementerio de Murias, no podremos descansar en paz hasta que nuestros huesos se mezclen con esta tierra. Quiero que mi marido repose junto a mí en la fosa, ya estuvo bastante tiempo solo antes de que nos conociésemos. Coge el papel y el lápiz que llevas en el bolsillo interior de la chaqueta, y escribe la esquila que encargará para nuestra lápida»:

«Aquí yace Genoveva Fernández, hija de Filomena y de padre desconocido, que vivió en este pueblo hasta los diecisiete años bajo la tiranía del miedo y con la angustia del desamparo, y que purgó durante casi cincuenta años sus inocentes sumisiones en una cárcel sin barrotes. Junto a ella yace Plácido Valdés, un honrado

hijo de Asturias, fiel esposo y protector de Genoveva desde que salieron de Gijón en agosto del año mil novecientos diez; abnegado padre de Jorge Valdés Fernández. Genoveva y Plácido fueron marido y mujer desde el día ocho de mayo de mil novecientos doce. Su hijo Jorge los llevará siempre en su corazón. Descansen en paz».

En el momento de escribir la última palabra Jorge pudo despegar sus pies y se lanzó hacia delante, hacia donde su madre estaba; pero al primer paso, aquella figura enternecedora y dulce de la joven madre, se difuminó de manera fugaz, y lo mismo que había llegado se fue para siempre. Jorge se hincó de rodillas y besó la tierra estercolada donde los pies descalzos de su madre se habían proyectado.

Cuando regresaron a Oviedo, el lunes por la mañana, lo primero que hizo fue escribir a su gestor pidiéndole que iniciase los trámites para el traslado de los restos mortales de sus padres a Murias, el día ocho de mayo del año mil novecientos sesenta y tres, cincuenta y un año después del desposado de sus padres, recibían cristiana sepultura. Todas las peticiones de su madre se habían cumplido sin dificultad.

Durante más de seis meses, Jorge estuvo absorbido por las operaciones de venta de sus propiedades en Venezuela y por los trámites del traslado de sus padres. En dos ocasiones tuvo que viajar a Caracas, el mes de diciembre de aquel año, él solo, y el mes de abril del siguiente, acompañado de Beatriz. Cuando embarcó a sus padres arrancó y se trajo consigo todo lo que de valor allí tenían; atrás se quedaba una pesada carga para la que no habría barco capaz de transportar, la carga de los sufrimientos derramados por las vidas atribuladas y silenciosas de sus padres que por siempre permanecerían ennobleciendo los ambientes de Caracas y sus alrededores.

Después de haber cumplido con sus deberes más inmediatos, retomó con intensidad sus relaciones con Beatriz. Se casaron el día veinticinco de junio de ese año y a la vuelta del viaje de boda, que hicieron por los países nórdicos, planificaron su vida.

Durante dos años Jorge se movió entre Murias y Oviedo, rehabilitando la casona de la quesería para tenerla de residencia. A partir de que la casa estuvo en condiciones de ser habitada, cada vez con más frecuencia, pasaban allí temporadas.

Nació en él una desconocida atracción por la edificación, y cuando terminó la rehabilitación de la casona empezó con la construcción de cuatro pisos, conservando las fachadas, sobre la vieja casa de piedra y parte del prado heredado de su padre.

Al final, la actividad que Jorge desarrollaba en Murias le absorbía tanto tiempo, que tomaron la decisión de fijar su residencia en la casona rodeado de las huellas indelebles que su madre dejó. Beatriz instaló el taller de costura en una sala de cincuenta metros cuadrados, donde siempre habían estado las cuadras, ahora rehabilitado con todo detalle.

En los años siguientes, Beatriz dedicó el tiempo que sus obligaciones de esposa y madre le dejaban libre para enseñar a las muchachas del pueblo, que se lo pedían, las labores de la costura. Después se dedicó por entero a su marido y a sus hijos.

El excelente estado de salud de Jorge, desde que un poco los medicamentos y un mucho las infusiones con las hierbas medicinales de *La Pinela*, unido a las ventajosas condiciones en las que realizó las transacciones de sus propiedades en Caracas –mucho mejor de lo que había previsto–, le dio una vitalidad nueva y un impulso desconocido. Con la cartera bien repleta, todo lo que veía posibilidades de

negocio lo acometía. La empresa constructora y un almacén de materiales para la construcción y la fontanería en una primera atacada. Después, construiría y explotaría un conjunto de edificaciones formado por: un hostel con restaurante, una sala de fiestas y una gasolinera en la carretera general, a las afueras de Mieres.

Con tanta actividad en marcha, Jorge protegió y dio amparo a todos sus hermanos y sobrinos que lo necesitaban, ofreciéndoles trabajo y participación en los negocios que ya tenía establecidos y en otros punteros que fue abriendo, según las cualidades y preferencias de cada uno de ellos. Fue admirado y respetado en la comarca por su seriedad, su decencia, su capacidad de trabajo y la honradez que imprimía a todo lo que por sus manos pasaba.

A la muerte de Petra, en noviembre de mil novecientos setenta y cinco, Jorge Valdés Fernández se convirtió en el nuevo patriarca del clan de los castaños. Con este apodo continuarían siendo reconocidos en toda la comarca de Mieres mientras Jorge vivió. A su muerte, en Septiembre de mil novecientos noventa y tres, se hizo cargo de los negocios su hijo Plácido, el primogénito de los tres hijos que tuvo.